

Armas



y

Letras

PRECIO: 1,25 PESETAS

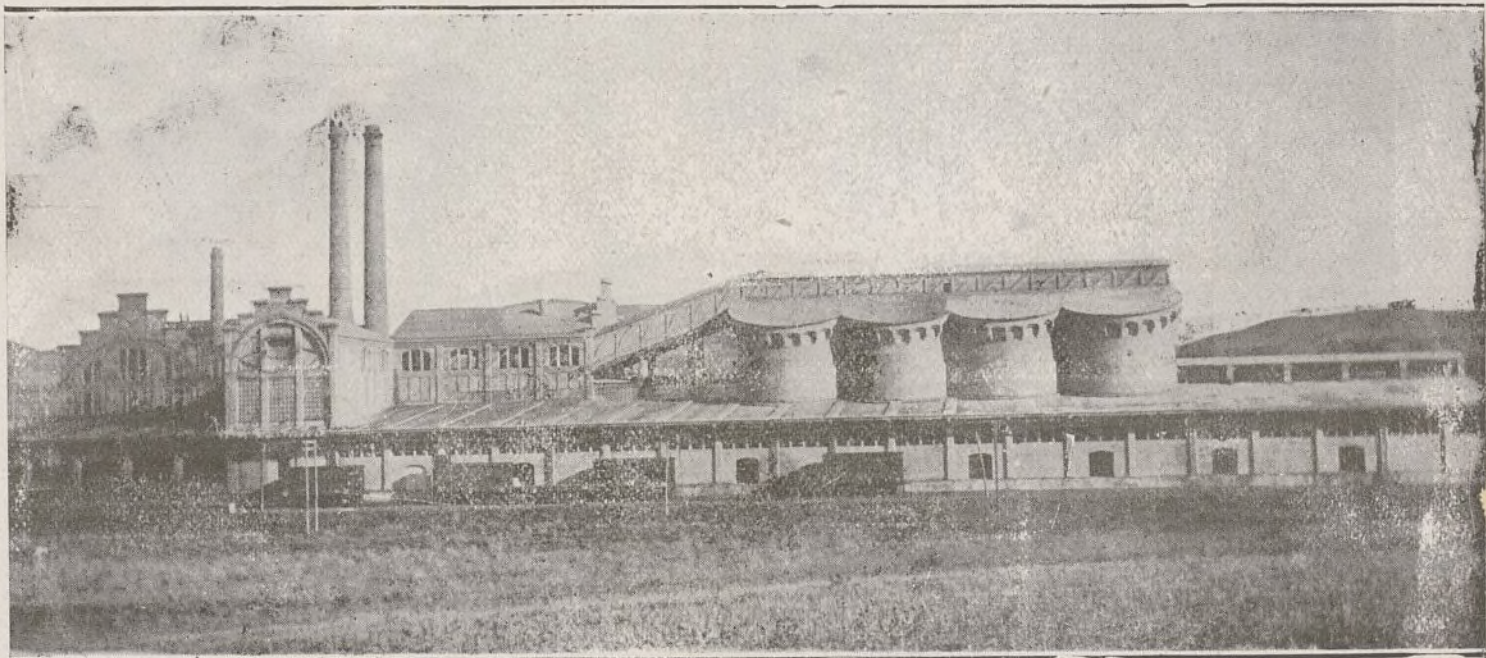
Ayuntamiento de Madrid

Cemento portland artificial

I B E R I A

Calcinación en hornos giratorios
Homogeneidad absoluta y resistencia garantizada

Recomendamos para obras hidráulicas, hormigón armado
y todas las que requieran las más elevadas resistencias



CASTILLEJO.—Vista general de la fábrica.

PORTLAND IBERIA (S. A.)
MADRID

OFICINAS:

Fernanflor, 2
Teléfono 12926

ALMACENES:

Téllez, 6
Teléfono 14868

FABRICA EN CASTILLEJO (Línea de Alicante)

PRODUCCION 100.000 TONELADAS

ARMAS Y LETRAS

PUBLICACION ILUSTRADA

Oficinas y Talleres: CALVO ASENSIO, 3.—MADRID.—Apartado de Correos, 8.043.—Teléfono 32171

RECORDANDO A BARADO

ARMAS Y LETRAS se honra con insertar en sus páginas este artículo de su ilustre colaborador e ingeniero militar, D. Carlos Banús, general de división. La noble y generosa iniciativa de personalidad tan autorizada en honor del inolvidable y esclarecido historiador comandante D. Francisco Barado, la acoge esta Revista con el mayor cariño y respeto, y tiene la esperanza de que no caerá en el vacío en la presente ocasión.

El día 1.º de enero de 1922, falleció en Tarragona el escritor militar Don Francisco Barado y Font. En el mismo mes publicó una revista de Barcelona, "Vida Hispana", un artículo del conde de Romañones referente a asuntos militares, en el cual decía, entre otras cosas, que la profesión militar "tiene un sólo enemigo, que no es el enemigo: la escasez de buenos libros". Ello me dió pie para escribir en "A B C" unos artículos dedicados a recordar las "malandanzas" de tres eminentes escritores militares del siglo XIX, entre los cuales figuraba, y no ciertamente favorecido por la suerte, Barado. Lamenté, entonces, que la muerte de tan notable publicista no hubiera dado ocasión a que se pusiera de relieve cuán intensa y provechosa resultó para el Ejército, y aun para la Nación, la labor histórica que, por su índole, interesa no sólo a la cultura meramente militar, si que también a cuantos por deber, o por afición, se dedican al estudio de la historia patria, principalmente en el período de nuestra hegemonía. Esperábamos, sin embargo, que no transcurría mucho tiempo sin que este olvido se subsanara; pero nuestra esperanza no se ha realizado. Hice también constar la opinión del Memorial de Infantería, según el cual: "Algunos años de obscuro retiro y más que nada la fragilidad de nues-

tra memoria colectiva que tanto se parece a la *ingratitud* (el subrayado es mío), dijérase que habían cancelado la inmensa deuda cultural contraída por la Infantería, por el Ejército, por la Nación entera con el gran español y escritor insigne que supo narrar con lapidario estilo y aliento de epopeya el memorable sitio de Amberes."

A pesar de esto, no tengo noticia de que se publicara en periódico militar alguno una necrología digna de la labor de Barado: poco más de media página ocupa la que apareció en el mencionado "Memorial". Sé por su hijo don Eduardo, que el *Día Gráfico*, de Barcelona, y el *Heraldo*, de Reus, publicaron artículos necrológicos, honrándole como se merecía. La Milicia ha sido muy parca en este sentido y tampoco ha dedicado a la memoria de tan esclarecido escritor ni una velada, ni una conferencia. ¿Por qué será?

No ha mucho escribía Ortega y Gasset en un folletín de *El Sol*, refiriéndose a la influencia directa del escritor sobre la sociedad española, en su concepto tan menguada que casi es nula, lo siguiente:

"Precisamente, el tipo de vida que por carencia de poder social se ve obligado a llevar el escritor en España le salva tal vez de una amarga desilusión. Porque, en efec-

to, vive casi siempre recluso en un mínimo círculo de personas próximas al oficio intelectual, rodeado de una delgadísima película social que intercepta su visión del gran cuerpo colectivo. Cuando por azar perfora esa película y se encuentra entre gente media descubre con sorpresa que ni él ni los mejores de su gremio son conocidos pocos metros más allá de la habitual tertulia. Y si no literalmente desconocidos, tan vaga y confusamente notorios, que fuera preferible la rigurosa ignorancia.

Pero sería inexacto contentarse con decir que el escritor carece en nuestra tierra de poder social. Es forzoso buscar un concepto que con más precisión defina la sorprendente situación del que escribe en España. Yo diría, pues, que el hombre de letras goza en Celtiberia de un poder social negativo. ¿Qué significa esta extraña idea? Simplemente, que para el buen español medio, el escritor, como tal, es un hombre de fama; pero, entiéndase bien, de mala fama. Escribir es una forma de avilantez. Al pronto se juzgará que es esto una exageración. Pero téngase la bondad de hacer el siguiente experimento mental. Imagínese que soltamos—es la palabra—a un escritor conocido en una reunión de la burguesía española que no sea, por algún motivo, excepcional, e inténtese con lealtad describir los sentimientos que en

aquellas personas suscita su presencia. En el mejor caso, solo encontraremos inquietud, desasosiego, suspicacia y antipatía, una falta absoluta de comunidad con aquel ente sobrevenido. El experimento queda completo si paralelamente se imagina la escena en Francia, entre otros personajes que sean los correspondientes."

Tratándose de escritores militares hay que elevar todo esto a la enésima potencia; contribuyen a que así sea circunstancias agravantes. El campo de las disciplinas militares es, en todos conceptos, poco fecundo para sus cultivadores; los frutos que en él se cosechan interesan a escaso número de personas, aun comprendiendo a las que, por su profesión, debieran apetecerlos. De aquí que su labor resulte desconocida fuera del Ejército y no muy conocida y, en general, tampoco debidamente apreciada dentro de él.

Claro que hay excepciones, dimanantes, más que de la importancia o mérito de los trabajos, de circunstancias especiales, como son, por ejemplo, la habilidad del cosechero para colocar bien sus frutos, o la elección de la parte de campo más favorable para obtener el mayor rendimiento, especialmente desde el punto de vista material.

No se halla Barado comprendido en estos casos excepcionales: ya dije en el artículo del A B C que "era modesto, afable, altamente simpático y que pronto se veía en él una persona inteligente y culta, amargada en los últimos años de su vida por desdichas de familia; pero no fué hombre práctico, desconoció su época y a sus contemporáneos."

No voy a juzgar la labor de Barado: está ya juzgada, tan justamente que el fallo es inapelable. En cuanto a la cantidad puede ver-

se en el artículo que le dedica la Enciclopedia Espasa. Bastará decir que en 1878 publicó la *Elocuencia Militar*, y desde aquella ya remota fecha hasta unos dos años antes de su muerte, no cesó su labor, siempre interesante, en pro de la cultura del Ejército.

La Academia de la Historia, al abrirle sus puertas, sancionó el mérito de los trabajos de Barado, y no cabe dudar, dada la molestia graduación del escritor y su manera de ser, ya consignada, que a él fué debido exclusivamente tan preciado galardón. Su discurso de recepción, "D. Luis de Requesens y la Política Española en los Países Bajos", fué contestado por el general Suárez Inclán que, en uno de sus párrafos, dice: "Esta Real Academia trae hoy a su seno con satisfacción legítima a Barado, y de tal modo, a la vez que aquista elemento muy valioso para sus doc-

tas tareas, realiza un acto de justicia que sirva de compensación a la flaqueza de los oficiales galardones."

En el informe de la Junta Consultiva de Guerra, referente al *Museo Militar*, dice el ponente (general González Tablas): "La importancia de la obra que dicho oficial ha escrito, háse puesto ya de relieve por la Prensa y por las revistas militares científicas y literarias, cuyas secciones bibliográficas vienen tributando los mayores elogios al "Museo" desde la aparición de los primeros cuadernos. Empresa fácil sería, pues, la de extractar aquí los notabilísimos artículos que le han dedicado, y por ellos podría verse, si no lo evidenciaron sus mismas páginas, que esta obra monumental es de completa originalidad, de grande utilidad y de extraordinario y relevante mérito; sin embargo, no queremos dispensarnos el deber de demostrar estas circunstancias en justa consideración al trabajo colosal, al talento superior y a la ilustración poco común de un modesto oficial, de quien puede envanecerse con orgullo el Arma de Infantería."

La "Correspondencia Militar" ha iniciado la organización de un homenaje al ilustre novelista D. Armando Palacios Valdés, que en 1878 (el mismo año en que Barado escribió su *Elocuencia militar*) y 1879 publicó su primera novela *El señorito Octavio*, y celebrará en 1928 las bodas de oro con la literatura. Bien está el homenaje a que le dan derecho indiscutible sus méritos como novelista.

La muerte impidió que Barado alcanzara el cincuentenario de su labor, al cual se aproximó bastante; pero ello no disminuye el mérito contraído, ni ha de ser motivo de que su nombre se olvide y con él lo mucho que con sus eruditos estudios contribuyó al esclarecimiento de nuestra historia militar.

El Ejército ha contraído con Barado una deuda de gratitud que debe pagar: fuera muy lamentable que la diera ya por cancelada.

CARLOS BANUS

SUMARIO

Recordando a Barado, por Carlos Banús.—Intenciones rectas y hechos tortuosos, por el coronel García Caminero. Espera..., por J. Pérez Andreu.—Los gigantes del pensamiento hispano: Francisco de Quevedo, señor de la Torre de Juan Abad.—Problemas nacionales: La nacionalidad española, por el general Rodríguez del Barrio.—La importancia de la primera batalla del Marne (1914) por el general García Benítez, director de la Escuela Superior de Guerra.—Entrevistas de ARMAS Y LETRAS: Hablando con Pérez de Ayala, por Alfonso Camín.—Medallón de Navidades, por Francisco de Castilla.—Homenaje a Zozava: La luna a un metro y Por el más alto ideal, por Antonio Zozava.—Del panorama internacional: La verdadera garantía de paz universal, por Antonio Fernández de Rota.—Un cuento humorístico: La licencia de uso de armas, por Enrique Jardiel Poncela.—En defensa de nuestro idioma: Homenaje de un poeta español a Filipinas.—La radiotelefonía en Alemania.—Ecos de América: Indumento y atuendo, por Gonzalo de Murua.—Notas de aviación: Paracaidas, por Ramón Merino.—Senderos de sombra, por Pilar Zamora.—Los vuelos planeados en las aves.—Cuentos napoleónicos: El ordenanza, por Georges D'Esparbes.—Canibalismo en el mar.—Divagaciones raras: La serpiente de mar, ilusión óptica.—Arte y hogar: Rincones de Aragón, por Melchora Herrera.—Los maestros del periodismo, por Antonio Valero de Bernabé.—La Gran Guerra en el cine: La batalla de Loos.—Del capítulo de curiosidades: Un museo napoleónico en Roma.—La historia del alfiler.—Del solar aragonés: Bastián es hombre de suerte, por Fernando de Altolaguirre.—Los restos de Voltaire.—De teatros, por El Duende de Bastidores.—Cuentos educativos: La caza de la perdiz, por Teodoro Tradier.—Recuerdos de la campaña, por J. P. A.—El capitán Nesco, por Edmundo Therv.—Bibliografía.—Los pelieros del mundo: Ante una guerra posible, por Edmundo González Blanco.—Pasatiempos, por Ramón Ma-raver.

Nota importante

El aparato de radiotelefonía de la Casa Dargallo y Compañía, de Madrid, que ARMAS Y LETRAS ofreció como regalo por sorteo entre sus suscriptores y lectores, ha sido entregado a D. Antonio Conde, domiciliado en el Paseo Imperial, número 3 (Madrid), previa presentación del cupón 1.069, al que correspondió la suerte.

NUESTRA PORTADA

DON FRANCISCO
DE QUEVEDO VILLEGAS,
gloria de la Literatura española.

Intenciones rectas y hechos tortuosos

SOBRE LA PAZ

Hace ya tiempo que mi admirado amigo el insigne profesor Quintiliano Saldaña, hoy asambleísta, me hacía el honor de excitarme a escribir un libro sobre la Sociedad de las Naciones y la paz. Recuerdo que le prometí uno titulado *Posibilidad de organización de un ejército internacional*. Debí decir imposibilidad, vistas las notas que llevo escritas y que me propongo publicar cuando pueda. Lo que de ellas hago hoy es incitado por el trabajo del ilustre general García Benítez sobre el valor, digámoslo así, de profilaxis antiguerrera de la Sociedad de las Naciones. Para fijar ideas voy a concretar mi manera de ver este asunto.

La labor de la Sociedad de las Naciones no evitará las grandes guerras, y las pequeñas que evite, hubieran podido serlo sin ella. Es decir, que resulta inútil para la paz.

* * *

Hay ya pocas personas de las dichas de gobierno y enseñanza que crean, por más que lo digan, que las guerras se evitan con asambleas y comisiones; porque saben que ni los gobiernos pueden muchas veces evitarlas, no obstante su buena fe llamando así, en los casos en que están directamente interesados, a la certeza de su inferioridad para luchar.

En efecto, los gobiernos son tan sólo ficciones y tras ellos se yerguen las finanzas de diversas clases, que son las que dirigen el planeta. Los gobiernos, en el mejor caso, son actores involuntarios, y en el peor, forzosos. Ya no hay nadie que crea que una guerra se puede hacer contra los intereses materiales de los que prestan el dinero para ella. No podría durar un mes, ni aun en el caso en que el gobierno se incautara *manu militari* de todas las riquezas de un país. Con el sistema capitalista actual y la distribución y empleo de las riquezas nacionales, o, mejor expresado, riquezas desnacionalizadas, las ideas de patria, según la concepción doceañista, es decir, la de estados más o menos

capaces de defenderse, estados en cierto modo *seguros*, no tiene hoy la misma virtualidad. Las patrias tienen más o menos raíces, a medida que a los consorcios bancarios internacionales les conviene o no que se defiendan.

Vienen a demostrar estas ideas la creación de las *naciones artificiales*, patrias nuevas procedentes unas veces de viejos derribos cuyos materiales hasta tenían dueño, por haber una especie de prescripción histórica, y otras por aspiraciones centripetistas, aspiraciones de desguace que no son en puridad más que consecuencias históricas, movimientos para evitar la agonía conjuntiva. Estas *naciones artificiales* se crearon para dos fines. El primero, para que sirvieran de países topes, países murallas o corazas, con la misión de ser, como se dice ahora en mal castellano, coberturas de las guerras; y el segundo, para emplear el dinero de los grandes trusts en armamentos, pertrechos, etc., en previsión de dichas guerras. Estas *naciones artificiales*, de que son ejemplo Bélgica, Holanda, los países danubianos, Polonia y Montenegro, a más de los estaditos rusos creados en plena guerra por los alemanes, son mantenidos por las finanzas internacionales, que juegan constantemente con ellos a un peligroso ajedrez. Sería una candidez pensar en el mal negocio que supondría para los trusts el prestar las enormes cantidades que supone la marcha en política, muchas veces ofensiva, de dichos estados, sin una garantía sólida, que no es otra que el ligamento internacional de pies y manos de dichos estados, que unas veces *topes*, y otras simplemente clientes, componen la mayoría de la Sociedad que nos ocupa, representando en teoría el papel de individualidades libres, y siendo en la práctica comparsas de los grandes países y de sus finanzas.

Y, sin embargo, los grandes países pudieron mucho mejor que los pequeños hacerse, en cierto modo, independientes de las finanzas, o al menos polarizar éstas, ya que hoy es la única defensa del poder contra sus atacantes. Hubieran llegado a lograrlo por medio de los parti-

dos obreros en sus relaciones con el capital y la política, misión incumplida por los que aspiraron y aspiran a llamarse estadistas conservadores, conservadores del sistema capitalista actual.

No logrado esto por miedo a los partidos únicos que pudieron condicionar las guerras, se ofrece hoy un hecho de valor enorme, escribiendo ENORME con letras mayúsculas. Es la proposición de la República de los Soviets pidiendo el desarme. Estimo que ningún gobernante le ha concedido la importancia que tiene. Creo que muy pocos han percibido que se trata en el fondo "de una forma de las esenciales que viviendo se desenvuelve", y, por tanto, que estamos en el caso de lo que dijo Goethe la noche de la batalla de Valmy: "A partir de hoy comienza una nueva época en la Historia Universal".

Mientras exista el régimen capitalista como existe hoy, y más cuando se le agrava, la desaparición de la guerra es imposible. Para atenuarla en lo que cabe entre descendientes de Caín, hay dos procedimientos. El primero, *menchevizar* los estados *limitando la riqueza y limitando y vigilando su empleo*. El segundo, que es parecido en empleo del primero, polarizar la enorme fuerza e influencia de la *ciudad capital* corrompida y corruptora, con la fuerza y desarrollo de las capitales de provincia, pueblos y aldeas, es decir, entre la mentalidad industrial y la agrícola, como apunté en *De la guerra*.

La ciudad corrompida y corruptora la hace con sus *realidades* financieras y sus *supuestos* políticos, porque se lo permiten, unas veces por desidia e incapacidad y otras por sordidez avariciosa — ambas inercias — las capitales de segundo orden y los pueblos, que suelen tener una moralidad más decorosa y estar menos ligados, es decir, más libres, de las altas finanzas. De ahí las ventajas para la paz que da el federalismo, y que no han sido comprendidas por muchos políticos de corta vista. Cuando la ciudad absorbe y domina al resto del país, se está en vísperas de que la *cultura* pase a ser *civilización*, o, lo

que es lo mismo, de que todo se lo lleve el diablo. Esto habrá ocurrido cuando desaparezca el último corazón y la última inteligencia que comprendan las *formas pasadas*.

Mientras esto llega, hay que decir que las guerras serán cada vez más frecuentes—como ya se ve que son—y más horribles. Más frecuentes por el desperdigamiento y ningún carácter de los nuevos países constituidos, y por el intento de cambio de postura en otros; y más horribles, por la alianza de la riqueza y las ciencias, en apariencia por patriotismo y en realidad por el interés que supone, interés monetario, la patentización de los descubrimientos de destrucción de gentes.

La Sociedad de las Naciones es un centralismo burocrático en el que ni siquiera cada país puede llevar su *pleito histórico* ni aun tratar de "su verdadera seguridad".

Para llevar allí esta condición, prima Spinocce, Inglaterra tendría que revelar el secreto a voces de que no puede existir sin la alianza de Portugal, Bélgica y Holanda, y sin el expolio de Gibraltar; Francia haría las mismas declaraciones respecto de Polonia, Yugoslavia y Austria; y si Norte América hubiese dado en la candidez de ser socia, las mismas sobre las islas del

mar Caribe, Nicaragua y "otros peligros americanos" que no es prudente aventar ahora. Y esto es inconfesable en donde se habla de justicia y razón. Y cuando es un hecho "de seguridad" confesable y patente, como la posesión de Tánger para España, no se puede llevar a la Sociedad de las Naciones porque perjudica los intereses de tercera persona.

Del mismo modo se debe considerar su inutilidad cuando se ve, por ejemplo, en el caso de Italia, cómo cada país se desentiende de la Sociedad cuando le conviene. Alemania acaba de dar a Inglaterra la puñalada por la espalda del arbitraje obligatorio, puñalada a lo largo mortal, porque era evidente que no lo aceptaría, ya que significaba para ella la posibilidad de creación de una fuerza coercitiva superior a la suya, y esto es imposible para la que todavía se imagina ser la reina del mundo.

Ni aún cabe admitir que la Sociedad sea la que exprese el sentir de Europa, ni represente su opinión. Así se le ha visto y se le ve callada en los conflictos puramente interiores de Venezuela y de China, que, sin embargo, han motivado intervenciones. Tampoco cabe simbolizar sus fuerzas de opinión por la impresión de seriedad de su conjunto. Todos hemos visto congre-

sos de diversos órdenes y reuniones de accionistas de bancos donde se manipula aparatosamente con la riqueza y opinión colectiva.

Hay que hacerse a la idea de que la Sociedad de las Naciones, tal como está compuesta, es un capitánato inglés, con las dos tenencias de Francia e Italia. Los demás países, en las cuestiones fundamentales, tendrán que transigir con ellos o hacer lo que hemos hecho nosotros.

Ciego ha de estar, o muy obcecado, quien no atisbe que la paz es bien mostrenco del que sólo goza y dispone, como de los demás, el más fuerte. Hablar de los beneficios que para la paz pueda lograr la Sociedad de las Naciones es hacer un reclamo innecesario a las excursiones a Suiza. Ningún artículo político ha servido para detener una granada de cañón. Eso de los reglamentos es una cosa judaica y recuerda a los Esenianos, que los tenían para escupir. La diplomacia no ha logrado nunca nada ante los verdaderos conflictos, y fué siempre, fuera del reino social y anecdótico, el arte de armar en corso los tiempos condicionales de los verbos, en los que era un gran artífice el organizador de la guerra europea, príncipe de Gortchakoff.

CORONEL GARCIA CAMINERO
(En la Reserva.)

ESPERA...

La noche estaba cuajada de murciélagos errantes. Arriba, claridad lechosa, temblor de rocío estelar.

Abajo, el Atlántico soñaba con naufragios y tormentas. Una negra pesadilla iba cerrando el horizonte.

Por un momento sentimos la terrible angustia de que fuera piadosa mentira el "más allá" espiritual y geográfico del que nos hablan los hombres. ***

La ventana era como un rústico marco encuadrando su belleza semita. Un doblar de campanas lejanas la hizo reír. Los muertos del martirologio parecieron mirarla gravemente a través de mis ojos. De improviso se quedó seria, agitando la negra melena perfumada de áloe como queriendo ahuyentar el aleteo de inoportunos pensamientos. Hice mía una pálida mano caída en su regazo, igual que una flor, mientras

en los lóbulos de sus orejas brillaba fugazmente sobre el oro de sus zarcillos el perfil inconfundible y prognático de uno de los Borbones...

La puerta estaba abierta. Un gat callejero, asmático, entró sigiloso. Creí reconocerle. ¿El de Baudelaire? ¿El de Baroja? Besó mis dedos con su hocico frío... Lamió después mis botas de montar... y se marchó.

Ella, al fin, tornó hacia mí su rostro lunar, llevando en las grandes pupilas todo el resplandor de los astros lejanos, parpadeantes: ¡Qué grande es Dios! ¡Alabado sea su nombre!", añadió con el temor y la unción milenaria de su raza, en tanto se disponía, como todos los días, a seguir cosiendo su blanca mortaja.

Sin darle tiempo a empezar la

A FELIPE SASSONE

macabra tarea, le arrebaté la aguja hispida y sutil, arrojándola por la ventana al fondo tenebroso de la noche.

—¿Por qué haces eso?...

—Porque aún para ti no ha sonado la hora.

—¿Tú lo sabes?

—Claro. Me lo dice tu juventud, tu hermosura.

—¡Ah, qué inocente y confiado eres!

Y volvió a reír, inquietante y burlesca.

... ..

En el cuarto, sobre el amplio lecho frontero, un pequeño crucifijo abría rígidamente sus brazos.

Mi pasión por la vida y mi carne lacerada, ya vieja, aún tuvieron valor para gritarle:

—¡Espera!...

J. PEREZ ANDREU



Fundador: VICENTE VALERO DE BERNABE

Director: FRANCISCO ANAYA RUIZ

*Los gigantes del pensamiento hispano**Francisco de Quevedo, señor de la Torre de Juan Abad*

Así como Cervantes es un grande hombre en cuya personalidad y en cuyas obras se resume una gran parte de la vida humana (cual sucede únicamente con él, con Shakespeare y con Lope), D. Francisco de Quevedo es el grande hombre español por excelencia, y en su persona y en sus obras vemos reflejarse en toda su amplitud la vida del pensamiento de España y de los españoles de su época. Mas de igual manera que Cervantes, Quevedo acierta a comunicar a lo que escribe tal intensidad y valor humano, que mucho de ello se sale de su época y pasa al caudal común del pensar de todos los tiempos y naciones.

Don Francisco de Quevedo y Villegas nació en Madrid y fué bautizado en San Ginés, a 26 de septiembre de 1580. Fué hijo del hidalgo montañés Pedro Gómez de Quevedo y de la señora madrileña doña María de Santibáñez; muy joven perdió a sus padres; con gran aprovechamiento estudio en la Universidad de Alcalá Humanidades, llegando a poseer y manejar el latín y el griego, Jurisprudencia, Filosofía, Matemáticas y Ciencias Naturales. Fué mozo precoz, desenvuelto y arrojado. La valentía de su corazón indomable no le abandonó jamás. Enamoróse muchas veces y, al parecer, de manera no muy platónica, aprendiendo en el trato de mujeres livianas la mala condición de éstas, y tomando gran horror al matrimonio, que sólo contrajo por empeños de la corte y compromisos de la amistad, cuando ya tenía cincuenta y dos años, con una hermosa y noble dama aragonesa, doña Esperanza de Aragón, teniendo la desgracia de quedar viudo a los doce meses. Intervino como diplomático

co en los asuntos del ducado de Saboya, y después, siendo, no, cual se ha dicho, secretario, sino solamente amigo, familiar y consejero del gran duque de Osuna, D. Pedro Téllez Girón, virrey de Nápoles, en los peligrosísimos asuntos de la República veneciana, que enseñoreada del Adriático, dió lugar a la conspiración de los *uscoques*; en aquella ocasión, como en otras, se halló don Francisco a dos dedos de ser asesinado, salvándole su ingenio y su presencia de ánimo.

En el trato con el gran duque de Osuna, con el Papa Paulo V y con los corrompidos y repugnantes cortesanos del rey Felipe III, adquirió Quevedo profundo y triste conocer de las miserias de la humanidad, de los interesados y ruines móviles que la guían generalmente y de todos los resortes, artes y recursos de la inmundicia y del cohecho, y él, que siempre había conservado la mayor pureza y la más acrisolada honradez en los cargos diplomáticos y políticos que desempeñó, fué preso y desterrado de la corte repetidamente, por los malos y perversos gobernantes, que disponían de España como de hacienda sin dueño. Mucho aprendió Quevedo en la pequeñez de los grandes, en las malas acciones de los privados de Felipe III, Lerma y Uceda; en la soberbia y odiosa tiranía del conde-duque de Olivares, favorito de Felipe IV. Fué Olivares amigo del poeta en un principio; después temió que le hiciera sombra Quevedo, y secreta y villanamente le redujo a prisión, mandó conducirlo al convento de San Marcos, de León, le cargó de grillos y cadenas, como si fuese un gran criminal, le hundió en infecto y húmedo calabozo, de

donde no salió hasta que el propio Olivares fué arrojado de la privanza en 1643. Los cuatro años de prisión y de sufrimientos físicos horribles, mataron al anciano poeta, quien vuelto a Madrid y no hallando en la corte a quien bien le quisiera, retiróse a su señorío de la Torre de Juan Abad, en Sierra Morena, donde ya había vivido retirado en otras ocasiones; forzado por la enfermedad, se trasladó a Villanueva de los Infantes, en la provincia de Ciudad Real, y allí murió el 8 de septiembre de 1645, antes de cumplir los sesenta y cinco años.

La tierra española no ha producido un espíritu más inquieto, valiente y comprensivo que el de Quevedo. Consideramos a Cervantes como un genio de todos los tiempos y razas, y a Lope como el poeta por excelencia; Quevedo ocupa un lugar en esta trinidad de genios españoles, el lugar que pertenece al que fué poeta y filósofo, político y diplomático, místico y ascético, y al par que todas estas cosas el hombre más ingenioso de su tiempo, el de más sereno y alto espíritu, el más abundante en recursos el más fértil en iniciativas.

Sus obras clasificadas por ilustres autores, como Navarro Ledesma, de cuya insigne pluma son los anteriores juicios, en políticas, ascéticas o devotas satírico-morales, de crítica y sátira literarias, festivas y de entretenimiento, novela (*La vida del buscón*) y poéticas, constituyen un total portento de enormes enseñanzas y de inefables goces intelectuales.

Sin perjuicio de dedicar a esta

figura gloriosa de nuestra literatura la extensa atención que merece, para lo cual en su día recabaremos la autorizada colaboración de comentaristas e investigadores del alto fuste de Astrana Marín, Ruano, Hurtado y otros, nos concretaremos por hay a reproducir algo de su magna obra.

De la "Vida del Buscón"

Sucedió que el ama criaba gallinas en el corral, yo tenía ganas de comerla una: tenía doce o trece pollos grandecitos, y un día estándoles dando de comer, comenzó a decir: "pío, pío", y esto muchas veces. Yo, que oí el modo de llamar, comencé a dar grandes voces y dije: ¡Oh cuerpo de tal, ama! ¿No hubiéredes muerto un hombre, o hurtado moneda al rey, cosa que yo pudiera callar, y no haber hecho lo que habéis hecho, que es imposible dejarlo de decir? ¡Mal aventurado de mí y de vos!

Ella, como me vió hacer extremos con tantas veras, turbóse algún tanto y dijo: —Pues, Pablos, yo ¿qué he hecho? Si te burlas no me aflijas más.

—¿Cómo burlas? ¡pesia tal! Yo no puedo dejar de dar parte a la Inquisición, porque si no, estaré descomulgado.

—¿Inquisición?, dijo ella empezando a temblar; ¿Pues yo he hecho algo contra la fe?

—Eso es lo peor, decía yo; no os burléis con los inquisidores: decid que fuisteis una boba y que os desdecís, y no neguéis la blasfemia y desacato.

Ella con el miedo dijo: —Pues, Pablos, ¿si me desdigo, castigárame? —Respondíle: no, porque sólo os absolverán.

—Pues yo me desdigo, dijo: pero dime tú de qué, que no lo sé yo, así tengan buen siglo las ánimas de mis difuntos.

—¿Es posible que no advertís en qué? No sé cómo me lo diga que el desacato es tal que me acobarda. No os acordáis que dijisteis a los pollos "pío, pío", y es Pío nombre de los Papas, vicarios de Dios y cabezas de la iglesia. Papaos ese pecadillo.

Ella quedó medio muerta y dijo: —Pablos, yo lo dije; pero no

me perdone Dios si fué con malicia; yo me desdigo: mira si hay camino para que se pueda excusar el acusarme, que me moriré si me veo en la Inquisición.

—Como vos juréis en una ara consagrada que no tuvisteis malicia, yo, asegurado, podré dejar de acusaros: pero será necesario que esos dos pollos que comieron, llamándoles con el santísimo nombre de los pontífices, me los déis, para que yo los lleve a un familiar que los queme, porque están dañados; y tras ésto habéis de jurar de no reincidir de ningún modo.

Ella muy contenta dijo: —Pues llévatelos, Pablos, ahora, que mañana juraré.

—Yo por más asegurarla, dije: —Lo peor es, Cipriana (que así se llamaba), que yo voy a riesgo, porque me dirá el familiar si soy yo, y, entre tanto, me podrá hacer vejación.

—Llevadlos vos, que yo, par diez, que temo, Pablos, decía cuando me oyó esto; por amor de Dios que te duelas de mí y los lleves; que a tí no te puede suceder nada.

Dejéla que me lo rogase mucho, y al fin, que era lo que quería, determinéme, tomé los pollos, escondílos en mi aposento, hice que iba fuera, y volví diciendo: Mejor se ha hecho que yo pensaba: quería el familiar unirse tras mí a ver la mujer; pero lindamente le he engañado y negociado.

Dióme mil abrazos y otro pollo para mí, y yo fuíme con él adonde había dejado sus compañeros, y hice en casa de un pastelero una cazuela y comímelos con los demás criados.

Supo el ama y don Diego la mañana, y toda la casa la celebró en extremo. El ama llegó tan al cabo de pena, que por poco se muriera, y de enojo no estuvo a dos dedos, a no tener por qué callar, de decir mis sisas.



La más bella niña...

La más bella niña
de nuestro lugar,
hoy viuda y sola
y ayer por casar,
viendo que sus ojos
a la guerra van,
a su madre dice
que escucha su mal:
*Dexadme llorar
orillas del mar.*

Pues me diste madre,
en tan tierna edad
tan corto el placer,
tan largo el penar
y me cautivaste
de quien hoy se va
y lleva las llaves
de mi libertad.
*Dexadme llorar
orillas del mar.*

En llorar convertir
mis ojos de hoy más
el sabroso oficio
del dulce mirar,
pues que no se pueden
mejor ocupar
yéndose a la guerra
quien era mi paz.
*Dexadme llorar
orillas del mar.*

No me pongáis freno
ni queráis culpar,
que lo uno es justo,
lo otro por demás.
Si me queréis bien
no me hagáis mal;
harto peor fuera
morir y callar.
*Dexadme llorar
orillas del mar.*

Dulce madre mía,
¿quién no llorará,
aunque tenga el pecho
como un pedernal,
y no dará voces
viendo marchitar
los más verdes años
de mi mocedad?
*Dexadme llorar
orillas del mar.*

En mi artículo anterior (1) traté de demostrar que el regionalismo no tiene justificación. En este quiero probar que la nacionalidad española está en pleno período re-constructivo y ascendente. España no es una ficción, un estado artificial, contra ley y forzado, como dicen los regionalistas, ni es tampoco el resultado de la conquista de Castilla, como dice Ortega y Gasset en "España invertida". España hace 1.200 años va rehaciéndose, reconstruyendo la nacionalidad que desbarató la invasión árabe.

Para ello hace ligeras consideraciones sobre lo que es una nación, cómo se forma, cómo se desarrolla y cómo muere.

Dice Ortega y Gasset—autor que merece toda mi admiración y respeto—que el pueblo romano "constituye un caso único en el conjunto de los conocimientos históricos", porque es el único que desarrolla, ante nosotros, el ciclo completo de su vida, desde su nacimiento hasta su muerte. Mejor dicho, el único del que tenemos este conocimiento.

De la historia de este pueblo, deduce la ley de formación, desarrollo y vida de todos los demás. Para ello se apoya en Mommseu, el gran artífice de la historia romana y hace hincapié en el pensamiento con que Mommseu empieza dicha historia y que es el siguiente: "La historia de toda nación y, sobre todo, de la nación latina, es un vasto sistema de incorporación". Este pensamiento lo aclara Ortega y Gasset. No es, según él, el crecimiento de una nación una dilatación, un engorde del núcleo inicial, como creen muchos, por la equivocación de hablar el origen del Estado en la expansión de la familia; "la idea de que la familia es la célula social, y el Estado algo así como una familia que ha engordado, es una rémora para el progreso de la ciencia histórica". "No—insiste—, incorporación histórica no es dila-

tación de un núcleo inicial". Este pensamiento lo matiza con otro que dice: "Es falso suponer que la unidad nacional se funde en la unidad de sangre y viceversa. La diferencia racial, lejos de excluir la incorporación histórica, subraya lo que hay de específico en la génesis de todo gran Estado".

Marca después las etapas del crecimiento de Roma, llamándole Roma inicial, Roma doble, federación latina, unidad italiana e imperio colonial. El paso de cada una de estas etapas a la siguiente constituye la historia ascendente y constructiva de Roma, y al llegar a la cumbre empieza el desmorona-

reinos de Aragón y Cataluña, el de Granada (antes los de León, Asturias, Galicia, Toledo, Sevilla y Córdoba), el Franco-Condado, el Milanesado, el reino de Nápoles y Sicilia, las Américas, parte de Oceanía y Norte-africano, y de esta manera, lo mismo que Roma, va formando la nacionalidad española, y lo mismo que Roma, la va perdiendo de la periferia al centro, hasta llegar a no disponer más que de la Península, es decir, de una parte de la Península, que es la situación actual. Pero como la decadencia continúa, como el proceso de disgregación—similar a la muerte—no cesa, el desmorona-



Un bello aspecto del puerto de Santa Cruz de la Palma (Canarias)

miento en sentido inverso; se pierde el imperio colonial, de la periferia al centro, después la unidad italiana, después la federación latina y queda Roma sola.

Esta concepción de cómo se forma la nacionalidad, la extiende Ortega y Gasset a las naciones actuales y considera a Castilla como la Roma inicial de la nacionalidad española, y a la Isla de Francia, como la de esta nación, y a Prusia, como la de Alemania, y al Piamonte, como la de la actual Italia, podíamos añadir.

Siguiendo esta concepción, supone que Castilla se incorpora los

miento ha de continuar, y eso es la razón del regionalismo y después del separatismo, hasta terminar por donde se empezó, por Castilla que, según dicho señor, ha de quedar sola como quedó la Roma inicial.

Este concepto del origen, desarrollo y muerte de las nacionalidades, consecuencia de admitir la existencia de un núcleo inicial que por sus condiciones de mando va incorporándose otras nacionalidades y que, por perder estas condiciones de mando, da lugar al desmoronamiento, le hace exclamar:

(1) Véase el número de octubre.

"¡Castilla ha hecho España y Castilla la ha deshecho!"

Aun dentro del pensamiento de Ortega y Gasset, creo que es falsa la anterior afirmación; cuando más, lo que podría decir es que, si Castilla ha hecho España, Castilla la "está deshaciendo", porque deshecha aún no lo está.

Terminemos de analizar esta concepción de formación y muerte de las nacionalidades, circunscribiéndose a nuestra nación. A España la forma Castilla—núcleo indivisible y de generación espontánea, por lo visto—incorporándose otras nacionalidades: Aragón, Cataluña, Vasconia, el Franco-Condado, Nápoles, el Milanero, etcétera, etc., que son naciones indivisibles también, y también formadas por generación espontánea. Para que se vea con más claridad el pensamiento de Ortega y Gasset, voy a transcribir otro párrafo muy sustancioso. Dice: "Entorpece sobremanera la inteligencia de lo histórico, suponer que cuando de los núcleos inferiores se ha formado la unidad superior nacional, dejan aquellos de existir como elementos activamente diferenciados.

da de esto: sometimiento, unificación, incorporación, no significan muerte de los grupos como tales grupos; la fuerza de independencia que hay en ellos perdura, bien que sometida; esto es, contenido su poder centrífugo por la energía central que los obliga a vivir como partes de un todo y no como todos aparte. Basta con que la fuerza central escultora de la nación—Roma en el Imperio, Castilla en España, la Isla de Francia en Francia—amengüe, para que se vea automáticamente reaparecer la energía recesionista de los grupos adheridos."

Este párrafo me llenó de confusión y de amargura y de desaliento patriótico. Después reaccioné y pensé que eso no es el proceso de la formación de una nacionalidad y sí el de una confederación de naciones, hija de la conquista armada, la fase colonial en último extremo.

Porque, según ello, las naciones son Castilla, Aragón, Cataluña, Vasconia, etc., pero no España. Esto no sería otra cosa que una confederación de naciones hecha por la fuerza de las armas y la con-

otro elemento inicial? Entonces, serán a su vez confederaciones de otras más pequeñas nacionalidades



Un cargadero de plátanos en la isla de la Palma (Canarias)



La ciudad de Santa Cruz de la Palma vista desde las cumbres que la dominan

Lleva esta errónea idea a presumir, por ejemplo, que cuando Castilla reduce a unidad española a Aragón, Cataluña y Vasconia, pierden estos pueblos su carácter de pueblos, distintos entre sí y del todo que forman. Na-

quista de Castilla, contra la voluntad expresa de las demás. Y, aun admitida esta falsedad histórica, se me ocurre preguntar: ¿Y cómo se formaron esas naciones de la confederación española? ¿Por incorporación también, a partir de

que seguirán la misma ley de disgregarse cuando el núcleo central pierda la fuerza cohesora. El final, pues, de las nacionalidades será la pulverización. ¿O es que esas pequeñas nacionalidades se han formado de pronto y por generación espontánea y esa es la causa de su indestructibilidad? ¿Son como los cuerpos simples en química? Y sea cualquiera la causa de su formación, ¿por qué han de perdurar ellas y no España, que es la nación superior que ellas han formado? ¿Hay alguna medida en extensión de territorio o en número de habitantes que marque el límite de la nacionalidad? No, porque entre Castilla y Vasconia hay grandes diferencias. ¿Es el tiempo quien las plasma y les da ese carácter permanente? ¿Por qué, entonces, ha de ser España de carácter más adventicio y precario, llevando mucho más tiempo—muchísimo más tiempo—que cada una de esas pequeñas nacionalidades? ¿Es la conveniencia de vida? ¿Por qué, unión para todos los fines sociales, económicos y positivos, han de tender a disgregarse?

¿Son los ideales realizados o los ideales por realizar? ¿Por qué han de separarse, si los ideales más altos y nobles los han realizado pre-

cisamente cuando, juntas, formaron nación y aisladamente no tienen ninguno que realizar ni posibilidad de ello?

No estoy conforme con esta teoría de la nacionalidad, ni creo aplicable a España la teoría de la gestación romana.

Para demostrarlo, definiré lo que es Estado, pueblo y nación, no valiéndome de un diccionario enciclopédico ni de un texto de Derecho, sino solo del sentido común.

El Estado es una concepción jurídica que puede no relacionarse, o, mejor dicho, no desprenderse razonablemente de la historia ni de la razón, ni ser resultado de la voluntad del pueblo o pueblos que abarque, porque puede ser impuesto por otros Estados. El Tratado de Versalles, por ejemplo, ha formado varios Estados de esta clase. Sólo se propone un fin inmediato que los juristas dicen que es declarar y hacer efectivo el derecho. El concepto socialista es más extenso, y, prescindiendo de filiación política, el concepto que hoy se tiene en las naciones sólidamente constituidas es mucho más extenso y diversificado. Puede abarcar todo un pueblo o sólo una parte; varios pueblos distintos o parte de cada uno de ellos. Un pueblo puede formar un Estado o varios Estados.

El pueblo es la colección de gentes de la misma raza o de razas entrelazadas y mezcladas que, a través de vicisitudes históricas de larga fecha, tienen un conjunto de ideales similares, de costumbres parecidas, de igual lenguaje o colección de lenguajes afines; gentes de características muy parecidas en sus manifestaciones y en sus gustos, que tienen períodos de historia común, aunque no sea siempre la misma, con tal de que predominen los períodos en que la historia fué común. Los pueblos pueden, además, formar uno o varios Estados o ninguno. El pueblo hebreo, en la actualidad, no forma Estado. El pueblo español forma dos Estados en la Península y con su diseminación en América contribuye a la formación de varios Estados y naciones. La nación es la unión del pueblo y el territorio. Se concibe la existencia de un Estado y de un pueblo sin territorio propio y sin nacionalidad. La Iglesia es un

Estado sin tierras. Los hebreos son un pueblo sin tierras. El Estado español, lo mismo puede formarse en España que en tierras de África; pero la nación española no puede existir más que en las tierras de España, porque así como el nombre del Estado surge en cuanto se crea, el nombre de la nación es resultado de una gestación larguísima, de una conjunción de gentes y de terreno, con más importancia casi del terreno que de las gentes. España-nación es el terreno español con sus ríos y montes españoles, con sus ciudades y villas españolas, con todo lo que han



Un pintoresco rincón del curso del río Júcar a su paso por Cuenca

ido labrando las diferentes razas que sobre ella han pasado, mezclándose y formando nuevas razas; es el caudal de ciencia, de arte y de civilización que han ido dejando en forma materializada y sensible; es todo unido a la raza. Y aunque ésta se marchara de pronto, quedaría el terreno, que sería siempre España; y si nuevas gentes vinieran a ocuparlo, dejarían su nombre y tomarían el de españoles.

Siendo diferentes la nación, el pueblo y el Estado, no pueden seguir líneas paralelas sus orígenes, gestación, desarrollo, vida y muerte.

Lo que más viven son las naciones. Los que están en continua transformación son los pueblos. Los que nacen y mueren de repente y pueden vivir menos, son los Estados. Estos, además, pueden ser consecuencia de la voluntad de una generación o imposición de otros Estados; pero los pueblos, y mucho más las naciones, no dependen de la voluntad de las gentes que los forman. Se van constituyendo sin darse cuenta, por circunstancias que se encadenan, que se entrelazan y que se suceden según reglas venidas de Dios.

Dentro de estos conceptos, yo no creo que sea Castilla la que formó España por un proceso de incorporación. España es muy anterior a Castilla. Cuando no habían empezado a formarse Castilla, ni Aragón, ni Cataluña, ni Vasconia, ya existía la nación española, formada con la mezcla de numerosas razas.

Cuando los iberos, después de rodar por el Danubio, por los Alpes y por el Po y después de atravesar el Ródano y los Pirineos invadieron la cuenca del Ebro y el litoral levantino, ya había aquí otras razas que probablemente vinieron de África. Cuando otra raza, para nosotros nortea, la celta, después de largas estadias en su marcha a Poniente, apareció en las actuales costas gallegas y se extendió por el Noroeste hispano y por las costas atlánticas, ya había otra raza que era la misma que ocupaba toda la Península. Y cuando estas dos razas, después de adaptarse al terreno y de transformarse con la mezcla de la aborigen, se encontraron, se mezclan y forman la celtibérica. Otras razas, después, fueron modificando esta mezcla, parcialmente los fenicios, los griegos, los cartagineses y los romanos; más intensamente los godos y otros bárbaros nortea, y mucho más los árabes, sirios, bereberes y hebreos.

La invasión árabe obligó a la nación a dividirse en varios Estados y a que la evolución de pueblo tomase otras modalidades; pero la nacionalidad, aunque rota en su organización, quedó latente y a no ser por la diferencia de religión entre invasores e invadidos, hubiérase restablecido rápidamente sin dar a la lucha el feroz carácter de

reconquista que tomó ni lugar a las pequeñas modalidades regionales.

Pero las circunstancias de aquella época, el aislamiento de unas a otras comarcas y las características con que nacían los poderes y derechos de los reyes, hicieron aparecer nacionalidades provisionales que se llamaron, después de larga y variada gestación, Castilla, Aragón, Cataluña, etc.; pero siempre fueron partes de un cuerpo anterior, que es España, y por necesidades de momento vivieron sin asociación hasta que las circunstancias y las necesidades de la vida las puso en el trance de volver a la unión que ya antes tenían. A España no la formó Castilla. A España la formaron la tradición, la conveniencia de las gentes y de los reyes y el terreno conjuntamente; y se plasmó, por segunda vez, en unidad—aún no completa—porque así lo exige la ley de su nacimiento y vida. El poder absoluto de los reyes y el ser las tierras patrimonios personales suyos, favorecieron la conjunción; pero no por con-

quista de Castilla, sino por seguir la historia y la conveniencia de todos, que tenían su expresión jurídica en la conveniencia del rey.

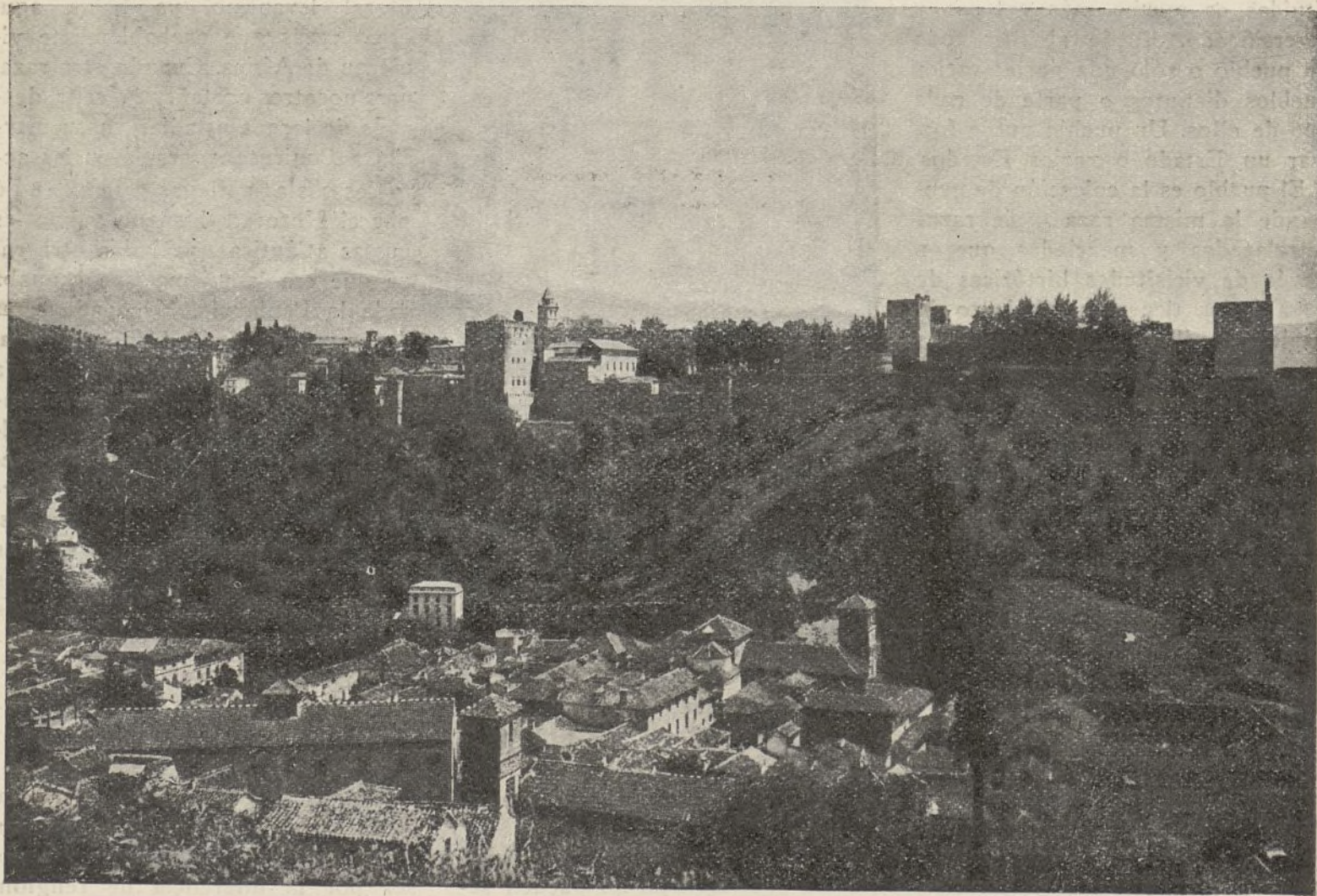
España no es el resultado de un proceso de incorporación. La España actual es el resultado de un proceso de reconstrucción, después de la rota que produjo la invasión árabe. Este proceso reconstructivo no ha terminado. España, como nación, no ha entrado en la decadencia, por lo tanto, porque aún no ha llegado a que el Estado, el pueblo y la nación, que es toda la Península—mal llamada ibérica, porque el nombre que le corresponde es el de española—terminen su obra unificadora y reconstructiva con los mejoramientos que produce el correr de los tiempos. España está aún en pleno período ascendente y reconstructivo.

La historia de este período reconstructivo no es la historia del desenvolvimiento político de sus reyes y estados, aunque esto sea una parte consustancial de la nación. Podremos hablar de la gloria y decadencia de la Monarquía y

decir que hubo períodos esplendentes y decadentes, pero éstos no marcan el ascenso y descenso de la nación española.

El Franco-Condado, los Países Bajos, el Milanesado, el Reino de Nápoles y los Estados turcos y griegos ocupados por catalanes y aragoneses, nunca fueron España ni parte de la nacionalidad española. Fueron tierras del Rey de España por derecho de herencia o de conquista, pero nunca fueron dominio de España ni extensión de España. El hecho de perderlos no es escalón de descenso o decadencia de España y sí solo de la decadencia de poder del Rey de España. Esos terrenos no fueron adquiridos, guardados y perdidos por España, sino por la herencia o conquista del Rey de España, válido de gentes que, en su mayoría, no eran de España, y todos por gentes que sólo combatían en nombre y por los derechos del Rey de España.

América tampoco fué nunca nación española, más que en el derecho; pero no en el hecho. América, Oceanía y el Norte africano



La maravillosa perspectiva de la Alhambra de Granada, con los picos de la legendaria Sierra Nevada al fondo, es de las que más halagan la satisfacción de poseer la nacionalidad española

son tierras donde se extendió el pueblo español, conquistándolas en nombre del Rey y colonizándolas en provecho de la nación; pero la pérdida de estas tierras no supone desmembración ni decadencia de la nacionalidad española y si sólo pérdida del poderío del Rey y separación de una parte del pueblo de España.

Ni Roma es pauta única del nacimiento, desarrollo, vida y muerte de las naciones, ni la nación española se formó a partir de un núcleo central y por un proceso de incorporación armada. Roma partió de una ciudad y a la ciudad se

redujo. España se plasmó en una nación por la acción del tiempo, se rompió por una invasión que estableció diferencias religiosas y desde hace 1.200 años se está reconstituyendo, anulando, difuminando los particularismos comarcales que crearon los tiempos de la reconquista.

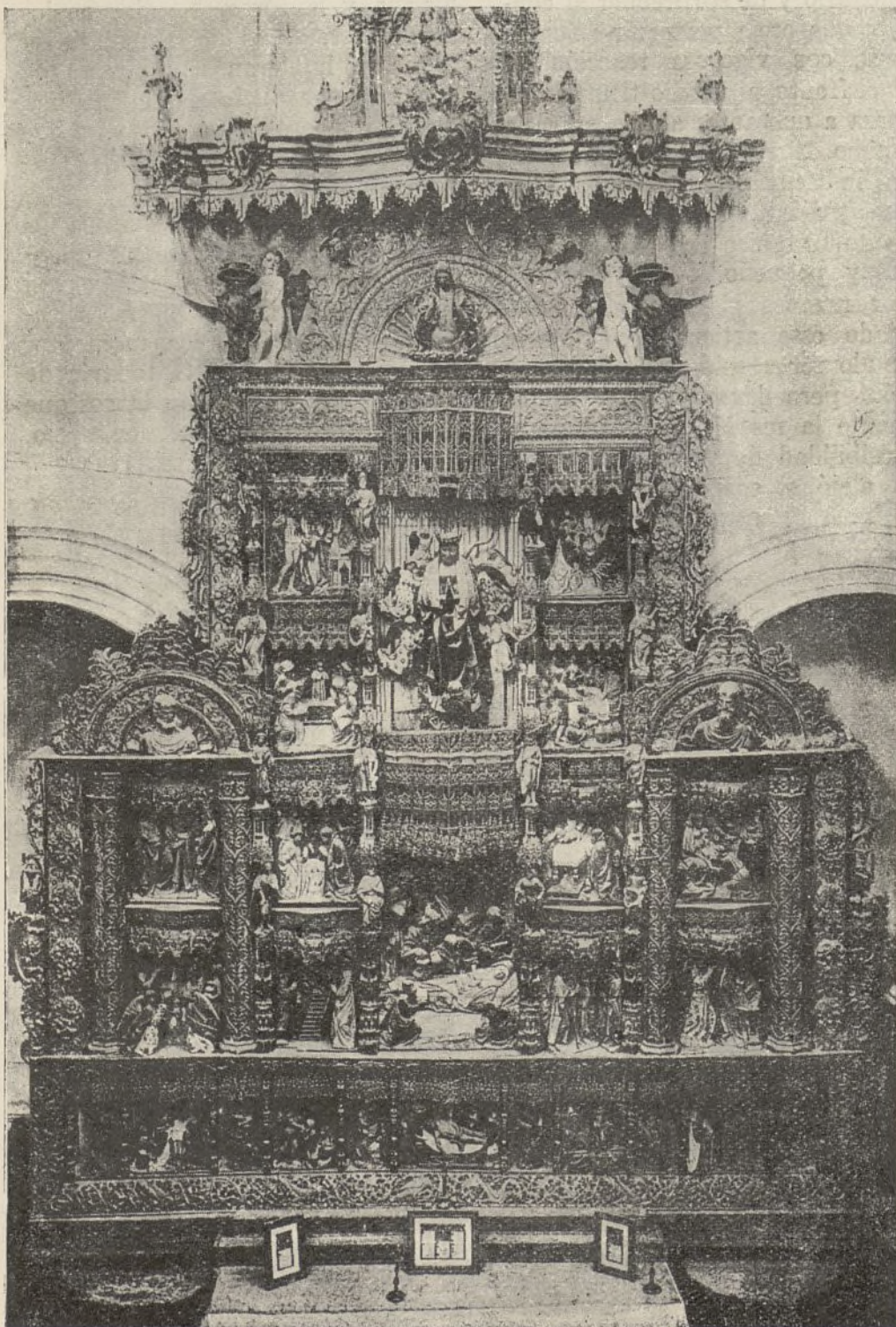
España continúa su desarrollo, su vida ascendente; no ha llegado a la cumbre; no ha empezado, por lo tanto, su decadencia. Podía hablarse de decadencia en unos aspectos, contrarrestados por crecimientos en otros; pero el conjunto, la nacionalidad sigue, aunque muy

lentamente, la trayectoria de su reconstrucción y por lo tanto de su desarrollo.

España tiene como nación toda la Península española. Cuando esta nación forme un Estado único con un pueblo único, habrá terminado el período reconstitutivo y ascendente de su historia, y entonces podrá empezar la decadencia u otra transformación, según normas que hoy no podemos adivinar.

ANGEL RODRIGUEZ
DEL BARRIO

General de División.—Diplomado de E. M.



Los fotograbados que ilustran esta plana reproducen el magnífico retablo de la iglesia de Villaescusa de Haro, en la provincia de Cuenca, y las esculturas adyacentes al mismo. Tales obras están consideradas como verdaderas joyas de inestimable valor artístico

La importancia de la primera batalla del Marne (1914)

Tanto el ejército francés, como el alemán, entraron en campaña inspirándose en ideas de la más franca ofensiva; ninguno de los dos pensó en hacer líneas de atrincheramientos en los límites del territorio para esperar en ellos pasivamente el ataque del contrario. De esa comunidad de pensamiento director salió la batalla de "las fronteras" compuesta de varias en todo el frente: Morhange, Virton, Mons-Charleroi con el resultado de efectuar, ambos ejércitos, una conversión alrededor de su flanco oriental, el alemán hacia su vanguardia y el francés hacia su retaguardia.

A pesar de vigorosas reacciones ofensivas (batallas de Signy l'Abbaye, Guisa), el ejército francés, que ha mantenido inquebrantable su derecha, de Verdun a los Vosgos, se extiende con su centro e izquierda desde aquella plaza hasta las cercanías de París, en los primeros días de septiembre.

Ha realizado, pues, en poquísimos tiempo, una maniobra en retirada; tal principio de campaña es más imponente para la moral de ambos contendientes que el de 1870 cuando, mes y medio después de rotas las hostilidades, aún se batían los ejércitos en las inmediaciones de Metz.

Fracasada la ofensiva francesa,

fué siempre idea del general Joffre organizar es su izquierda una masa capaz de operar sobre la derecha alemana, a fin de detener la ofensiva de ésta a la vez que se realizaba un ataque de conjunto de S. a N. La rapidez del avance alemán no permitió ejecutar tal idea hasta llegar a la situación antes indicada.

Considerándose que la defensiva-ofensiva es la forma más fuerte de hacer la guerra, se le halla, sin embargo, el inconveniente de que, por regla general, no se encuentra momento propicio para pasar a la segunda fase, y se sigue sufriendo la iniciativa del enemigo. El mando francés tuvo el gran mérito de encontrarlo y de sorprender al contrario, que creía perseguir sólo fugitivos, con vigorosa reacción en todo el frente, al mismo tiempo que la masa a que antes aludía atacaba de flanco. El resultado fué una victoria indiscutible, que puede llamarse francesa, puesto que el contingente británico era relativamente muy pequeño.

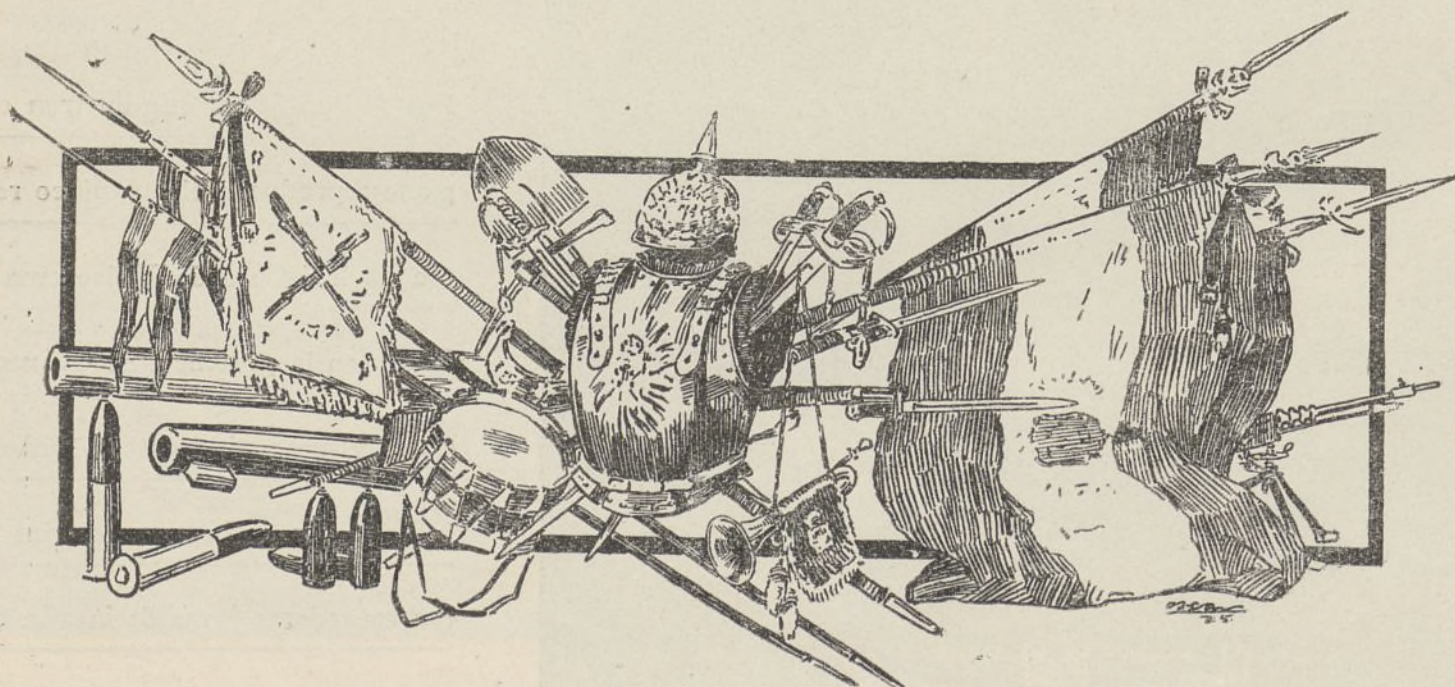
Por razones que alargarian demasiado este artículo, la victoria no pudo ser seguida por la persecución, pero levantó extraordinariamente la moral francesa al ver la posibilidad de vencer en definitiva, alejó al enemigo de la capital, disminuyendo su presión, dió

tiempo a que pudiesen entrar en juego los recursos inmensos del Imperio Británico, a que se preparase la guerra larga, permitió la intervención de Italia y de Rumania, hizo posibles los incidentes de la guerra submarina, que habían de traer a la lucha a los Estados Unidos, hecho imprevisible en el año 1914; en una palabra, Francia fué el escudo (cobertura) de toda la coalición.

Una victoria decisiva alemana en el Marne hubiera dejado a Francia fuera de combate, impedido todo lo que antecede, y como no es probable que Rusia pudiera restablecer el equilibrio, si Inglaterra no firmaba la paz, la guerra submarina y la aérea, basadas en los puertos franceses del Canal de la Mancha, hubieran sido armas de eficacia muy distinta a la del bloqueo continental, única de que dispuso Napoleón I después de Trafalgar.

Creemos, pues, que la batalla del Marne de 1914 es, y seguirá siendo, acontecimiento capital en la historia de la Gran Guerra, a pesar de los dramáticos momentos por que la lucha había todavía de pasar en los cuatro años largos que aún quedaban hasta el armisticio.

JUAN GARCÍA BENÍTEZ
Director de la Escuela Superior de Guerra.



Cómo habla y cómo escribe.—Recuerdos del buen ayer.—Su tertulia en Bellas Artes.—"Tigre Juan", novela premiada.—La poesía es lujo de los dioses.—Su concepto de la escultura.—La poesía asturiana.—Museo de retratos.—La pintura y los toros.—Visión de raza.

La prosa de Ramón Pérez de Ayala es morena, fuerte y acompañada, como las calderas de los húngaros que van a lomo de buen mulo por los caseríos asturianos. Algo intrincada como los vericuetos. Pero con una fuente en cada curva. Zumbona y marrullera, sabia y decidora. Es una prosa alcaidesa, matronil y gallarda, razonadora y grave. En apariencia, más ingenua cuanto más irónica. En sus palabras, frescas como cangilones, hay aguas claras y profundas que parecen venir del fondo del Romancero. La Celestina y Sancho hacen sus travesuras y razonan por estas páginas modernas de los libros de Pérez de Ayala. El humorismo asturiano cunde por toda su obra como los regatos que se desbordan por los prados. Pero que no se ven. Claros y afables, gozan con denunciar su paso y laborar en su obra fecunda. Se adivina el humorismo de Pérez de Ayala, humorismo fino y perenne, como el agua clara en los prados, que es allí donde la hierba marca una sombra más oscura y más verde, como fruta aún no entrada en sazón. Es una prosa que muerde riendo, como todo lo que lleva una intención asturiana, onduladora, picante y melosa, como la propia cara de Pérez de Ayala, de la que dijo Sorolla que era una guitarra, cuyas clavijas no acaban de dominar los bordones. Bien a las claras se ve esto en el verdadero museo de retratos que han hecho de Pérez de Ayala los más famosos pintores modernos. En todos tiene Ayala una postura, física y psicológicamente, distinta. Y es que el alma de este escritor siempre anda al escondite por las encrucijadas del cuerpo como una mozoela traviesa por entre las preseas de la vieja casona familiar que guarda, entre las telarañas del techo, bolsas de peluconas; entre las vigas de los corredores, golondrinas de ensueño, perlas entre la herrumbre y avispas en los rosales. Sin embargo, en todos los retratos, de Sorolla, de Mezquita, de Nieto, de Romero de Torres, hay

un trozo de alma o un trozo de piel de Pérez de Ayala. Únicamente el que le hizo Zuloaga no se le parece. Ni rastros de su alma ni de su cuerpo. Los genios también delinquen. En el retrato de Ayala, Zuloaga comete una estafa con la posteridad. ¡Están arreglados los que mañana quieran hablar de los rasgos fisonómicos del novelista, valiéndose de esta pintura del genio vasco! Traición a la realidad, al arte y al afecto. ¿Quién le habrá dicho a Zuloaga que Ramón Pérez de Ayala tiene esa cara de melón de Castilla, rayado y sin madurar? El cuadro que en este museo personal de Ayala le representa mejor en ánima y cuerpo es el de López Mezquita. Es un lienzo perfecto y logrado. Un verdadero retrato de Ramón Pérez de Ayala.

Desde 1916 hasta el amanecer del 27, no había vuelto a ver al escritor asturiano. Puede decirse que desde *La Paz del Sendero* y *El Sendero Innumerable* hasta las últimas novelas de *Tigre Juan*. Luchaba con su biblioteca "Corona", alentado por los buenos oficios de Enrique de Mesa. Fumaba unas terribles tagarninas, capaces de hacer temblar a un verdugo. Física-mente, de entonces acá no ha cambiado gran cosa. No así en su suerte de fumador. Hoy no se quita el habano de la boca. Hasta hay un Fernández de Castro que le manda las mejores hojas de la tierra vuela- tabajera, elaboradas por las mejores manos tabaqueriles de Cuba. También ha sufrido su transformación literaria. En este sentido, Pérez de Ayala se ha flexibilizado. Camina hacia la sabia sencillez, que es la más grave dificultad literaria. Entonces, al dejar su casa en mi compañía, en aquellas horas grises de los inviernos de Madrid, buscaba en los brazos de su mujer—milagro de trigo y de azul forastero—la cara rosada de un niño, flor de una mocedad madrigalesca. Ahora nos asaltan en el despacho dos mozaibetes como dos lobeznos. Vienen de la escuela, leen

obras clásicas en la biblioteca de su padre y escudriñan en las encrucijadas del ultraísmo las más grandes audacias del dibujo. ¡Y nosotros, Ayala, yo y muchos más, en la higuera: creyéndonos unos muchachos, capaces de jugar al "pio-campo" y de andar a pedradas con el crepúsculo en las horas felices en que se dejaba la escuela con la escandalosa agilidad de los gorri-ones en vuelo!

Ayala dice hablando del matrimonio:

—En el orden espiritual, la virginidad de los esposos subsiste siempre, o casi siempre, aun en los matrimonios más felices y unidos. En el alma del hombre y de la mujer hay una última diferencia irreductible. Hombre y mujer encierran dos universos esencialmente herméticos, incommunicables e inmutables entre sí, al modo de dos pedernales, que por muy en tangencia que se hallen, no dejan de permanecer aislados. Sólo al choque emiten una chispa; esta chispa es la generación.

En la segunda parte de *Tigre Juan* hay estos conceptos filosóficos, que son en la obra cercado y siembra a la vez:

—Vespasiano—uno de los personajes—dice Pérez de Ayala—era la esterilidad insumisa, que se engaña a sí propia y pretende engañar a los demás, desviviéndose en hacer pasar el libertinaje como exceso genésico, derroche de potencia y voluntaria renuncia a la fecundidad. No otra cosa suele suceder con la esterilidad y el libertinaje de la inteligencia.

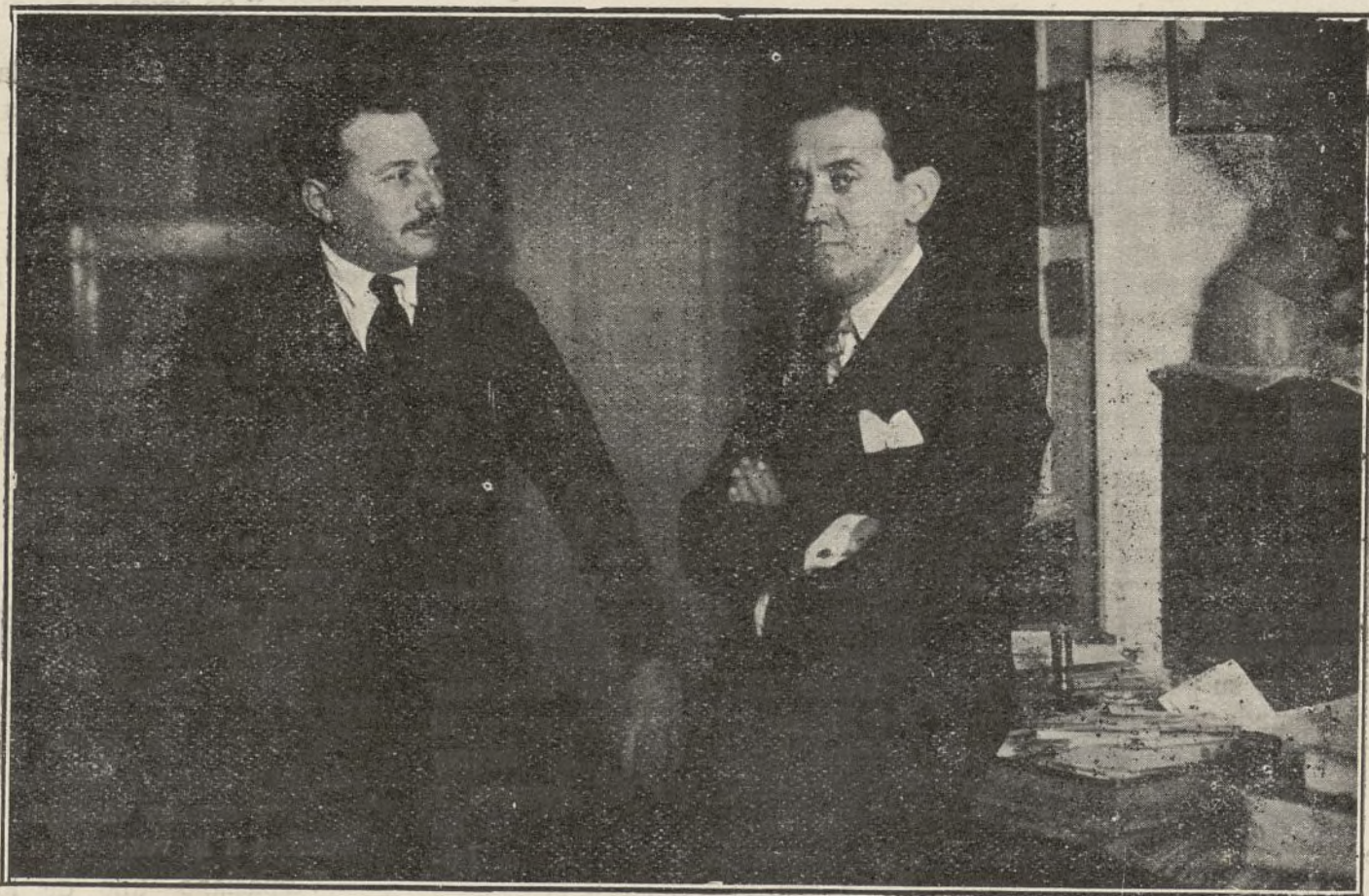
Ayala habla lo mismo que escribe. Y hasta me parece más claro, más flexible, más elegante en el habla que en la cuartilla. La pluma suele detenerse en ringorrangos y en adornos que tuercan, detienen, maltratan el pensamiento. La palabra, que como el río va libre, se menoscaba al saltar a la represa de la pluma y marchar medio ahogada y sin luz, por la tubería de la forma literaria. Tengo que confesar, aunque a Pérez de Ayala no le guste ir en grupo, que los hombres, los escritores que mejor hablan, dominadores del idioma, entre los muchos que he tratado, son él,

Roso de Luna, Díaz Mirón y Vargas Vila. Valle Inclán cecea. Y, a veces, cocea. Es para leerle más que para oírle. Aunque crean lo contrario los monaguillos que le ayudan a misa en su capilla románica, donde hay más puercos que santos. Esa capilla que se parece mucho a la que heredó Antonio de Hoyos

manifieste como heterogénea con los demás tipos esculturales del pasado: el oriental, el arcaico, el bizantino, el románico, el gótico, el renacentista y el barroco? Cualquiera, aun la persona más imperita y menos curiosa de las artes, discierne el contraste y heterogeneidad que coexiste dentro de ellas

es, en cierto sentido, lo contemporáneo, todas las épocas históricas fueron modernas en su turno.

—¿Habrán—se interroga a sí mismo—un arte histórico, perecedero, fruta del tiempo, pero sin valideces en la época, y otro arte que por su contenido político, ético y estético, posea un valor siempre



El renombrado escritor Ramón Pérez de Ayala hablando con nuestro compañero Camín

y Vinent en un risco de los contornos de Infesto.

Días antes de mi visita, Pérez de Ayala habla de su concepto de la escultura. Está entre sus íntimos amigos Enrique de Mesa, Julio Moisés, Juan Cristóbal y algunos más. Las apreciaciones de Pérez de Ayala, que dirá dos días después, en una mañana de sol, como parte de su conferencia en el moderno museo de Pintura, sacan de quicio a Juan Cristóbal. El escultor, primero tiene una actitud de protesta. Le envuelve, le liga el mimbral esmeralda del verbo de Pérez de Ayala. Solamente al final el autor de *Tigre Juan*, ronronea el escultor, como mar inconforme en la playa.

—¿Es que, en efecto—dice Pérez de Ayala—, existe en la escultura moderna un tipo de escultura original de nuestro tiempo, que se

mismas, por ejemplo, entre la torre Eiffel y el ministerio de la Gobernación, por lo que toca a arquitectura.

Es de advertir que las nuevas formas obedecen a la adquisición y empleo de una materia nueva, como ocurre con el hierro, en el casco de la arquitectura, y también a la mudanza vertiginosa del espíritu de los tiempos. ¿Se ha verificado este fenómeno en la escultura? Yo creo que no. No sabemos lo que es la modernidad. El futuro reside en el regazo de los dioses. Sabemos, sí, cómo es un cuadro cubista, pero no sabemos qué es un cuadro cubista. Como de las batallas cuando concluyen, de lo moderno se sabrá todo lo que hay que saber cuando deje de ser moderno. El espejo del presente es el futuro, así como el presente es el espejo del pasado. Si lo moderno

universal y actual? Esta disyuntiva constituye el monólogo trágico del artista.

Prescindamos de nuestra modernidad en acción, a fin de contemplar en abstracto qué es la modernidad. En la vida del individuo operan dos fuerzas: una, la herencia biológica, y la otra, la presión de la naturaleza externa sobre el individuo. Acerca de educación hay dos criterios adversos: el de la autoritaria, exclusivista y dogmática y el de la democrática, humanista y libre. El segundo sistema prevalece hoy en las naciones cultas, sabias y urbanas. ¿De dónde viene la palabra moderno? Viene de "modus", en castellano, modo y módulo. Pero el vocablo modo está, en ocasiones, invertido, y adopta una posición femenina: moda. Desdichadamente, muchos confunden lo moderno con lo que

está a la moda. Los rasgos distintivos de la moda son: inestabilidad y esterilidad. Cuatro cosas hay —dice la Biblia— que pasan sin dejar rastro: la sierpe por el prado, el pez por el agua, la sombra por el suelo y la mujer por el hombre. Añadamos: la moda por la historia. El modo lleva siempre aparejada alguna forma de moda, que es una escoria impura, en tanto que el modo permanecerá en su descendencia, puesto que es fecundo. Barahona de Soto censuraba a Góngora el empleo de voces aceptadas y oscuras, como “esplendores”, “celajes”, “llama”, “líquido”. Pues estas voces son ya de uso común. Luego, aparte de la moda, había en el gongorismo un modo substantivo, inmortal. Es curioso que en todos los idiomas modernos modo y moda son palabras diferenciadas, menos en francés. Para los franceses habrá radical diferencia; pero París es una ciudad que vive, en no pequeña parte, de los “isidros” de todo el mundo. Hay, pues, una modernidad que se rige por los modos cardinales de la vida, y otra modernidad que alude a la moda volandera.

La idea es el principio y fin de las cosas. La idea se realiza paulatinamente en la historia. La idea de belleza ha ido verificándose en formas sucesivas, con otros tantos tipos de arte representados por la preponderancia de una de las Bellas Artes. Primero, Egipto, con su arte simbólico en la arquitectura; segundo, Grecia, representada por la escultura; tercero, Edad Media y Renacimiento, representados por la pintura.

La escultura, según Hegel, es el arte que tiene por objeto la representación de la individualidad espiritual, revestida con aquella forma de la materia que se presenta inmediatamente a nuestros sentidos. El módulo de la escultura es el cuerpo humano, desnudo; como quiera que el cuerpo humano es siempre idéntico una vez que éste alcanza su módulo, como en Grecia, en adelante es imposible que surja una escultura moderna, a no ser que en la evolución de nuestra especie sobrevenga un nuevo módulo corporal, el del superhombre, al cual ya Miguel Angel aspiraba entre congojas titánicas. La escultura llegó al final de su destino en

Grecia. No hay un más allá escultórico.

Es natural que haya un progreso indefinido en la civilización mecánica. La ley de existencia de las máquinas se traduce en acrecentamiento y rendimiento continuo. Admitido, sin embargo, que el hombre es una máquina. El corredor más veloz de nuestros días no aventaja en rapidez al correo de Maratón. Pero consideremos que el progreso sigue dos direcciones: una, de longitud, y otra, de latitud; una, de avance, y otra, de extensión. Así como en el hemisferio mecánico de la actividad hemos echado de ver una manera de progreso en longitud, así el otro hemisferio, sensitivo, emotivo, plástico e ideológico, no es apto para aquella superación.

¿No habrá un más allá o un más acá del canon clásico? ¿Y el renacentismo? ¿Y el barroco? Donatello o Miguel Angel, ¿son pintores deficientes? No. El arte es la región de los pares. Desde la decadencia o ultraclasicismo hasta el barroco escultórico, que pobló la naturaleza inanimada de formas animadas, después de este hartazgo vino la dieta clásica. La escultura retorna al canon helénico y la pintura le sigue el paso. Coincide con la escuela neoclásica e idealista, a horcajadas sobre la coyuntura de los siglos XVIII y XIX, cuyo maestro fué David.

Viene después el realismo impresionista. La escultura se hace impresionista como la pintura. Y la pintura principia a querer semejar-se a la escultura. Se coloca a Picasso y a Maillol como representantes de la pintura y escultura ultramodernas, y Maillol es un escultor griego, al propio tiempo que el ex cubista Picasso muestra un propósito escultórico.

—El arte— termina Pérez de Ayala, acabando de desencuadrar el gesto malhumorado de Juan Cristóbal—es difícil, como declaraba Horacio. Para contradecir una obra de arte hay que crear una obra de arte. Es fácil dogmatizar. Todas las doctrinas estéticas pueden volverse al revés. Conviene suscitar en arte el choque de los términos inconciliables. Dejándonos golpear contra Scila o Caribdis se arriba a la dulce Italia. Allí está la tela de Penélope. El arte, como la vida, son la misma tela de

Penélope; un continuo tejer y destejer.

Hablamos de teatro y de autores. —¿Qué opina usted de Azorín y de su teatro?

—No me parece mal. Tenga usted presente que soy amigo de Azorín. No se anda bien de autores, pero hay que contar con que el autor necesita del factor público y del actor. Sin estas dos columnas no puede haber teatro. Marquina está bien en lo poético.

—¿Marquina es amigo de usted?

—Sí. Pero el caso de Marquina es distinto. Aunque no fuera amigo. Marquina tiene talento. En lo demás, no se sonría usted, ni me pregunte siquiera. Lo veo llegar. Yo le contestaré. ¿Benavente? Sigo sin estar conforme con su teatro. Lo considero falso, frívolo y pernicioso. Enteramente banal. Un teatro para muñecos, que no necesita la creación de los grandes actores. Es un teatro antiartístico y antinacional. Veinte años de éxito de este teatro, fueron suficientes para acabar con todos los buenos actores. Benavente es el primer responsable de que no aparezcan actores buenos en España durante estos últimos tiempos. En España es absurdo el teatro de Benavente. En Francia se concibe porque hay público y actores para todo. En Francia se dan a la par la comedia y la farsa. En la farsa, Benavente está bien. *Señora Ama* es una obra admirable. Pero en el plano corriente de la farsa. El gran teatro no es eso. Ni la historia del teatro puede presentar mañana las obras de Benavente como reflejo y alteza dramática de un siglo. Esta época de España no ha tenido un teatro verdadero. Ha dado algunos autores sueltos, y casi ningún actor. En este orden, Benavente, Valle Inclán, los Quintero y Arniches.

—¿Y en pintura?

—En pintura sucede lo contrario. Hay lo que nos falta en el teatro. Picasso representa la revolución en el ambiente y el dibujo. Anglada revoluciona el color. Zuloaga revoluciona la Historia. Después hay veinte nombres que representan grandes pintores. Mezquita, Sotomayor, Solana, Zubiaurre y Anselmo Miguel Nieto.

Pérez de Ayala me hace un gran elogio de Belmonte y de Sánchez Mejías:

—Belmonte es el genio. Sánchez Mejías, la acometividad. Parece que lucha a estocadas en los caminos de la tauromaquia de Goya. En Belmonte está la serenidad, el dominio. Uno es la estética. Otro, el arrojo.

Hablando del orden y del desorden, nos dice:

—No hay cosa más fecunda para los pueblos que el desorden. Francia se salvó por la revolución francesa, que es cuando volvió a tener hombres capacitados. Todo pueblo en orden perpetuo, se esfuma, se desnute, se acaba. Ejemplos de la

fecundidad del desorden, los tenemos en el Renacimiento, en la Inglaterra de Cromwell, en la revolución francesa, en la de Moscou y en la del Méjico actual.

—¿Por qué cree usted que no hay poetas en Asturias?

—Hombre, yo creo que estando aquí usted y yo, hay poetas asturianos. Hay poesía asturiana. Y esto aunque les pese a los asturianos. Aunque no piensen lo mismo los estorninos del periodismo regional y de la lírica almadreña.

—Después de *El Sendero Innumerable* y *Sendero Andante*, ¿no

piensa usted publicar más libros de poesías?

—No sé qué decirle. Aún no lo he pensado. Tengo algunos poemas para un libro. Pero tenga en cuenta que la poesía es el lujo de los dioses. Para dedicarnos a la poesía, antes debemos afianzarnos como banqueros de buen crédito.

Encendimos dos buenos habanos. Y él con su capa de señorito, amante de las capeas, y yo con mi capa de museo velazqueño, nos hundimos entre la fronda del Retiro, dejando, con un gran desdén, las sortijas de humo del cigarro culebreando en los troncos de la arboleda.

MEDALLON DE NAVIDADES

ANVERSO

El palacio del prócer ofrece el aspecto deslumbrador y magnífico de los días de grandes fiestas. Por la soberbia escalera que conduce a los espléndidos salones del primer piso van subiendo los invitados.

Ellas, ascienden radiantes de lujo en los vestidos y de alegría en los rostros. Ellos, irreprochablemente trajeados y con el gozo en los semblantes, las siguen en los diversos grupos que, sucesivamente, van descendiendo de los *Rolls Royce*, de los *Packard*, de los *Dion Bouton* que penetran en el vasto zaguan. Un tropel de lacayos, escogidos con minuciosidad entre los mejores mozos de la numerosa servidumbre, con sus libreas de colores chillones y bordados auríferos, aguardan severos, hieráticos en el amplio vestíbulo. Entre ademanes ceremoniosos y pausadas genuflexiones van despojando a las damas de sus lindas y confortadoras pieles de bison, de *petit-gris*, de armiño y de otros costosísimos bichitos, y a los caballeros, de sus prendas de abrigo y de cabeza y llevándolas al guardarropa.

Oro, pedrería, sedas, tisús, encajes, bellezas femeninas, descotes admirables, bandas, rondecoraciones y cuantas opulencias y suntuosidades pueda apetecer el cronista mundano más exigente en materia de elegancia y ostentación, desfilan aparatosamente.

La mesa del anchuroso comedor está dispuesta en forma de herradura, dejando en medio del salón

un buen espacio libre. Una orquesta de instrumentistas exóticos desgrana un himno triunfal mientras los convidados van instalándose en sus asientos.

Al principio solamente los jóvenes alternan las funciones de comer y beber con las de bailar. Pero a medida que la cena avanza y las cabezas van alegrándose el sufragio universal se establece en favor de Terpsícore; y danzan los viejos y las viejas también, emparejados a menudo con las damiselas y los galanes.

Al sonar las doce, la algazara es general. El aniversario de la más excelsa fecha de la Cristiandad es conmemorado alborozadamente con simiescas contorsiones provocadas por los estridentes "foxes", "shimies" y tangos y con ruidosas carcajadas producidas por el champán, artificioso regocijante por excelencia...

REVERSO

En uno de los rincones de los soportales que circuyen a la inmensa plaza en que se asienta el palacio del prócer, una familia de humildes, de desventurados, hállase reunida, formando un miserable montón de harapos. El padre, inválido para el trabajo, y la madre, amamantando a una desmedrada criatura, sin hogar ni recursos, dispónense a celebrar la conmemoración de la sagrada fecha cristiana, con las míseras sobras y migajas que los otros dos pequeñuelos—niño y niña—han logrado de la conmiseración del dueño de un bar

próximo. Pronto se agotan los manjares. Los padres se privan de gustar, casi por completo, las piltrafas del irrisorio condumio, para dejárselas a los hijos.

Ha pasado la media noche y la familia, tiritando de frío y de hambre, se ha acurrucado, apretándose en informe masa de despojos humanos y mugrientos guñapos.

Los niños se han quedado dormidos cuando comienzan a salir del palacio los invitados. Los roncos sonidos de los motores y los estruendos de las bocinas los despiertan. Tienen hambre y piden pan con lastimosos acentos.

La madre, transida de debilidad y de pena, hace un supremo esfuerzo y se levanta. Trabajosamente, con la criatura cogida en uno de los brazos y llevando de la mano al niño, se acerca al portalón del palacio en el instante que los últimos convidados salen en sus automóviles.

Los privilegiados de la fortuna, envueltos en sus riquísimos abrigos y arrellanados muellemente en sus cómodos asientos, apenas si se dan cuenta los más de ellos del gesto de angustiosa imploración de la infeliz mujer, que se aproxima inútilmente a los cristales de las portezuelas. Y los que notan su presencia, la súbita consideración del frío de afuera hiele en el acto su leve impulso de caridad.

Las puertas del fastuoso edificio se cierran herméticas, inexorables tras el coche final...

FRANCISCO DE CASTILLA

HOMENAJE A ZOZAYA

LA LUNA A UN METRO

El ilustre literato D. Antonio Zozaya, el escritor que durante tantos años ha dedicado las mejores luces de su poderoso intelecto en favor de los desvalidos y de las más nobles causas ha sido objeto de un homenaje fervoroso, sencillo y delicado que corresponde a tan popular cronista. Por suscripción entre numerosos lectores y admiradores suyos se ha costeado una lápida para la plaza madrileña que lleva su nombre y la edición de un libro que contiene algunos de sus mejores artículos y trabajos periodísticos, que lleva por título "Ideogramas".

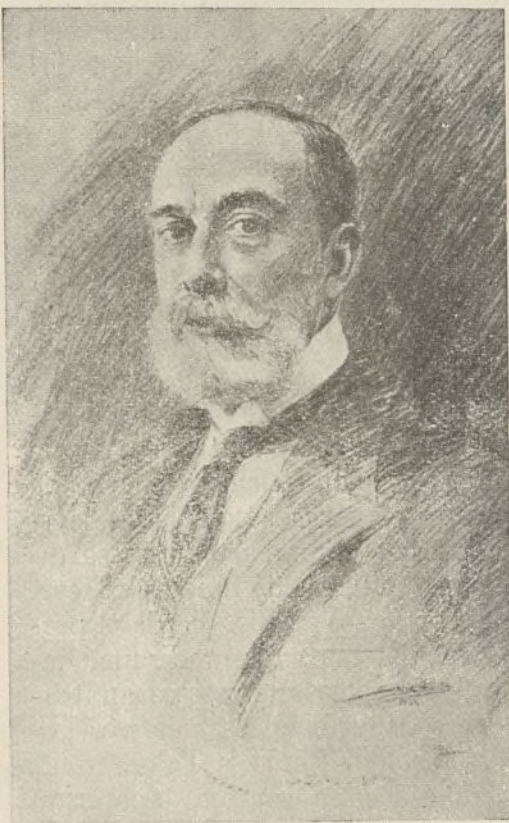
"ARMAS Y LETRAS" se honra en asociarse fervidamente a ese justísimo tributo que se rinde a Zozaya, en transcribir una de las crónicas del referido libro y en insertar una bella composición poética de tonos patrióticos que el esclarecido hombre de letras ha tenido la atención de enviar a nuestra Revista, previamente requerido.

Subimos primero casi a oscuras una escalera ancha, casi convencional, que al llegar al quinto rellano se fué estrechando, hasta trocarse en una empinada trabazón de peldaños y tablas. Medio a tientas, trepé a la azotea; desorientado, tropecé en no sé qué latones y alda-billas y, al cabo, me encontré sobre una resbaladiza cubierta de zinc.

Mediría aquel espacio unos cuantos metros en cuadrado y lo rodeaba un barandillaje que hubo de parecerme inseguro. A la claridad que de la calle se encaramaba, reverberando en las fachadas fronteras, pude ver unos bultos indecisos agrupados en torno de un trípode, que sostenía, inclinado como un obús, un viejo telescopio. A otro lado, una silueta de mujer, esbelta y grácil, parecía contemplarme con irónica curiosidad en la sombra. Levanté la cabeza y hallé la bóveda infinita revestida de azul oscuro y tachonada de constelaciones parpadeantes. Luego, sobre un mar de tejados y azoteas, apareció un disco luminoso y sangriento, con una consagración entre brumas, recordado desigualmente por uno de sus discos, que fué alzándose lentamente sobre las rojizas nubes de polvo

inflamadas por el fulgor de los arcos voltaicos de los paseos. Era nuestro satélite.

Experimenté una sensación de vértigo, como si me encontrara sobre la barquilla de un globo; me asomé a una de las barandas, y vi



Don Antonio Zozaya

allá bajo, muy abajo, la vía espaciosa, con sus hormigueros de luz, sus coches y tranvías, que semejaban diminutos juguetes, y sus minúsculos viandantes. Al pensar que todos sufrían y alimentaban pasiones y odios, recordé a Micronegas y sentí algo parecido a la compasión. En las aceras, ante los cafés y cervecerías, se agrupaba la gente en torno de los veladores, alumbrados por los globos esféricos, limpios y fulgurantes como lunas en plenitud, sobre cuyos esmerilados vidrios se arrojaban, con sus duros y pardos coseletes, unas formas aleteantes, no sé si libélulas o abejorros.

Semiaturdido por el vértigo, volví hacia el grupo y la obscuridad parecióme mayor. Un hombre pálido, abstraído, con los cabellos en desorden, aunque pulcro en su

indumentaria, daba vueltas con mano febril a una cremallera. No sé quién guióme hacia él y hubo de presentarme.

—El señor don José Serafín Aldabe, ingeniero—me dijo.

En su mirada absorta, en su faz de crispatura inopinada, en su balbuciente arrebató, comprendí que me las había con un inventor. Explicaba, a la sazón, su más reciente proeza científica. Era una cosa muy sencilla, tan sencilla, que a nadie se le había ocurrido, y que acercaba a nosotros todo el mundo de lo ignorado, lo absurdo y formidablemente remoto, lo infinitamente pequeño, lo monstruosamente magnífico y terrible del mundo sideral, lo desconocido, lo deseable, en fin.

—Sabido es—decía—que el aumento de la imagen en un anteojo se halla en razón directa de su longitud, y que, para conseguir doble o triple aumento, necesitamos objetivos de doble o triple distancia focal, lo cual aumenta en igual proporción la longitud del anteojo. Pues bien; yo demuestro que la interposición de una o varias lentes divergentes entre el objetivo y el ocular, siempre que estén entre el primero y la imagen real y que el foco se encuentre detrás de la misma imagen, produce, con poca mayor longitud, un aumento doble, triple, séxtuple, y así hasta acortar, en el telescopio, la luna a una legua, a un kilómetro, ¡quién sabe si a diez metros!

Aquello me sonó como a jerga diabólica. Volví la cabeza y vi otra vez la silueta elegante, inmóvil, interrogadora, de mujer. Entonces, mi amigo me dijo cordialmente:

—¿No la conoce usted? Es la hija mayor de Cayetana.

¡Cayetana! Sentí un brusco sacudimiento. Pasó por mi frente todo el cinematógrafo de mi niñez; sobre aquella azotea tenebrosa vi la imagen de todas mis grandezas desvanecidas. Parques frondosos impregnados de aromas acres lujuriantes, noches de luna henchidas de rumores en paseos enarenados circundados de grandes verjas, alumbrados por linternas policromas venecianas, interminables avenidas en que alisaban su plumaje los pájaros solitarios nocturnos. Todo aque-

llo era mío. Y siempre Cayetana, allí en el esplendor de su adolescencia, riendo locamente de mis arrebatos, burlándose de mis infantiles transportes, plena de gracia, mientras yo ocultaba mis lágrimas candentes de niño precoz y clavaba las uñas en mis carnes, furioso por aquel monstruoso amor prematuro, por aquella bárbara pasión imposible.

Luego, la ausencia de años, el retorno y los triunfos primeros académicos a que ella asistía, la primera vestimenta *v a r o n i l* de que se burlaba, los celos, las suspicacias, el amor desigual absurdo y necio siempre, las torturas del niño humillado y después, de pronto, la ruptura irremediable entre dos pensamientos, dos caracteres forjados no para vivir en distintos universos, sino en diferente nebulosa.

Ella estaba abajo, en el piso inferior a la azotea. Me decidí no verla, para no horrorizarme del estrago del tiempo, para no medir un abismo, para no marchitar una perfumada añoranza.

La sombra de aquella otra niña, nacida para eclipsar y marchitar a su madre, permaneció inmóvil mientras el ingeniero peroraba a mis espaldas.

—Sea *F* la distancia focal del objetivo; *P*, distancia focal conjugada; *P'*, distancia correspondiente a la imagen; *O*, magnitud del objeto; *L*, magnitud de la imagen; *L'*, magnitud total; *F'*, distancia del aparato divergente.

Luego sonaban cifras y fórmulas inacabables.

—¡Y todo acaba así!—me decía yo, aterrado—. ¿De lo que nos hizo sufrir y gozar no queda un rescaldo? ¿Lo que de lejos nos cauti-

va, tan de cerca nos desencanta? ¡En función del tiempo y de la distancia, al amor sucede la diferencia, y la efervescencia de la vida, la muerte!”

—¿Comprendéis? — gesticulaba nervioso el ingeniero.

Podremos ver los más pequeños microorganismos, porque ampliaremos, sin perder luz, el microscopio a sesenta mil diámetros. Conseguiremos escrutar lo insondable del mundo planetario, puesto que contemplaremos los astros a distancias inverosímiles. Habremos convertido en armas invencibles el anteojo humilde de Galileo. ¡Podremos verlo todo, analizarlo todo, saberlo todo!

Y yo me decía, contemplando la inmóvil y muda silueta:

—“¿Para qué?”

Me acerqué, nerviosa y maquinalmente, al ocular. Quedé estupefacto. Allí estaba la luna enigmática; pero no la de mi niñez, sino un pálido disco hendido de sombras, macabro, como algo cadavérico destinado a rodar por las soledades eternas. Mares secos, cráteres fríos de bordes resplandecientes, como de mármol, cavernas, oquedades, cordilleras sin vegetación; todo se dibujaba con líneas de fúnebre relieve.

Recortábase a la izquierda el perfil con una línea quebradísima, determinada por los muertos anfiteatros de Maurólico, Sacrobosco, Polibio, Teófilo, Plinio y Tales.

Hundidos en sombra, aparecían en el mar de la serenidad y el de Néctar. Todo daba al sensación de algo muerto, sacudido un tiempo por convulsiones apocalípticas, destrozado por una catástrofe inaudita y helado para siempre.

Aquello, tan yerto, tan frío, era la luna de mi niñez, la Diana, la

Hécate de los pueblos soñadores y artistas.

—Allí no puede haber habitantes—dijo la voz de Vicente Vera—. No hay agua, no hay aire, no hay cambios de flúidos, que es lo que constituye la vida. Eso ha de confirmarlo el invento del ingeniero Aldabe, gloria de la ciencia española.

Yo seguía mirando con ansia el fúnebre aspecto del abandonado satélite. ¡Cuán otro lo veía de cuando, en los plantíos de dondiegos, redondendros y madreselvas, aspiraba a pleno pulmón, y lo contemplaba fugitivo a través de las nubes que parecían alcázares y triclíneos de espumas, en los cuales se recostaban deidades coronadas de luz!

—¿De modo — me preguntaba con ansia infinita—que todo ha de extinguirse, hombres y plantas, grandezas y miserias, pasiones y recuerdos, y planetas y mundos? ¿Dónde, pues, era esa ley de renovación de la vida? ¿Dónde el consuelo al supremo horror de las cosas? ¿En cuál de esas hondas cavernas selenitas se esconde el genio odioso que todo lo ha creado, por el gusto de aniquilarlo y confundirlo después? Verlo todo de cerca; pero ¿no valiera más ignorarlo?” Y sentí un indecible deseo de matar a aquel inventor y destruir sus aparatos y quemar sus bárbaras fórmulas.

Me aparté sudoroso del telescopio. Seguía en su obscuridad la azotea; de la calle subían, como de un profundísimo cráter, rumores y reflejos de incendio. Sobre mi cabeza resplandecía con majestad solemne el cielo estrellado. De pronto miré al fondo de la azotea.

Ya no estaba allí la hija de Cayetana.

ANTONIO ZOZAYA

Por el más alto ideal

Se siente la patria hasta por aquellos que no la tienen.

La jornada ha sido buena
con los viles forajidos;
los unos huyen vencidos;
los otros muerden la arena

Y, la tarde al declinar,
entre púrpura y carmín,
llama la voz del clarín
al regimiento a formar.

Ante los héroes altivos,
montado en corcel piafante,
el Coronel, arrogante
se alza sobre los estribos.

—¡Muchachos!—dice otra vez—
vuestra ha sido la victoria;
dísteis a la Patria gloria
y a la Bandera, honra y prez.

¡La Patria! Cuanto se quiere
tiene en ella asunto y clave;
quien no la tiene no sabe
por qué se vive y se muere.

Tierra, idioma, religión,
resumen de cuanto eleva,
todo soldado la lleva
dentro de su corazón.

Ella es canto en la espesura,
sobre las aguas murmullo
y junto a la cuna arrullo
y rezo en la sepultura.

A todos en general
nos doy pláceme sincero;
pero hay alguien de quien quiero
hacer mención especial.

Con el llanto en las pupilas
y en el traje el desaliño,
un muchacho, casi un niño,
ayer llegó a nuestras filas;

nos miró con interés
y, del patriotismo en alas,
nos pidió pólvora y balas
como el niño polonés.

No sabíamos quién era
ni él nos ha dicho su nombre;
pero hoy mostró que es un hombre
defendiendo la bandera.

Viendo la muerte en acecho
supo el lauro conquistar,
y por eso he de colgar
una cruz sobre su pecho.

¡Honor al joven valiente
que así su deber acata!
¡Tú, chico, el de la alpargata:
a ver; tres pasos al frente!

La Patria quiere premiar
tu proceder noble y fiel.
¿Cuál es tu nombre?

—Ismael.

¿Dónde has nacido?

—En el mar

—¿En el mar? No te rebaje
lo que no implica mancilla.
Cada mar tiene su orilla;
cada Patria, su oleaje.

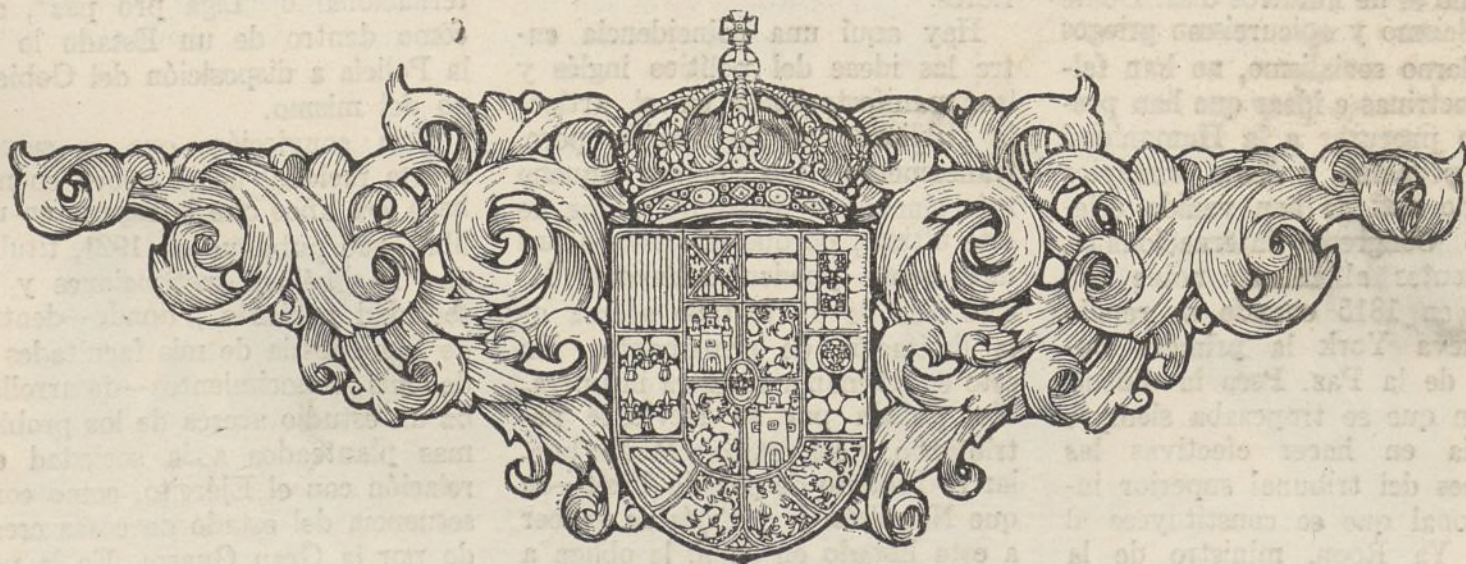
Héroe que muestra tu brío
de un continente es fortuna.
¿Cuál es tu Patria?

—Ninguna.

—¿Qué eres, entonces?

—Judío.

ANTONIO ZOZAYA



La verdadera garantía de paz universal

El diario de la noche *La Nación*, publicó el 11 de julio último un extenso artículo titulado "Una perdurable garantía de paz entre los pueblos. La unión de los Estados para evitar las guerras". Este artículo ha sido atribuido al general Primo de Rivera, y el diario de que hacemos mención recoge la imputación citada sin desmentirla, con lo que, en cierto modo, viene a dar su importante asentimiento en este particular.

El fundamento, la médula de a teoría expuesta en este artículo para garantizar la paz universal está en la unión de los Estados, para constituir un Tribunal Supremo de la Paz, que dirima las cuestiones que puedan suscitarse entre los mismos, y con objeto de que sus decisiones tengan eficacia, cada uno de los Estados que integren esta "Liga pro Paz" dará un contingente armado para formar con todos un Ejército a disposición del Tribunal mencionado que sea el que, en último caso, obligue por la fuerza al cumplimiento de aquellas decisiones, si hubiese algún Estado que se negase a ello. Las organizaciones armadas de cada país quedarían reducidas a lo imprescindible para efectuar una labor más bien de policía. Esto es, en síntesis, el humanitario proyecto, comentado por la Prensa extranjera más que por la de nuestra Patria.

El afán de paz universal y perpetua no es de nuestros días. Desde el estoicismo y epicureísmo griegos al moderno socialismo, no han faltado doctrinas e ideas que han pretendido procurar a la Humanidad la paz perpetua, y desde principios del siglo XIX se han venido celebrando Congresos internacionales, conducentes al mismo noble fin, siendo en 1815 cuando se reunió en Nueva York la primera Sociedad de la Paz. Pero la dificultad con que se tropezaba siempre consistía en hacer efectivas las sanciones del tribunal superior internacional que se constituyese al efecto. Ya Roon, ministro de la Guerra en Prusia, que con el rey Guillermo, Bismarck y Molke llevaron a cabo la constitución del

Imperio alemán, antes de este importantísimo hecho histórico, propuso la idea, limitada a los Estados alemanes confederados a la sazón, de poner a disposición de un Congreso central todas las fuerzas militares de dichos Estados, para que sirvieran de medio coercitivo; pero esto, como decimos, se refería a un grupo de pequeños Estados, que más tarde habían de integrar el Imperio germánico. No tenía, pues, carácter mundial, ni siquiera continental.

No cabe duda; la única manera de resolver este problema que preocupa al Mundo y acredita de sentimientos verdaderamente liberales y demócratas a quien experimenta sincero afán de verlo resuelto, es la señalada en el artículo a que nos venimos refiriendo. Lloyd George pronunció un discurso en el Queen's Hall de Londres, con ocasión de la campaña desarrollada en el mes de octubre último, en Inglaterra, por lord Robert Cecil, acerca de la cuestión del desarme. El jefe del partido liberal inglés dijo en el discurso aludido, que las naciones no podrán llegar a un estado de ánimo que haga posible la sustitución de la fuerza por el derecho, sino cuando los grandes ejércitos sostenidos ahora en mar y tierra sean reducidos a proporciones de fuerza de policía o instituidos por fuerzas de esta índole, para las necesidades interiores.

Hay aquí una coincidencia entre las ideas del político inglés y las manifestaciones en el artículo publicado en *La Nación*, pero, francamente, nos parece mucho más sincero el deseo del autor de este último, porque la Historia nos dice cómo pueden soslayarse las cláusulas de un tratado acerca de la limitación de armamentos. En esto es Alemania maestra insuperable, guiada por su ferviente patriotismo, y así vemos a Prusia burlar el Tratado de paz de Tilsit—en que Napoleón I, después de vencer a este Estado en Jena, le obliga a no poder tener un ejército superior a 40.000 hombres—por un hábil procedimiento que le permite al-

canzar la victoria en la guerra de liberación, en 1813, y que ha sido la base de la organización militar de todos los ejércitos modernos. Teniendo esto en cuenta, Francia, en el Tratado de paz de Versalles, que puso fin a la guerra mundial, introdujo una cláusula en virtud de la cual el ejército alemán ha quedado reducido a tres divisiones de Caballería y siete de Infantería, con un efectivo total de cien mil hombres; pues bien, la Alemania de hoy, sin faltar al Tratado de Versalles, como Prusia no faltó al de Tilsit, con su habilidad patriótica, está preparando un ejército tal que, cuando necesite emplearlo, podrá decirse que constará de tantos hombres como ciudadanos tenga.

Esto no lo puede negar el aludido jefe del partido liberal inglés, porque no es ningún secreto, y es indudable que conoce la Historia y la realidad presente muchísimo mejor que pueda conocerlas la modesta persona que escribe estas líneas.

Limitaciones de armamentos o de cualquier otra cosa, entre Estados, no pueden ser efectivos si no se dispone de un medio coercitivo, de igual manera que dentro de un Estado las leyes serían letra muerta sin contar con ese medio de coerción, que entre los Estados debe ser un ejército a disposición del Tribunal Supremo Internacional o "Liga pro paz", así como dentro de un Estado lo es la Policía a disposición del Gobierno del mismo.

Esta convicción, que es sumamente racional no es nueva en mí, hace seis años que la expuse en un libro que publiqué en 1921, titulado "Las bélicas instituciones y la sociedad naciente", donde—dentro de la modestia de mis facultades y de mis conocimientos—desarrollaba un estudio acerca de los problemas planteados a la sociedad en relación con el Ejército, como consecuencia del estado de cosas creado por la Gran Guerra. En la página 71 de este trabajo mío puede leerse textualmente: "También se deduce de lo indicado, que no es

posible pensar, aunque se constituya una Sociedad de Naciones—por hoy parcial—en suprimir los ejércitos, porque la base de dicha Sociedad está precisamente en una fuerza que haga efectivas sus sanciones entre los confederados e imponga respeto al resto de los Estados que no estén adheridos a la expresada Liga; mas si esa Sociedad fuese universal, también necesitaría recurrir al elemento armado para hacer respetar sus decisiones del mismo modo que lo necesita un Estado para hacer cumplir las leyes...”

En lo anteriormente expuesto reconocía yo hace seis años la necesidad de que esa Liga internacional dispusiese de un ejército; pero ¿cómo se había de constituir? En la página 93 del mismo libro expongo mi parecer a este respecto: “Además de este Ejército nacional de que hemos hablado, probablemente se creará por la Sociedad de Naciones *otro internacional*, como garantía de que sus sanciones no han de quedar sin efecto”; y al final de la misma página añadía yo: “Por lo que atañe a si *el contingente armado con que las naciones asociadas han de contribuir a formar el Ejército de la Liga* había de ser reclutado voluntaria u obligatoriamente, creemos que seguirá el mismo proceso que los Ejércitos de los Estados; primero será voluntario y, cuando el espíritu de confederación sea sentido por la Humanidad con la intensidad que hoy sentimos el nacional, el Ejército confederado se nutrirá obligatoriamente”.

Mi modesta opinión—sin valor alguno—coincidente con lo sustan-

cial del artículo de *La Nación*, no es, pues, de hoy, no nace en mí “a posteriori”, por lo que puedo manifestarla sin temor a que se me tache de acomodaticio, y por esto es por lo que saco a colación mi aludido trabajo.

Para llevar a la práctica esa “Liga pro paz” tan seductora, no hallarían los gobernantes dificultades en la masa general de sus respectivos países, serían intereses creados en provecho de unos cuantos—como ya indica algo el autor del tantas veces aludido artículo—los que se opondrían egoístamente a su realización. Ni sería preciso destruir el espíritu de nacionalidad. Ya lo digo en la página 69 de mi mencionado libro: “No pocos afirman que es imposible la realización de la idea apuntada, porque dicen que para ello es preciso destruir el espíritu de nacionalidad. ¿En qué se fundan para hacer dicha afirmación? ¿Por qué ha de destruirse el espíritu nacional? ¿Ha sido preciso destruir el amor a la región para infiltrar en la sociedad el amor a la Patria”. Y en la página siguiente añado: “para cooperar con las propias fuerzas a mantener las decisiones de la indicada Liga no necesita destruirse el espíritu nacional; antes al contrario, sobre él ha de asentarse el amor a la confederación, del mismo modo que el espíritu nacional se eleva sobre el regional, y éste sobre el amor a la familia. Es una conquista más de la civilización, la cual nos lleva por grados a hacer efectivo el sentimiento de humanidad, que constituye la esencia del cristianismo”.

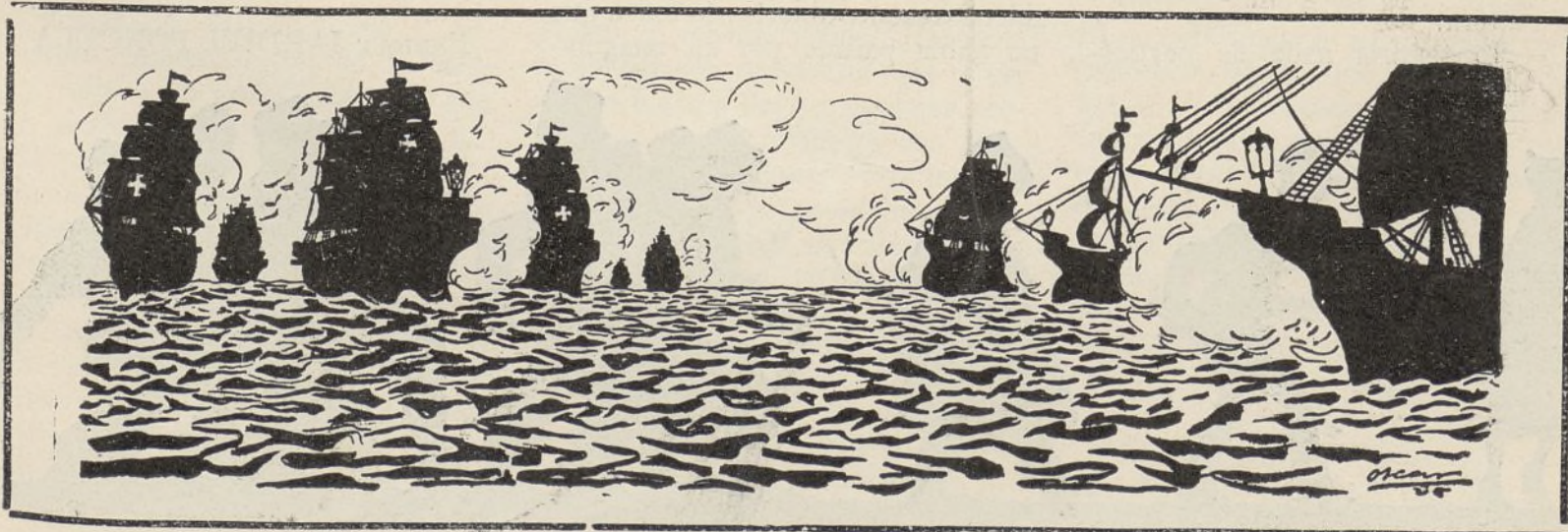
Lo que sí es imprescindible conseguir—lo indicábamos también—

para constituir una Liga de esta clase sobre sólidas bases, es infiltrar la noción de *equidad internacional* en las sociedades humanas, porque, de otro modo, el Tribunal Superior de referencia sólo servirá para mantener el *statu quo* en favor de los Estados hoy preeminentes y España, por ejemplo, no podría coadyuvar entusiastamente con sus fuerzas y con eficacia verdadera mientras tuviese clavada en el corazón la dolorosísima espina que en el año 711 recibió el nombre árabe de Gebel-Tarik.

No nos satisface, en cambio, la solución que da al asunto Webb-Miller, de la “United Press”, en su artículo publicado el mes pasado en “La Vanguardia”, de Barcelona. Para él, la única manera de evitar la guerra es ilegalizarla y proscribirla por parte de Inglaterra y los Estados Unidos. Pero esto no pasaría de ser un tratado defensivo del *statu quo* existente, entre las dos grandes potencias humanas. No presidiría a esta decisión el sentimiento de equidad, que nosotros consideramos indispensable para el verdadero mantenimiento de la paz, y carecería de verdadera eficacia.

Por ello—a nuestro humilde parecer—la solución acabada de este problema universal no puede ser otra que esa Sociedad o Liga internacional, convertida en Tribunal Supremo de las Naciones, que dispusiera como medio coercitivo de un Ejército internacional también, exclusivamente a su disposición.

ANTONIO FERNANDEZ
DE ROTA



Un cuento
humorístico

LA LICENCIA DE USO DE ARMAS

Si digo que en aquel momento eran las cuatro de la mañana me equivocaré en quince minutos. De donde deducirá cualquier lector avisado, que eran las cuatro menos cuarto.

Una noche magnífica... Había luna llena y esta circunstancia fué aprovechada por el Municipio de la ciudad para apagar el ochenta y cinco por 100 de los faros. Finalmente, en aquel instante, Hilario Méndez—un vulgarísimo ciudadano—, se retiraba a descansar.

Hilario vivía en las afueras, en una casa magnífica, provista de una calefacción central, que no calentaba, y un ascensor eléctrico que se estropeaba semanalmente nueve veces. Total: cuatro mil doscientas pesetas de alquiler.

Hilario no salía casi nunca de noche. Sin embargo, aquel día un "negocio importante" (era rubia y se llamaba Elis) había sacado a Hilario de su casa y se retiraba a pie, porque cuando tomaba un "taxi" la aparición de muertos en el contador le producía erisipela y mareos.

Iba Hilario por una calle absolutamente solitaria...

Ya supongo que ustedes adivinan la idea que le acudió al cerebro: Sí. Fué ésa. Hilario pensó:

—¡Mirá que si ahora saliese un tío de cualquier bocacalle y me atracara!

(Cuando se habla mentalmente en lugar de decir "un hombre", se dice siempre "un tío")

¿Vamos a asegurar que Hilario era cobarde?

No. A cualquiera de nosotros se nos habría ocurrido lo mismo, suponiendo—y ya es suponer—que cualquiera de nosotros llevase, como él llevaba, once mil pesetas en la cartera.

—No tendría nada de particu-

lar—siguió diciendo Hilario.—Ese tío surgiría de pronto con un arma en la mano y, mirando receiosamente a todas partes, me diría de un modo brutal: "¡Ea! ¡Déme todo lo que lleva encima o le mato!" Hay tanta hambre por ahí... Por supuesto que yo sabría defenderme...

Y al decir esto, Hilario apretó contra su muslo derecho la excelente pistola F. N., que llevaba en el bolsillo del pantalón. Esta pistola había sido construída en Bélgica, e Hilario pensó que Bélgica era el país más sabio de toda Europa. ¡Ahí era nada, fabricar un chismecito chiquitín del que, en un momento dado, ¡pum, pum!, salían seis balas como salen los asistentes de las conferencias científicas: echando humo!

Hilario sacó la pistola, la miró con amor, le dió un beso y la guardó en el bolsillo de la americana, para tenerla más a mano.

Si yo fuese un vulgar cuentista, yo haría que de improviso saliese un ladrón de cualquier bocacalle. Pero yo no soy un cuentista vulgar.

Lo que sí voy a decir es que en el horizonte visible apareció un hombre con sombrero frégoli, pisando fuerte.

El del frégoli llegó junto a Hilario y se detuvo.

—¿Me hace usted el favor?—le dijo secamente.

Hilario fué a preguntar "¿de qué?"; pero no tuvo necesidad de ello. El hombre le palpó los flancos, notó el bulto de la pistola, y la extrajo del bolsillo de Hilario.

—¡Hum!—gruñó—¡Una pistola! ¿Tiene usted licencia de uso de armas?

Hilario se quedó con la boca considerablemente abierta; lo único que no había pasado por su imagina-

ción era que le pudiesen cachear, preguntarle si llevaba licencia de uso de armas y quitarse aquella linda pistola, que le había regalado el año anterior su tío Menandro.

—No, señor—repuso—no tengo licencia de uso de armas.

—¿Y guía de la pistola?

—¿Guía de la pistola? No sé lo que es eso.

—Entonces ¿por qué lleva pistola?

—Porque me la habían regalado. Ya ve usted... ¡las cosas de la vida!

Y sonrió, comprendiendo que aquella respuesta era deficiente.

—Conque las cosas de la vida ¿eh?—dijo el otro.

Y añadió:

—¿Y la cédula?

Hilario tiró de cartera. El desconocido la cogió con rabia:

—¡Traiga usted!—rezongó—¡Ni licencia, ni guía del arma, ni nada! ¡Todos los días la misma historia!

Y agregó, por fin, con la grosería de siempre:

—Puede usted largarse. ¡Hala! La cartera recójala mañana en la Comisaría del distrito.

—Sí, señor.

—Buenas noches.

—Adiós.

Se separaron. Hilario iba mohino y cabizbajo. Pero hasta diez minutos después no comprendió que acababan de llevarse la cartera con las once mil pesetas por medio de la sencilla estratagema de reclamarle una licencia de uso de armas.

Entonces echó a correr, gritando: —¡Me han robado! ¡Me han robado!

Sin embargo, ¡es tan difícil encontrar en todo Madrid un individuo que lleva sombrero frégoli!...

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



EN DEFENSA DE NUESTRO IDIOMA

Homenaje de un poeta español a Filipinas

En la culta Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, se celebró un acto en defensa del idioma español en Filipinas, cuya nota saliente la dió el celebrado poeta y lector don Francisco de Iracheta. Nuestro distinguido colaborador repetidas veces fué interrumpido por el selecto y numeroso auditorio que llenaba el local de la mencionada Entidad, con las más cálidas muestras de entusiasmo, durante la lectura del trabajo en prosa de su original, del que insertamos a continuación los párrafos más sustanciales y de las poesías de dos notables trovadores filipinos, que luego se mencionan. He aquí un poeta que sabe hacer patria, contribuyendo a la formación del gran imperio de nuestro idioma y al estrechamiento de las relaciones entre España y Filipinas.

Comenzó su interesante disertación con un saludo a la mujer y recordando aquellos bellos versos de Jesús Balmori, el genial poeta filipino, que decían:

“¡Tú eres la triunfadora! A tus
[pies está el arte,
Y el casco de Minerva y la espada
[de Marte,
Y el cuerpo ensangrentado del divino
[Rabí;
Toda la tierra gira bajo tus pies
[divinos
Y son todos los cielos los únicos
[caminos
Que conducen a ti!”

Después de saludar a los oyentes españoles, dirigióse en los siguientes términos a los elementos filipinos que acudieron a escucharle:

“Cónstame que dignísima y numerosa representación de la colonia filipina en esta Corte, animada de nobles ideales, los ojos como ardidos de la divina fiebre que se enciende cuando el alborar de la independencia patria por el lejano Oriente asoma, henchida de nostalgias lejos de la tierra natal y presa de añoranzas a miles de millas de los amados seres, acude a este acto como a un rito sagrado para oír las estrofas de excelsos hijos de vuestro pueblo, espiritualmente muy amados hermanos nuestros, a quienes

Apolo hizo la merced de la inspiración divina para poder presentarse ante el dilatado mundo del habla castellana, ornados de todas las preseas de los elegidos. A vosotros, que padecéis hambre y sed de patria; a vosotros, de cuyas filas quizá salgan libertadores de flamígera



FRANCISCO DE IRACHETA,

poeta inspiradísimo y de briosos acentos líricos, que ha sido laureado con el premio de honor, medalla de oro donada por la Liga Patriótica Argentina, en el último concurso literario celebrado por el gran rotativo “El Diario Español”, de Buenos Aires.

espada y varones cívicos dignos de la civilización occidental que el genio de España llevó a vuestras prodigiosas islas, me huelgo con saludaros efusivamente, repitiéndoos aquellas célebres frases que vibran eternamente desde que fluyeron de labios de un gran repúblico: “¡Oh, santa libertad, que como el cedro del Líbano dejas perfumada el hacha con que te hieren!” Soñad con ella, luchad por ella, morid por ella si el día del sacrificio es llegado!... Y si os partís de este mundo allá en Filipinas, muriendo por la in-

dependencia, ved cumplido aquel deseo, aquel supremo anhelo de ser enterrados en la tierra patria, para que vuestros labios estén siempre, eternamente, en contacto con el sagrado suelo, como para sí anhelaba Fray Luis de Granada en su “Guía de Pecadores”.

“Cuanto aquí nos hemos reunido, animados estamos de un ideal españolísimo: el ideal de que nuestra muy amada lengua española se mantenga, prospere y viva hasta la consumación de los siglos en la tierra feliz e independiente de Filipinas. He dicho ideal españolísimo, porque independientemente aquel milenario archipiélago, con la más absoluta independencia, en pleno disfrute de su soberanía, sin que ingerencias extrañas coarten su ejercicio, nuestro idioma castellano será flauta idílica, siempre dulce en las prácticas del hogar filipino, que llegará a las solemnidades de la trompa épica cuando en las contiendas parlamentarias la voz de algún Castelar vibre sonoramente por las causas justas del progreso, de la libertad y de todo encumbramiento de la ciudadanía de un pueblo culto, que por su cultura ha sabido hacerse digno de su independencia.

Nosotros, los que soñamos en un vastísimo imperio de nuestro idioma, consideramos que para ello nos es necesario que la futura nacionalidad filipina hable en castellano y sea ella como uno de los más preciados florones que ornén el augusto recinto de la Academia de la lengua española, hoy tan dignamente representada en Manila.

Nuestro anhelo no está inflamado en odio incivil, no significa voluntad contraria a los Estados Unidos de Norteamérica, porque a fuer de agradecidos nunca hemos de olvidar que a muchos de sus historiadores, entre ellos a Lummis, debemos la más justa de las reivindicaciones como conquistadores, exploradores y colonizadores del Nuevo mundo”.

... ..

“No pasemos por alto que actualmente son críticos los días en que vivimos para el mantenimiento

y prosperidad del castellano en Filipinas, ya que según sea uno u otro el candidato a la Presidencia de la gran República norteamericana que salga triunfante en las próximas elecciones, aquel mantenimiento y aquella prosperidad serán hermosas realidades. Si resulta elegido el candidato del partido demócrata o del progresista, que en su programa incluídos tienen la independencia del archipiélago, entonces buena jornada será ella para nuestro idioma; pero si triunfa un republicano... ¡quizá los batallones indios se apresten al combate! Plegue al Cielo que la independencia de aquél sea en breve una realidad histórica, sin que a la lucha vayan los *leones indios que fueron de España* a procurársela, merced a su propio heroísmo, y de aquel que de nosotros aprendieron en los campos de batalla cuando lucharon con nosotros y contra nosotros.

Un agudo y perspicaz crítico de Manila, don Teodoro M. Kalaw, que ha prologado con suma discreción la publicada justa poética habida en estos últimos tiempos entre Balmori y Bernabé, ha hecho notar que es "muy difícil predecir la suerte de una lengua, porque la lengua es como una serpiente de cien cabezas, que se enrosca a un árbol y una de sus cabezas se asoma por una rama, y otra se insinúa en otra rama, y no hay manera de matar la serpiente sin cortar todas las ramas y hasta el tronco mismo del árbol a que se ha acogido". Y añade, con verdadera satisfacción para nosotros: "Lo que sí hay que decir, para honor de esta generación, es que la lengua castellana sólo deberá morir en Filipinas—si algún día ha de morir—, cuando haya completado su ciclo de oro, cuando los poetas, los literatos, los historiadores, los estadistas hayan podido hacer el mejor uso de ella para reivindicar en los fastos de la Historia, la grandeza de una civilización secular que nutre su pensamiento y su vida". ¡Hermosas palabras éstas, que me han conmovido, y de gratitud me llenan como español envanecido de su hispana progenie! Si algún día ha de morir, ha escrito Kalaw, quizá contemplando con cierta melancolía su bien cortada pluma de prosista cas-

tellano; pero que *no morirá*, osado soy a dejar sentado, porque si ese ciclo de oro llega a completarse, dejará de serlo para convertirse en una eternidad, siempre que ésta no sea estorbada por acontecimientos históricos, especialmente de índole política, que supongan las causas más decisivas del impedimento. Un ciclo de oro desarrollado por entero es la prenda más cierta de que una civilización ha cuajado en el alma de una raza. Y una raza civilizada en cierto sentido, difícil es que se desvíe de la trayectoria seguida inicialmente. Así, pues, hagamos votos por la independencia de Filipinas, que es elevarlos a la divinidad por la grandeza de nuestra civilización hispana, que mantienen denodadamente allá en el tórrido archipiélago sus hijos más representativos, desde sus altísimos poetas a sus insignes críticos, desde los veteranos de sus guerras y revoluciones hasta sus jóvenes, elocuentes y avispados políticos, toda una raza ilustre que aguarda pacientemente que se le haga justicia, la santa justicia de que se le reconozca su personalidad política en el orden de su gobernación interna y de sus relaciones internacionales, de modo absoluto, sin trabas denigrantes, porque Códigos fundamentales de naciones jóvenes intervenidos por el imperialismo son independencias que rechazan razas viriles que supieron hacer hijos para la guerra"...

"Nada demuestra tan bien a las claras el estado de florecimiento de un idioma en el país de que se trate como las obras rimadas de sus poetas, y en verdad decirse puede que en la lira de Balmori y en la péñola de Bernabé la lengua de Zorrilla y de Rubén Darío ha llegado a la expresión más perfecta que exigirse pueda a los rimadores cuyas almas se consumen generosamente en el sacro fuego de la civilización hispana..."

Pero avanzamos por la senda de la civilización empujándonos los unos a los otros en vez de marchar unidos. Por todo ello, el fruto alcanzado es tanto más maravilloso, como lástima da que no se consiga en más grandes proporciones.

Esa mezquina intolerancia y esa fatal intransigencia, ésta más lamentable aun que aquélla porque es la que más blasona de espíritu

liberal y la alimentan ciudadanos que deberían ser los sacerdotes del eclecticismo, nos apartaron siempre del *darnos cuenta*, y por ello fué que en 1898 lanzamos nuestros indefensos barcos de madera contra los acorazados norteamericanos, y hoy no perciben muchos, por ejemplo, que nuestro papel internacional está en alza, e ignoran, verbigracia, que en Filipinas, a los treinta años de haber cesado el dominio de nuestras armas en aquellos remotos países, el idioma castellano, pese a los zarpazos del inglés, como animado de un poder sobrenatural, vibra de los hogares al Parlamento, cual si fuera una invisible pero bullente sangre de oro que vivifica todas las almas contribuyendo al aumento del tesoro espiritual del gran pueblo filipino.

Yo no exagero, yo no adulo; yo expreso lo que mi patriotismo me ordena y mi gratitud me manda; yo soy un lírico sin más valor espiritual que el de mis entusiasmos, pero como lírico pretendo figurar en la vanguardia de un ejército de españoles que hacia Oriente avanza hoy con los brazos abiertos y el legítimo afán de engrandecer a nuestra Patria velando siempre por el prestigio de su idioma. Tan lírico hoy como lo fuí antaño, allá en los años de mi mocedad inquieta, cantando la concordia de la gran familia hispanoamericana, donde se reunían ciertos literatos que se burlaban de una América que les era desconocida, algunos de los cuales posteriormente han sorbido el mate al pie del ombú y comido el agiaco criollo al pie de la palma real, y quienes, al *darse cuenta*, hecha la digestión como la hace cualquier satisfecho rumiante, ya no hablaban tan despectivamente y antes han alabado que zaherido a nuestras amadas naciones de la América española.

Desde los tiempos más antiguos perecieron los filipinos por el cultivo de la poesía, como lo demuestra, entre otras manifestaciones de orden literario, la fiesta o justa poética llamada "balagtasan" en tagalo. A semejanza de los provenzales, dieron ellos suma importancia a la manera de expresar de modo verbal y poético los sucesos más culminantes de su historia y la biografía de sus eminentes persona-

jes, cuyas hermosas narraciones, magistrales pinceladas o acertadas pinturas, bellamente expresadas las encontramos en sus libros de cantares, crónicas y leyendas. El poeta en Filipinas ha sido y es el más fiel intérprete de los anhelos populares, el sacerdote que oficia por el pueblo y para el pueblo, siempre anheloso de lo bello en la expresión verbal de sus cantores.

Tendrá la poesía japonesa, que por la situación geográfica del Japón es la que hubiera podido influir en la filipina, sus "haikais" o sobrios poemitas, cuya poesía está hecha de alma y cerebro, sin retórica alguna, como dicen los mismos nipones; pero carece el país del Yamato del cantar tagalo, que es nuestro cantar, es el que muchas veces hállase más de lo que se busca; tendrán los japoneses eximios cultivadores de todos los géneros poéticos, pero carecen de los tor-

neos literarios a que antes me he referido, verdaderos combates singulares, dice el repetido prologuista, en que la prontitud de contestar al adversario era daga florentina, y la felicidad en la evocación y argumentación, espada refulgente, y los cuales, como ha hecho notar el notable literato y correspondiente de nuestra Academia de la Lengua en Manila D. José M.^a Romero Salas, prestigioso director de *Diario Mercantil*, de dicha capital, "son para el progreso imaginativo tanto o más influyentes que es la esgrima para el desarrollo físico".

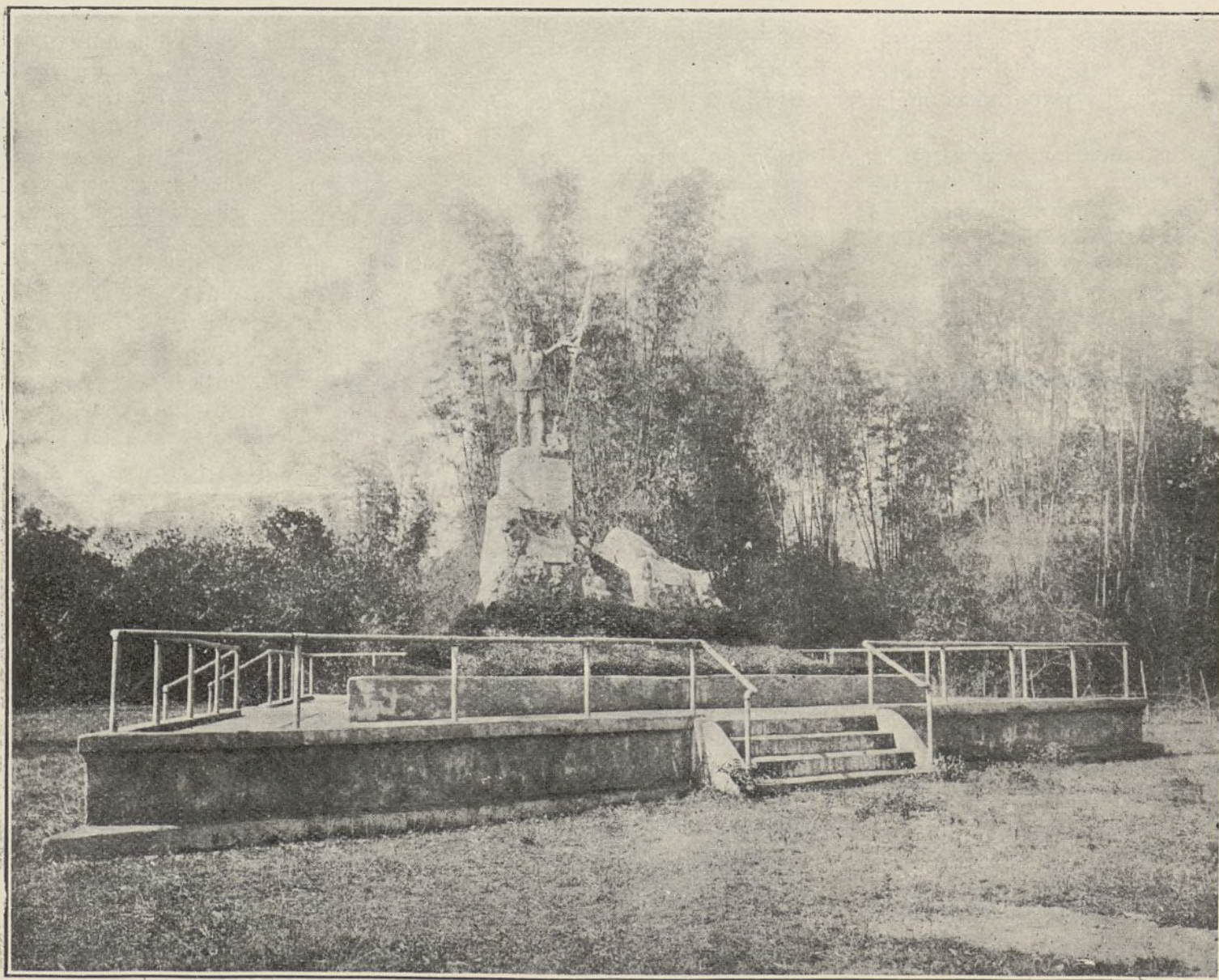
Bernabé, dice Romero Salas, "apostrofa y desafía, extrayendo de lo agreste y de lo rebelde el motivo de la inspiración; Balmori se tiende a lo largo en el césped que alfombra su oasis, y, cerrando los ojos, busca sólo en los centros de su imaginación, como anestesiada por el placer de la molicie, el susu-

ro blando y acompasado en que se pronuncian los sentidos".

La lectura de los versos que ambos poetas dedicaron a Gallarza y a Loriga con motivo del magnífico vuelo de Madrid a Manila, arrancó una gran ovación.

A continuación, *Iracheta* dió lectura de las indicadas poesías, terminando su vibrante labor con las siguientes palabras:

"No se alce ningún severo crítico antes las bellas obras de Balmori y Bernabé, que ellos, al oír sus reparos, no pondrían mientes en sus razones; seguirían adelante, siempre adelante, señores del ritmo, en plena conciencia de que el juicio del oído, como decía Cicerón, es en extremo *arrogante*; en marcha triunfal por los dilatados dominios del habla castellana, cuyo espíritu, saturado de eternidad, hoy, como nunca, une a blancos e indios con dulces lazos de fraternal concordia."



Monumento erigido a Rizal, ante el que desfilan anualmente millares de patriotas filipinos ratificando sus fervientes anhelos de independencia de su país.

La radiotelefonía en Alemania

Hace tres años, cuando la industria radiotelefónica había adquirido un enorme desarrollo en Europa y América, Alemania no contaba más que con dos estaciones emisoras de "broadcasting", de carácter experimental, sin horarios fijos para radiar unos programas de interés relativo.

Una severa e inadecuada fiscalización del Gobierno sobre los receptores y la absorción total de la industria eléctrica por otras actividades, fueron las causas principales de que los germanos marchasen a la zaga en el movimiento sinhilista mundial. Sustituída aquella reglamentación por otra más liberal y encauzado el problema radiotelefónico, los técnicos orientaron su atención hacia él, y fruto del entusiasmo de unos y del esfuerzo de otros fué la aparición en 1924 de diez emisoras más, hábilmente repartidas por el territorio.

Desde ese instante los receptores se difunden, los programas mejoran y el interés despertado por el público estimula a los industriales. Cenetnares de fábricas de aparatos y de accesorios hacen irrupción en el mercado estableciendo una enorme competencia, que inmediatamente deja sentir sus beneficiosos efectos en el mejoramiento de la

construcción y en el abaratamiento de los productos. Hoy puede asegurarse que la industria alemana se halla colocada en este aspecto entre las tres primeras del mundo.

En los años 1925 al actual las estaciones de "broadcasting" han aumentado en número y han mejorado sus condiciones técnicas hasta constituir una red admirable, de la que forman parte como más importantes las estaciones siguientes:

Berlín: cuatro emisoras Telefunken; una fundada en 1923 (700 vatios), otra instalada en 1924 (2 kilovatios), otra instalada en 1925 (4 kilovatios) y otra en el mismo año de 1925 (500 vatios). A la tercera se le aumenta actualmente la potencia a 40 kilovatios.

Alrededor de Berlín: dos estaciones. Una en servicio desde 1926, con 8 kilovatios, y la otra, la de Zeesen, de 40 kilovatios, en construcción.

Breslau: tres estaciones. Dos de ellas de 700 vatios fundadas en 1924, y la tercera de 4 kilovatios, construída en 1925.

Francfort (Maine): tres estaciones. Una de 700 vatios, montada en 1924; otra de igual potencia de 1925, y la tercera, de 4 kilovatios, armada en 1926.

Hamburgo: cinco estaciones. Tres de 700 vatios, fundadas en 1924; una de 4 kilovatios, en 1925, y la quinta de 700 vatios, en 1926.

Koenisberg: dos estaciones Huth montadas en 1924. Una de 1 y la otra de 4 kilovatios.

München: dos estaciones. Una Telefunken de 700 vatios, construída en 1924; una Lorenz, de igual potencia y año, del mismo constructor, equipada en 1926 con el famoso alternador y multiplicador Lorenz.

Leipzig: tres estaciones. Una Lorenz de 700 vatios construída en 1924, y dos Telefunken de 700 vatios y 4 kilovatios, fundadas, respectivamente, en 1925 y 1926.

Colonia: cinco estaciones. Tres Lorenz de 700 vatios, una del mismo constructor de 1,5 kilovatios y una de 20 kilovatios, Telefunken.

Stuttgart: tres estaciones Telefunken. Dos de 700 vatios, de 1924 y 1926, respectivamente, y la tercera del mismo año, pero de 4 kilovatios.

Es decir, que hay en servicio 32 estaciones, con potencias que varían desde 70 vatios a 20 kilovatios-antena y que pronto dispondrán de dos más con una potencia unitaria de 35 a 40 kilovatios.

RADIO TELEFONIA

Con los APARATOS de fabricación nacional de la
 ~ Casa DARGALLO Y COMPAÑIA (S. en C.) ~
 podréis escuchar los mejores conciertos de las más importantes emisoras mundiales. Así lo pueden testimoniar los
 ~ ~ muchos clientes que los usan. ~ ~

Esta casa se encarga de la reparación de cuantas estaciones
 ~ ~ receptoras se le encomienden. ~ ~

Los pedidos por cuenta de "Armas y Letras" tendrán un 10 por 100 de descuento.

OFICINAS, TALLERES Y EXPOSICION:

Ayala, 63

M A D R I D

Teléfono: 52102

Indumento y atuendo

Hermas es presumidilla. Gústale acicalarse y ponerse de veinticinco alfileres, pero sin apartarse un pespunte de la moda local, que es—¡oh contrasentido!—una moda permanente.

Con sólo tres prendas de ropa va la juchiteca hecha un brazo de mar: el *huipil*, b'usa corta, suelta, de escote redondo y sin mangas; el refajo blanco, y la enagua de *holán*. Sin camisa y descalza de pie y pierna, aunque lleve al cuello, colgándole hasta la cintura, una cadena de monedas de oro: las bisabuelas ostentaban peluconas de Carlos III; las *shunkas* de hoy buscan discos de cuño vancui

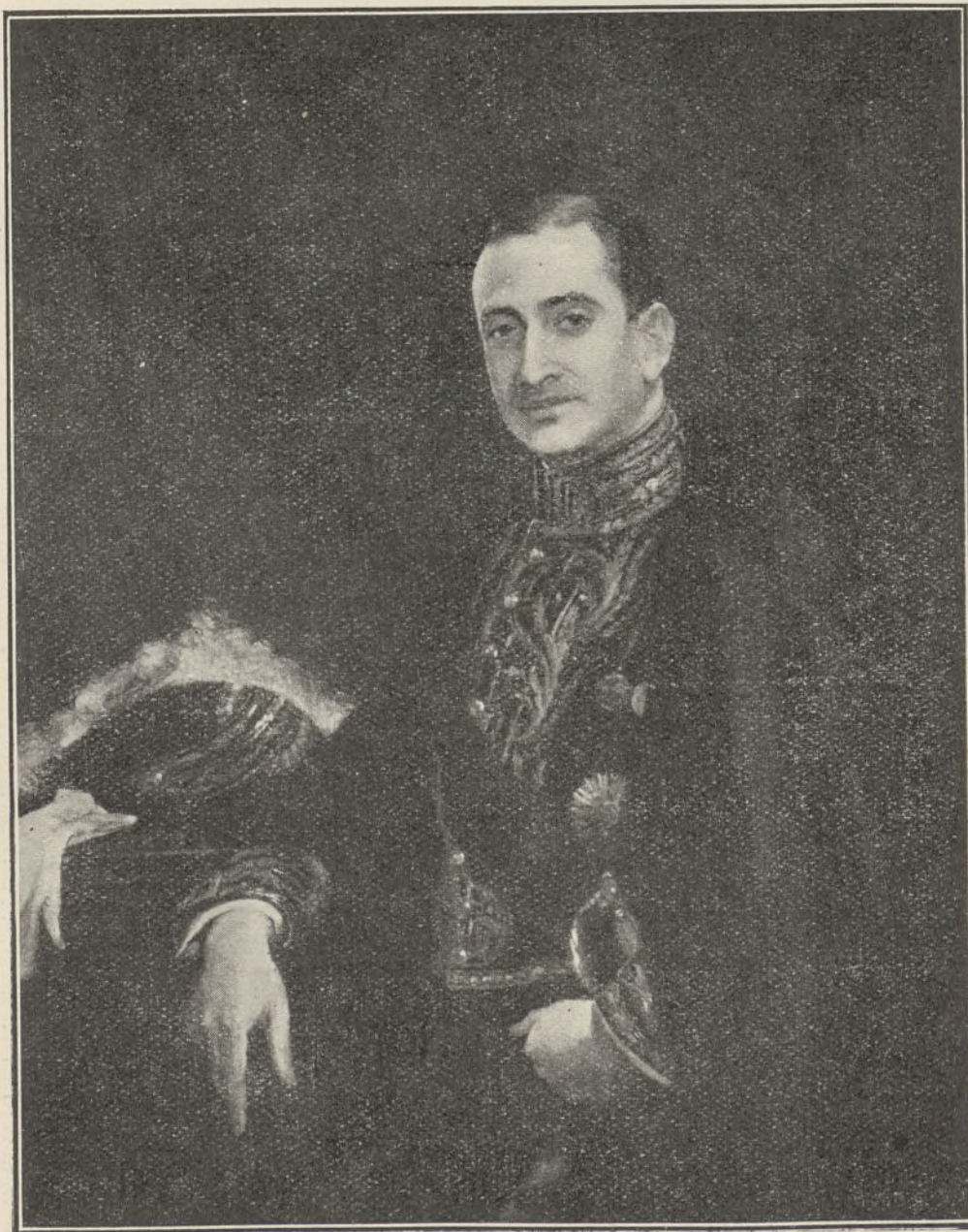
El *huipit* es de muselina, de seda, o de terciopelo y lleva una cenefa sencilla, de cadeneta, hecha a máquina, o guirnaldas de flores primorosamente bordadas a mano, o galón de plata o de oro. Es muy frecuente el *huipil* morado con cenefa en que se combinan el rojo y el gualda. ¿Tendrán alguna significación esos colores? ¿Recordarán el del pendón de Castilla y los de la Unidad española?

La enagua de *holán* se parece un poco a la de las gitanas. Es de mucho vuelo; pero en vez de varios faralaes lleva, de la rodilla para abajo, un ancho volante, el *holán*, de lienzo blanco plegado o "plisa-



Nuestro colaborador señor Murga rodeado de jóvenes mejicanas

DIPLOMATICOS HISPANOAMERICANOS



El ministro del Perú en España, don Eduardo Leguía, retratado por la notable pintora inglesa miss Nelly Harvey

do" o de *tira bordada*, que hace crujir el almidón.

No todas las *shunkas* se peinan lo mismo: hay *chongos* que dejan la nuca al descubierto y rodetes planos; pero generalmente usan dos trenzas en las que entretejen *listones* de colorines, que en las puntas se anudan formando grandes *moños de mariposa*.

Al hidalgo le encanta lo típico, lo característico, y procura que sus criadas se atavien dentro de los cánones de la elegancia regional; creyendo que no comete un desafuero artístico si para servir la mesa les hace ponerse coquetones delantallitos blancos de batista, y si procura que vayan siempre bien calzadas. Piensa como el Romancero al describir el cortejo de Ximena:

"que el vestido del criado dice quién es el señor".

Pero Hermas sostiene el derecho a la pezuña libre en el Estado libre; y cuando el ama de llaves le induce a que se calce unos *choclos* amarillos sin tacón (para que no se rompa la crisma), hasta amenaza con la dimisión de la escoba, agregando: "¡Por ganas! No me los voy poner"; lo que traducido al román paladino quiere decir: "¡Ea, déjenme en paz, es inútil que insistan; no he de ponérmelos".

GONZALO DE MURGA

Como sabe el lector, el mes pasado se han efectuado en Cuatro Vientos las pruebas de paracaídas lanzándose al espacio varios oficiales de Aviación Militar. Es la primera vez que se realizan esta clase de experiencias en España. Los paracaídas, hasta ahora, sólo se conocían como número de festejos, en los cuales se lanzaban al aire unos paracutistas, ni más ni menos que ocurría con los aeroplanos no hace muchos años, y tanto en uno como en otro caso el aparato *pitaba* o no según la suerte que era un factor decisivo en cuanto al aire se refería.

Hoy, cuando Lindbergh atraviesa el Atlántico en treinta y seis horas, cuando en Alemania, Francia y en casi todas las naciones civilizadas existen infinidad de líneas aéreas, la aviación ha dejado de ser una quimera para convertirse en realidad, y a nadie se le puede ocurrir utilizarla como número de atracción de forasteros, ni aun en España, en donde la aviación civil apenas existe.

El paracaídas, que es el salvavidas del aeroplano, va a la zaga de éste, y de aquí que, mientras en nuestro país se fabrican aparatos como el "Breguet XIX", que no tiene nada que envidiar a los mejores de su clase y pronto empezarán a fabricarse hidroaviones tan modernos como el "Dornier", análogo al que Franco llevó a la Argentina; el paracaídas español no existe aún, si bien es verdad que una casa proveedora de aviación, piensa construir el "O. R. S." si el Servicio le adoptase.

Es asunto éste, resuelto desde hace tiempo en casi todos los países y así vemos a Italia adoptar el "Salvatore", a los Estados Unidos el "Irving", en Francia el "O. R. S." en Suecia el "Thornblad", todos ellos de fabricación nacional, los cuales han sido ensayados estos días en Cuatro Vientos.

Las pruebas se han hecho a diferentes alturas y velocidades, utilizando en los primeros lanzamientos un muñeco, del peso y dimensiones de un hombre de proporciones corrientes, al cual debemos compadecer, porque, a pesar de las excelen-

cias de los paracaídas, el pobre ha sufrido bastantes porrazos; recuerdo una vez que cayó entre unas viguetas de construcción, arrastrado por el viento, y desde luego os aseguro que no debió quedar muy satisfecho del aterrizaje. Más tarde se lanzaron los representantes de las casas, para los cuales todas son ventajas y facilidades.

Por último, los tres oficiales de



El capitán avialor del Ejército mexicano don Emilio Carranza, que se ha distinguido en las recientes operaciones contra los rebeldes del presidente Calles.

Artillería, de la Escuadrilla de Experimentación. Méndez, Buylla y Rambaud, dieron la voltereta trágica, por el orden que los cito.

Nunca más cierto el refrán de que "Cada uno habla de la feria según le va en ella". Buylla, con sus ochenta y tantos kilos, *capotó* al tomar tierra y cuenta no es nada agradable el nuevo deporte. En cambio, Méndez, campeón de peso pluma, pregona a los *cuatro vientos* las excelencias de este viaje sin escalas; Rambaud, peso medio, es el que más se aproxima a la realidad; dice, que es un vuelo de placer con un aterrizaje algo brusco. A este primer lanzamiento triple han se-

guido los de los oficiales que asisten al curso de paracaídas, que se celebra en Cuatro Vientos, y de no haberlo impedido, es fácil que a esta fecha se hubiese lanzado la mayoría (perdón, querido Mayor), la mayor parte de los oficiales de Aviación.

Hay quien cree que debiera exigirse a todo personal navegante hacer la prueba del paracutista, pero con buen acuerdo, este criterio no ha prevalecido, porque no cabe duda que existiendo un tanto por ciento de accidentes, a alguno le hubiese tocado la china. Aparte de que mientras en España no haya número suficiente de paracaídas para todo el personal, y sea obligatorio—como en otros países—el vuelo con él, no debe obligarse a sufrir un riesgo que luego no ha de serle útil. Debe reservarse el paracaídas para casos extremos: incendio, rotura de mando, paradas de motor en terrenos accidentados, etc.; así como el salvavidas sólo se usa en caso de naufragio, si bien es verdad que siendo mayores los riesgos de la navegación aérea que los de la marítima, también será mayor el uso de paracaídas que el del salvavidas.

A título de curiosidad os contaré un episodio de mi vida aeronáutica, en que un paracaídas me hubiese sido muy útil.

Gallarza acababa de regresar triunfante de su vuelo a Manila. Logroño, su pueblo natal, se prestaba a recibirle con todo el entusiasmo de que son capaces los riojanos. Unos cuantos compañeros pedimos autorización para ir a recibirle en el aire, y concedido el permiso, partimos en vuelo para esa alegre y simpática ciudad del Ebro.

Pasamos una semana deliciosa en que desde el gobernador y el alcalde hasta las cigarreras, todos desbordaron su entusiasmo por Gallarza, entusiasmo que se extendía a todos los aviadores que aquellos días le acompañábamos, hasta el punto que de seguir unos días más, causamos baja definitiva en el mundo de los vivos. Llegó la hora de regresar.

Nos encontramos con mayor número de viajeros—Gallarza y su mecánico que querían regresar en vuelo—y un aeroplano menos, el mío que habían capotado al aterrizar. Hubo que repartirse a tres por aparato. A Gallarza y a mí nos correspondió ir con Martín Luna, y éste cedió su puesto a Gallarza para que pilotase. Era tarde y queríamos llegar a la hora de comer a Madrid. Gallarza, impaciente, dirigió el aparato a la sierra de Cameros, y no teniendo altura suficiente para saltarla, se metió por un barranco, muy pintoresco para el turismo, pero nada agradable para nosotros. Al principio, aun expuestos a un aterrizaje violento, en caso de parada del motor, no nos intranquilizamos mucho, pensando que no en vano llevábamos delante un "Rolls" y un piloto; pero a medida que avanzábamos, aquello se iba haciendo trágico, el aparato con sus tres tripulantes, las maletas, la máquina fotográfica... no subía, y el terreno en cambio, ascendía más a prisa de lo que nosotros hubiéramos deseado. Los comentarios de Luna y mío eran



El oficial de Artillería, aviador, señor Rambaud, uno de los héroes experimentadores del paracaídas.

sobre las ventajas e inconvenientes de tropezar con la copa de un árbol; Gallarza movía la cabeza con desesperación. Y no sabiendo qué hacer para distraer el... hambre, me dediqué a hacer fotografías. Luna, indignado, me decía:

—Más valía que tirases la máquina a ver si subíamos.

Por fin llegó el momento trágico. Ibamos a coronar el Puerto de Piqueras. Nos faltaban unos metros de altura. ¿Pasáramos?... Pronto salimos de duda, sentimos un golpe violento y nuestro "Fokker" quedó inmóvil.

—¿Os ha pasado algo?—preguntó Gallarza.

—Nada—contesté.

Luego pudimos ver que yo tenía un brazo roto y Luna la boca destrozada, y por si fuera poco, estábamos en plena sierra y a cincuenta kilómetros del hospital de Logroño.

¿Comprendéis ahora la utilidad del paracaídas? Si Luna y yo lo hubiéramos tenido, uno de los dos nos habríamos lanzado, y con un "Au revoir" a los compañeros hubiésemos proporcionado a los tranquilos vecinos de uno de aquellos pueblecitos un espectáculo nuevo y sorprendente que nos igualaba ante sus ojos con los dioses mitológicos.

RAMÓN MERINO

SENDEROS DE SOMBRA

SOLEDAD

Se extienden sobre mí los altos cielos, serenamente tristes e inmutables, como mudas esfinges implacables ante los infinitos desconsuelos.

Tiende la noche sus flotantes velos; y aun en estos momentos inefables, sólo encuentro amarguras insondables y eternas soledades sin consuelos.

¡Mas, no, pobre alma mía desolada! Vuelve a tu mismo fondo la mirada, que en error loco tu dolor te abisma.

Encuentras amargura en donde quiera; crees vacía hallar la Tierra entera, ¡y el vacío está dentro de ti misma!

FLORECIMIENTO

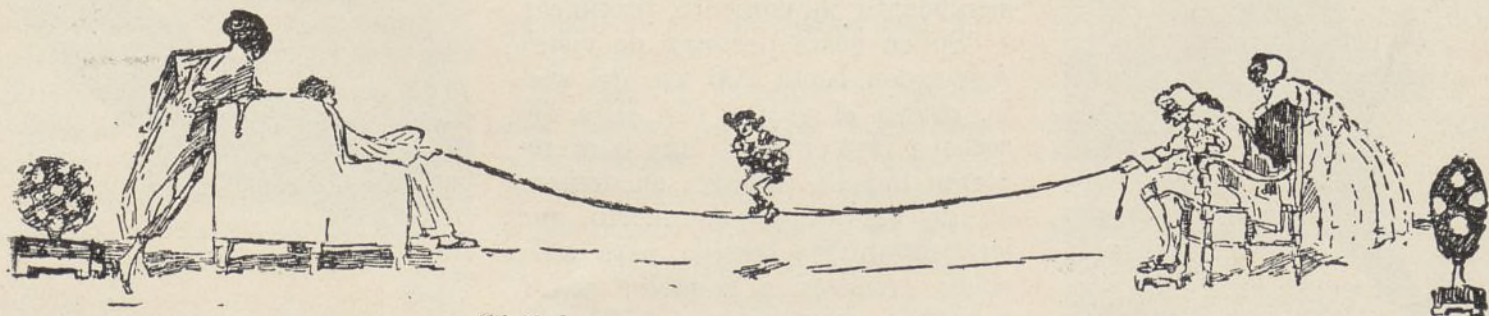
Tiende el sol en los cielos su rubia cabellera, inflama los espacios una luz prodigiosa, y en los átomos late una nota armoniosa anunciando que llega, triunfal, la Primavera.

Todo florece y canta. Vibra la Tierra entera al conjuro inefable de una voz misteriosa, y tiembla y se engalana, impaciente y nerviosa, lo mismo que una novia que al elegido espera.

Y mientras todo ríe a una nueva ventura, tal vez yo solamente, sumida en mi amargura, veo pasar las horas en monótona calma;

con esa muda angustia, cruel e incomprensible, de ver en torno nuestro renovarse la Vida, llevando el hondo frío de la muerte en el alma.

PILAR ZAMORA





Los vuelos planeados en las aves



¿Quién no ha tenido ocasión, aunque corta, de observar, en las costas y en las montañas, pájaros de gran corpulencia que volaban en todos sentidos sin el más pequeño movimiento de sus alas?

El espectáculo, raro en las regiones de Europa, es frecuente para las personas observadoras en alejadas regiones, en las que dicho modo de volar, sin esfuerzo, deja de ser una excepción para pasar a la categoría de hecho corriente.

En los inmensos desiertos del Pacífico y del Atlántico del Sur, los navegantes observan con frecuencia el vuelo del albatros, hermoso animal que llega a los tres metros de longitud, de alas extendidas y que, esencialmente marino, pasa el día volando sobre las aguas en busca de alimento y se aleja a cientos de kilómetros de la roca o isla deshabitada en que anida.

Lo que caracteriza su vuelo no es sólo la agilidad y elegancia con que lo realiza, sino el hecho asombroso de sostenerse en el aire horas y a veces hasta todo un día sin batir sus alas ni una sola vez.

Observándole desde la cubierta de un navío, se le ve evolucionar a su antojo en todos sentidos; tan pronto desaparece a la vista como reaparece, traza airoas curvas contra el viento y se deja llevar por él, moviéndose constantemente, cerca o lejos del vapor, sin el menor movimiento de las alas.

En las regiones tropicales y ecuatoriales, Brasil, Sudán, Indias y hasta en Egipto, puede observarse algo parecido respecto a los bui-



tres, águilas, milanos y otras aves corpulentas.

Vuelan horas enteras planeando majestuosamente, sin que el ojo más experto advierta nada que a batir de alas se parezca.

Cautiva tanto la observación que bastante antes de que la aviación comenzara a ser estudiada, un profesor del Cairo, M. Mouillard, dotado de sagaz espíritu observador, consagró vida y fortuna a estudiar el vuelo de los pájaros nombrados, tratando de arrancárles el secreto de su vuelo.

Este, en apariencia, es la más completa negación de los principios de la mecánica; si el ave no realiza ningún esfuerzo, es que en el medio ambiente, en el aire en que se mece, encuentra energía para sostenerse; cómo y por qué procedimiento era lo que asombraba al inteligente observador.

"Es—dice en sus escritos refiriéndose al buitre—el rey del planear; jamás mueve sus alas, sino cuando arranca; recorre a lo mejor kilómetros para posarse con suavidad; diez leguas para avanzar una aunque sea a costa de tiempo, parece cual si se hubiese jurado a sí mismo no batir las alas jamás."

"Nada tan hermoso como presenciar el vuelo de este animal; no es posible verle pasar sin detenerse a contemplar la majestuosidad de su marcha por los aires; traza en éstos inmensos círculos lentamente recorridos, sin hacer un resalto ni una parada; cuando toma una dirección recta es admirable la fijeza con que la sigue; no se desvía ni a un lado ni a otro, ni arriba ni abajo; penetra recto."

"En las ciudades de Oriente, estos buitres, en gran número, aguardan el momento propicio para arrojarse sobre algo comible, sosteniéndose en el aire sin el más insignificante movimiento propulsor."

"Suben hasta perderse de vista; descienden hasta 200 ms. del suelo, contra el viento, con él, a derecha e izquierda, en una hora recorren toda la comarca en demanda de algún animal muerto que les proporcione comida para todo el día; realizan a lo mejor veinte o treinta ascensiones a 1.000 me-

tros y recorren cien o más leguas sin golpear una sola vez el aire con las alas."

Otro observador, M. Ader, hizo un interesante estudio sobre los mismos vuelos, en distintas clases de pájaros que habitan el valle del Rummel, redactando conclusiones tan curiosas como las del primero.

"Cuando el sol lleva una hora alumbrando el lugar comienza el espectáculo; antes parece como si el aire no se prestara a vuelos; cuando el momento llega, tras de un corto instante de aleteo indispensable para elevarse, extienden sus alas, pareciendo que tratan de darles la mayor extensión posible, y comienzan a planear sin el más pequeño esfuerzo."

"Hacia el fin de la tarde, al contrario, se elevan pesadamente, baten con gran esfuerzo las alas haciendo silbar el aire y avanzan casi penosamente hasta el árbol más próximo. Dijérase que el soberbio animal que semeja ser el rey de los aires cuando vuela planeando es mucho más potente que al verse obligado al empleo de sus propias fuerzas."

"El vuelo del buitre antes descrito es el mismo que realizan los grandes pájaros en los países cálidos. Así puede observarse en las crillas del Amazonas, en las estepas del Sudán y en las inmediaciones de las ciudades populosas de la India."

"Hacia el medio día pueblan el aire por centenas; después de elevarse hasta unos veinte metros, se les ve, como en el Cairo, trazar grandes círculos que cortan trayec-



tos en línea recta, dando el pájaro la impresión de estar fijo e inmobilizado en su movimiento."

Como los vuelos anteriormente descritos es de las grandes aves marinas, entre las que figura el albatros en primer lugar.

Sin embargo, no se ven allí grandes círculos, descritos con la regularidad y precisión que pudiera ha-

lo hacen casi siempre entre dos olas y con preferencia sobre el costado opuesto al viento; un sencillo viraje les lleva entonces a estar sensiblemente cara al viento; suben, a poco, a una altura de 12 o 14 metros, y tras de otro viraje, entonces lateral, seguido de un descenso en la dirección del viento, vuelven a la proximidad de la su-

decímetros por segundo, casi insensible.

Hay, pues, bien definidas dos clases de vuelo planeado, sin esfuerzo: el de los países cálidos y el del mar alejado de continentes; los dos, a primera vista, son inexplicables, porque para sostenerse en la atmósfera y avanzar es precisa una energía.



Curiosa fotografía tomada desde la torre de un buque, en la cual aparece una escuadrilla de aviones-pájaros en vuelo planeado

cerlo un compás; más que la majestuosidad, domina la agilidad.

Es una continuada serie de subidas, descensos, vueltas, que constituyen una montaña rusa, virajes que semejan ser verticales y llegan hasta formar un ángulo de 80° con la horizontal.

A primera vista, tales movimientos parecen desordenados, pero una observación detenida y profunda muestra que hay un orden en aquel desorden aparente. Los movimientos de los pájaros en cuestión se suceden y repiten según un ritmo siempre idéntico.

Tomando como punto de partida un momento en que rasen la superficie del agua, se advierte que

perficie del mar, repiten el manejo dicho y así sucesivamente.

Siguen, pues, una línea sinuosa compuesta de una serie de virajes, a menudo cortados por ascensiones y descensos.

Al contrario de lo que hace el buitre, el albatros vuela lo mismo de día que de noche; le basta una brisa mínima de siete metros por segundo y con un viento más débil no volaría.

En cambio, el buitre y los demás pájaros terrestres maniobran perfectamente con viento horizontal casi nulo; sondajes hechos con globos-pilotos en el Sudán, en medio de una nube de estas aves, acusaron un viento horizontal de tres

Para explicarse el fenómeno abundaron las teorías, algunas muy ingeniosas, fundadas en su mayor parte en cálculos y fórmulas que no convencían por faltarles una base experimental.

Ninguna experiencia seria se intentó en los sitios mismos donde tales aves viven y evolucionan. Habitantes en regiones muy alejadas del mundo habitado, eran difíciles tales experiencias, más si se tiene en cuenta que los aparatos empleados habían de ser grandemente sensibles y muy fuertes.

M. Ader, por circunstancias especiales, pudo realizar numerosas investigaciones en el Senegal, en la Guinea y en el Brasil respecto

a los grandes pájaros terrestres, y en el cabo de Hornos y en la Georgia del sur con relación a los albatros.

Con ayuda de cometas, a fuerza de constancia, consiguió colocar entre los pájaros aparatos medidores de la temperatura, de la presión y de la velocidad del viento, con gran precisión y hacer interesantes deducciones.

Fué la primera confirmar las diferencias esenciales entre los vuelos de los pájaros de los países cálidos y los de los que viven en los grandes mares.

Tal diferencia resulta perfectamente lógica por distinta estructura que ambas clases de aves tienen; los que llamaremos terrestres tienen una débil carga por metro cuadrado, y cuando vuelan producen la impresión de que tratan de extender sus alas para darles la mayor extensión posible; su velocidad es poca con relación a la del aire.

Los marinos, en general, tienen, por el contrario, las alas largas y estrechas, mucha carga por metro cuadrado y una gran velocidad.

La explicación de ambos vuelos es por completo diferente: en los países cálidos, el viento, a unos veinte metros del suelo, ofrece anchas zonas de corrientes unas veces ascendentes y otras al contrario; dichas zonas se modifican y cambian de lugar lentamente, sin someterse a ninguna ley aparente.

Cuando un ave evoluciona sin mover las alas es que se encuentra en una zona ascendente, en la que se sostiene describiendo líneas curvas; se desplazan con la zona en que vuelan y pasan de una a otra, siempre en línea recta, sin que les importe perder algo de altura que ganarán fácilmente en la nueva.

Siempre que un gran número de aves vuelan describiendo círculos, es que hay una corriente ascendente bastante rápida.

El pájaro, en ese caso, realiza un vuelo planeado y si el aire no sube, desciende, permitiéndole lo sutil de su vuelo aprovechar el más pequeño movimiento ascendente.

Es fácil darse cuenta de esto, imaginando una escalera vertical colocada sobre una correa sin fin que se mueva; una persona que baje lentamente por ella, con relación al suelo, subirá.

El objeto de las curvas que tan-

ta admiración producen es bien fácil de adivinar: se trata, sencillamente, de ponerse en la zona favorable conservando la velocidad necesaria para la sustentación.

Cuando encuentran las aves una columna de aire ascendente, toman el ascensor, por decirlo así, y continúan su camino con un ligero descenso y al encontrar otra que sube, recobran la altura, y así sucesivamente.

¿Cuál es la causa de estas corrientes ascendentes y descendentes que no son debidas a obstáculos terrestres, puesto que se las observan en grandes llanuras completamente llanas?

La observación simultánea de esas corrientes y de la temperatura evidencia que se trata de un fenómeno térmico; son remolinos de calor que influyen sobre el aire, originando en él corrientes ascendentes y descendentes.

Muy distinta es la explicación del vuelo del albatros y demás grandes aves marinas; allí no hay remolinos de aire caliente ni corrientes de aire ascendente.

El vuelo, en este caso, no puede tener otra explicación que una reacción de las olas sobre el viento, porque los albatros maniobran sobre un mar casi tranquilo, con olas que sólo tengan 25 centímetros de altura.

Cada vez que un ave de éstas vuela, se han comprobado importantes aumentos en la velocidad del viento en la capa en que el vuelo tiene lugar, sin que las experiencias realizadas hagan posible otra hipótesis.

Resulta indudable que lo mismo sobre las olas que en una llanura terrestre, hay un aumento de velocidad en el viento, en los veinte primeros metros de altitud, proporcionado a ésta.

El coeficiente del aumento depende del estado del suelo o de la mar, porque el fenómeno se explica por qué un efecto de frotación del aire con las asperezas del suelo o con las olas le calienta en las capas bajas.

Es de todos conocido que, en general, el viento en lo alto es más fuerte que en bajo; el hecho se verifica también, siendo más sensible, en las capas muy bajas.

Un estudio sistemático permite asegurar que una agitación media, en los mares del Sur, hace que la

velocidad del viento, a veinte metros de altura, sea doble que lo que alcanza a un metro.

El pájaro manobra de manera que se coloca en las capas de aire de distinta velocidad y lo rápido de sus movimientos los hace creer en la existencia de giros y vueltas que sin embargo no da.

El crecimiento de la velocidad del viento, más arriba de los 20 metros, es mucho menos rápido; por eso se explica que los pájaros en cuestión no vuelen nunca por encima de tal altitud.

Un estudio científico de las particularidades que este vuelo ofrece permite afirmar que las trayectorias que siguen los albatros son las precisas para obtener el mayor rendimiento de las variaciones de velocidad del viento según la altura, y las modificaciones en ellas hacen, según las circunstancias, son las mismas que el cálculo establece.

Tan notable acuerdo entre las conclusiones de la ciencia y los hechos materiales prueba la fuente de energía que el albatros utiliza.

Hay un hecho vulgar que aclara cuanto va dicho: el ponerse en la manga una espiga de trigo que al poco tiempo, sin que nadie la empuje, sube hasta el principio del brazo; sucede tal porque la espiga aprovecha los movimientos del brazo, sólo los de una dirección, a causa de que las barbas le impiden aprovechar los opuestos.

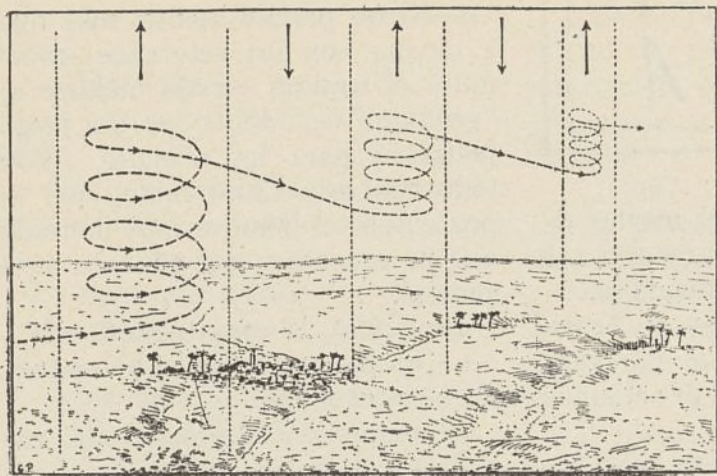
El albatros, consecuencia de sus movimientos, utiliza las diferencias de velocidad de las capas que le convienen para avanzar, rehuyendo los otros.

Además de los vuelos estudiados, hay algunos que constituyen caso particular y ofrecen la ventaja de que cabe observarlos en todas las regiones.

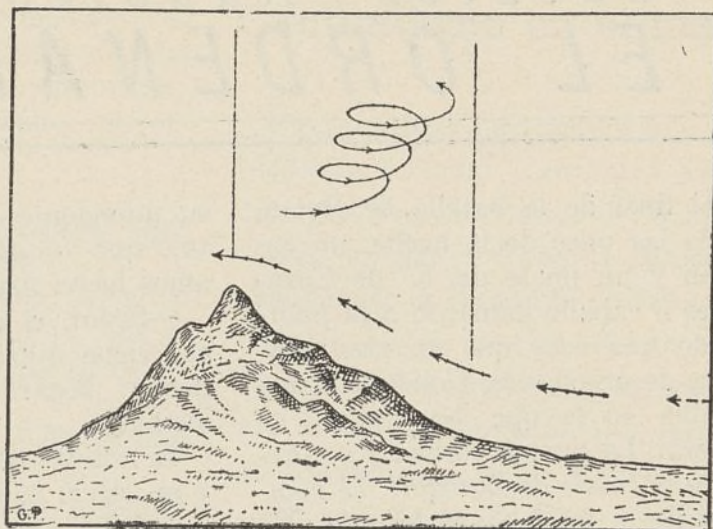
Uno de ellos es el que puede realizarse en las inmediaciones de montañas o grupos de árboles que producen corrientes ascendentes de aire que sostienen a las aves sin más que abrir las alas: ello fué ya utilizado por algunos aviadores en vuelo sin motor.

Otro caso es el de las gaviotas, que siguen a los navíos largos trayectos, sosteniéndose sin mover las alas y semejando estar colgadas de un hilo.

La explicación es de lo más sencillo: el barco, al cortar el aire, lo



En los países cálidos, las aves grandes utilizan los remolinos de aire caliente; maniobran para permanecer mucho tiempo en las zonas ascendentes y el menos posible en las opuestas



En las regiones montañosas, las águilas, buitres y cóndores describen círculos para mantenerse en la zona de aire ascendente, que origina la desviación del viento ante un obstáculo

divide en dos masas, que corren por sus costados y van a encontrarse tras de la popa, y como no tienen salida ascienden, produciendo una corriente que sostiene a las aves sin más que abrir las alas; es el mismo fenómeno que produce una nube de polvo detrás de un coche que marcha rápido.

En los países donde los indígenas navegan en cortezas de árbol ahuecadas, es muy frecuente cuando pasa un navío en dirección conveniente, ver cómo algunos de dichos barquichuelos se colocan sobre el oleaje que la hélice produce, navegando sin más que gobernar para sostener la dirección.

Finalmente, en todos los mares puede observarse, cuando hay olas un poco pronunciadas, una multitud de pájaros que se sostienen planeando, casi en contacto con la su-

perficie del agua; aprovechan las corrientes ascendentes que se producen por la compresión que las olas imprimen a las capas de aire próximas.

Sin embargo, este vuelo no puede equipararse al del albatros, pues necesita circunstancias particulares, entre otras la de que la diferencia de velocidades de la ola y del viento, sea suficiente grande para producir corrientes ascendentes.

Como conclusiones de los estudios y observaciones hechos, pueden establecerse, englobando los casos análogos, tres clases de vuelo planeado sin esfuerzo.

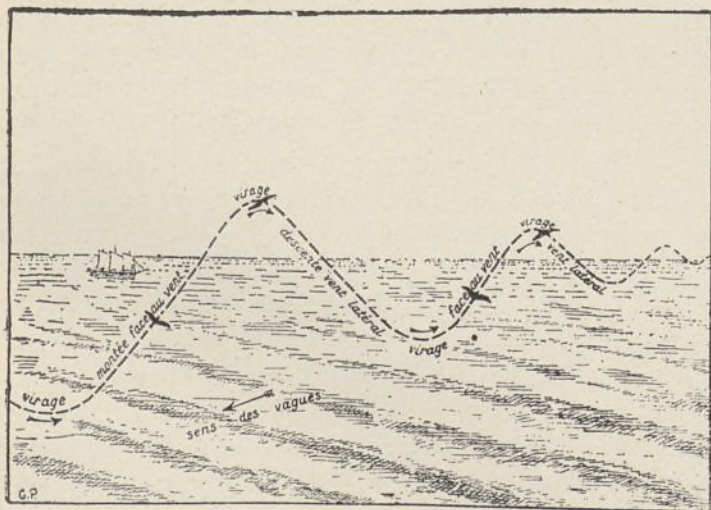
1.º El vuelo utilizando las corrientes ascendentes que se originan por el choque o roce del aire con obstáculos tales como las montañas en la tierra y las olas en el mar.

2.º El vuelo que utiliza las corrientes de aire originadas por la fricción del mismo sobre las irregularidades de la corteza terrestre o sobre las olas.

3.º El que se realiza utilizando las corrientes ascendentes que se forman en los países cálidos.

Los aviones sin motor, hasta el momento presente, utilizaron el primero de estos vuelos; el segundo no parece probable que puedan utilizarlo, en razón a que no puede realizarse más arriba de los 20 metros y requiere, además, maniobras complicadas y bruscos virajes.

En cambio, el tercero, que los hombres de ciencia llaman de las corrientes ascendentes térmicas, es posible que puedan utilizarlo los aviones, no sin vencer antes dificultades muy serias.



Utilización de las variaciones de la velocidad del viento, según la altitud, por una serie de virajes, ascensiones y descensos



Utilización de las corrientes ascendentes que se producen a lo largo de las olas, en el flanco de las cuales los pájaros se mantienen el mayor tiempo posible

Cuentos Napoleónicos

EL ORDENANZA

Al final de la batalla de Eylau, hacia las once de la noche, un capitán y un jinete del 5.º de Cazadores a caballo llamaron a la puerta de una casa que un ruso acababa de enseñarles. Conducían una camilla en la que iba tendido su general. La puerta abrióse y se presentó el conde de Zorogoff. El comprendió y hablaba el francés. No fué larga la explicación. En todo tiempo y en todo país nadie rechaza un socorro al enemigo herido. El gentilhombre ruso pidió un candelabro y él mismo precedió a sus huéspedes hasta una habitación de la planta baja, donde el capitán y el soldado depositaron la parihuela con precaución.

Un cuarto de hora después, el capitán y el soldado entraron en el salón de Zorogoff.

—Señor—dijo el capitán—, nuestro general acaba de morir. Tenía las dos caderas cortadas por dos cascotes de proyectil recibidos consecutivamente. Hace una hora todavía era uno de los generales más famosos del ejército imperial. Quizá le conocía usted... El general Constant Corbineau.

El ruso hizo un ademán imperceptible; luego se quitó su gorro y descubrió sus blancos cabellos.

—Yo le conozco como toda Rusia le conoce. El general, ¿no era ayudante de campo de vuestro emperador?

—Desde el comienzo de la campaña de Prusia.

—Era muy joven...

—Treinta y cuatro años.

—¡Destino funesto! Podéis hacer de mi casa, señor, el uso que os convenga. Es una triste gloria para ella abrigar los restos de un hombre cuyas virtudes fueron bastante grandes para merecer las lágrimas de sus soldados.

En efecto: inmóvil detrás de su capitán, el viejo "gruñidor", con los ojos llenos de lágrimas, mascullaba con furia una guía de sus mostachos grises.

Retirábase el conde Zorogoff, cuando la puerta del salón se abrió bruscamente y un hombre espantado apareció y se hincó de rodillas.

—Habla francés—dijo Zorogoff a

su intendente—. Con el mismo título que yo, estos militares son tus amos hasta mañana; atiéndelos.

—Señor, el emperador de Francia viene a pedirnos asilo por esta noche; llegará dentro de algunos instantes.

El conde despidió a su servidor y se volvió hacia el capitán:

—Señor oficial, ¿es que el emperador tiene conocimiento de la herida del general Corbineau?

—No.

—Tanto peor. Como su majestad pasará la noche en esta casa, considero como un deber de hospitalidad asegurar la quietud y el reposo de un tal huésped. Por otra parte, mi perplejidad es grande...

—Os adivino—dijo el capitán—. Escóndanos.

—No, señor—respondió el anciano con dignidad—; ustedes son mis huéspedes antes que el emperador. Deseo que se queden aquí a la vista de todos. Pero ¿no habría un medio de ocultar a su majestad la muerte de un hombre a quien él consideraba y honraba como a uno de los más bravos de su ejército? ¿Cómo retrasar hasta mañana la noticia de esta catástrofe? Vos sois joven, señor. La imaginación de los militares de vuestra nación es fértil en ardides y estratagemas. ¿Qué haríais en mi puesto?

—Eso es sencillo—dijo el capitán. Volvióse hacia el "gruñidor".

—¡Chinfreniau!

—¡Capitán!

—El emperador va a dormir aquí. Tú conoces su "costumbre". Te verá, te reconocerá.

—Sí, capitán.

—Para testimoniar su buena memoria, él nos recitará tus principales servicios.

—Sí, capitán.

—Se acordará de que eres el ordenanza del general Corbineau y te pedirá noticias tuyas.

—Sí, mi capitán.

—Entonces, a esta pregunta mucho ojo y responde con voz clara: "Señor, mi general se ha dejado las botas en el campo de batalla". Tú no mentirás, puesto que él ha tenido las dos piernas cortadas.

Una lágrima fué la sola respues-

ta. Pero era tan gruesa, que le atravesó el bigote.

—No es preciso mentir más que a medias con los veteranos—murmuró el capitán viendo alejarse al "gruñidor". Mentir es un juego peligroso para los oficiales, sobre todo con este Chinfreniau, que es por entero el hombre más honrado que yo conozco y que adoraba a su general.

De súbito, la casa tembló.

—¡Su majestad francesa!—anunció el intendente.

El emperador descendió del caballo en el umbral del patio, escoltado solamente por el príncipe Berthier.

—Señor—dijo el conde Zorogoff, entrando con la cabeza descubierta en el patio lleno de nieve—, aquí está vuestra casa y aquí están las llaves.

El las puso en manos del mariscal.

El emperador hizo una señal de gratitud y siguió al conde Zorogoff. En el corredor percibió a un soldado francés con el sable terciado y se detuvo. El aire cálido que flotaba en esta mansión rusa le había reanimado. Maquinalmente estudió a este hombre. Luego, lo que había predicho el capitán se ejecutó palabra por palabra.

—Yo te he visto en alguna otra parte. Espera...

Napoleón tomó de su chaleco una pizca de tabaco y frotó su nariz con un gesto vago, los ojos fijos en el viejo "gruñidor".

—Condecorado en Austerlitz. Cazador Massonier, de apodo Chinfreniau, ¿eh?

—Sí, mi emperador.

Después del esfuerzo de esta gigantesca jornada, que dejaba sobre el terreno diez mil hombres, este ejercicio de memoria tenía algo extraordinario que asustó a Zorogoff.

—Espera—repitió el emperador—ahora, Massonier, te reconozco por completo. Tú tendrás tu sitio en el paraíso de los bravos. El general Corbineau tengo entendido que te ha llevado cerca de él por tu honradez y tu bravura.

—Sí, mi emperador.

—Raza de soldados la de estos Corbineau—dijo el emperador mirando al conde—. Una familia antigua. Están tres hermanos en las filas, mis más hermosos jinetes, con Lasalle.

Chinfreniau se turbó; el emperador subía la escalera.

En el cuarto peldaño terció la cabeza.

—¿Dónde está tu general?

Una corriente fría heló los corazones.

—Ha dejado sus botas sobre el campo de batalla—contestó el soldado.

El emperador subía.

—Le dirás...

Exprofeso, Napoleón tomaba a sus viejos "gruñidores" distinguidos como emisarios de sus buenas nuevas. En lo alto de la escalera soltó estas palabras:

—Le dirás que en honor de Eylau, la emperatriz será la madrina de su chiquito, el pequeño Bourden.

Chinfreniau, pensativo, había quedado con el sable en posición de tercién.

—Y bien—le dijo el capitán—, tú ves que todo ha pasado como yo te había dicho.

—Salvo una cosa, mi capitán; salvo la orden: "Tú dirás a tu general..."

—¡Bah! Tú le dirás eso en el paraíso de los bravos. Envaina el sable; puedes fumar.

Pero el "gruñidor" movió la cabeza.

—He aquí un asunto molesto. Pero ¡no hay remedio! Una orden del emperador es preciso ejecutarla; sobre todo yo, Chinfreniau, un ordenanza.

—¿Qué?

—El paraíso de los bravos, capitán. ¿Dónde ponéis eso?

—Allá arriba. Por otra parte, tú le verás personalmente, ya que el emperador te ha dado allí un puesto. Buenas noches.

Al quedarse solo, Chinfreniau montó su pistola.

—No hay necesidad de averiguar si yo encontraré allá arriba a mi general; él debe estar sentado en primera fila. ¡Vamos, Chinfreniau, la consigna!

Cruzó el patio. Sonó una detonación, y un cuerpo rodó por la nieve.

El ordenanza ejecutaba la orden del emperador y se iba a decir a su general allá arriba que la emperatriz sostendría al pequeño Bourden en su bautizo.

GEORGES D'ESPARBES

(Traducción de Alonso de Paredes.)

Canibalismo en el mar

Un paquebote norteamericano, el "Margaret Dollar", encontró cerca de la costa del Estado de Washington un barco de pesca japonés abandonado a la deriva de las corrientes. En su interior sólo se encontraron dos cadáveres y un montón de huesos humanos, lo que hizo deducir que en el trayecto de 4.000 millas que el barco recorrió a través del Océano Pacífico, fueron víctimas sus seis u ocho tripulantes de alguna tribu de antropófagos de las que existen por aquellos archipiélagos.

ARMAS Y LETRAS es la mejor revista militar que existe en España. Es la preferida de todas las clases sociales.



Relieve del monumento conmemorativo de la batalla de Ayacucho, erigido en Bogotá (Colombia), obra del insigne escultor Julio González Pola, que acredita una vez más el talento creador del laureado artista.

La serpiente de mar, ilusión óptica

Tenía razón el escritor que dijo que la serpiente de mar, era uno de tantos "canards"; otro escritor, viene a ponerse en un término medio, afirmando que hay algún fundamento para creer en el nombrado monstruo marino.

¿Dejará de ser un problema sin solución la tal serpiente?; porque, al más sensato desanima la circunstancia de que ninguno de los navegantes que la vió haya podido capturarla, ni viva ni muerta.

Conviene hacer constar que la existencia del nombrado bicho no es ningún mito; en los mares de la zona tórrida y en los que tienen sus aguas templadas, hay un reptil colúbrido, de cabeza pequeña, cuerpo de dos o más metros y cola comprimida.

Estos individuos de la fauna marina, se presentan algunas veces, constituyendo numerosas bandadas en la superficie de las aguas y ofrecen la particularidad de que cuando se aproxima un temporal, se sumergen a grandes profundidades, suponiéndose que por una gran dilatación de la pupila, conservan la visión.

Tales reptiles no son, sin embargo, las enormes serpientes de mar a que algunos navegantes aludieron.

Nada menos que en 1555, el Arzobispo de Upsal, M. Olans Magnus, aseguró haber visto en las costas de Noruega un "Kraken" que tenía una milla de longitud.

En 1746, el capitán Ferry, advirtió, no lejos de las costas de Troudhjen, una serpiente gris, provista de una gran melena y cuya cabeza sobresalía sobre las olas más de dos pies.

Sucesivamente, fué vista la colossal serpiente, en 1817 en Gloucester (Estados Unidos); en 1833, hacia el centro del Atlántico; en 1848, cerca de la isla de Santa Elena; en 1877, en el golfo de Aden y en las costas de Sicilia.

En 1898, el comandante del vapor "L'avalanche", aseguró haber visto, en la bahía de Alang, dos serpientes de un largo de veinte metros, con un cuerpo de dos a tres de diámetro, de color gris y negro y con una cabeza proporcionada, por la que saltaban, continuamente, dos surtidores de agua.

En 1904, en la misma bahía, el teniente L'Eost, jefe del cañonero "Décidé", descubrió, a unos trescientos metros de su barco, un pez de igual forma que una serpiente, cuya longitud no bajaría de treinta metros, siendo su ancho de cuatro o cinco.

Tenía dicho monstruo, visto de nuevo el año 1907, en las costas

del Brasil, la cabeza de un gris amarillo, de forma muy parecida a la de la tortuga.

De no calificar de impostores a cuantos dijeron haber visto la famosa serpiente, hay que admitir que debe existir algo.

La primera explicación que se ocurre es la de que se trata de colúbridos, cuyas dimensiones son bastante mayores que las de las serpientes de mar que pudieron ser cogidas.

A semejante hipótesis suele oponerse, como objeción, que si los colúbridos de tamaño regular, se presentan en bandadas en la superficie de las aguas, ¿cómo admitir que al ser gigantescos, sean tímidos y marchen siempre por entre las aguas?

Según las exploraciones oceánicas en el fondo del mar en que se realizaron, hay peces de forma y volumen completamente desconocidos, ¿por qué no ha de haber, igualmente, una serpiente colosal?

Bajo las aguas, aseguran los oceanógrafos, que existen monstruos enormes, sólo comparables al *Diplodocus*, *Ichtyosaurus* y demás especies prehistóricas de las que sólo conocemos sus restos fosilizados.

¿Por qué no admitir que aquellos y las famosas serpientes, son, como descendientes de los nombrados, algo así como fósiles aun vivientes?

Así, admitiendo ambos supuestos, lo mismo puede creerse en la existencia real de la serpiente de mar,

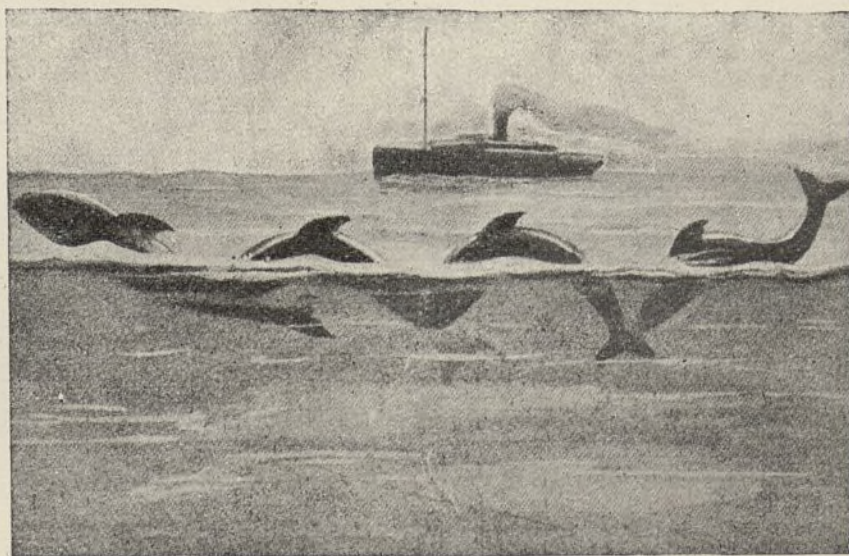
que negarla, y sin poner en duda la buena fe de los que creyeron verla, cabe pensar si serían objeto de alguna ilusión óptica.

Más de un escéptico, al oír a un creyente del saurio marino, preguntó irónico: "¿No sería una de esas algas de gran longitud que, procedentes del mar de Sargazo, llevaron las mareas y corrientes al Océano?"

Un escritor inglés pretende dar una explicación del todo peregrina. "Sabido—dice—que en la gran familia zoológica de los cefalópodos, hay ejemplares provistos de tentáculos, cuya longitud llega, a veces, a diecisiete metros. ¿No pudiera suceder, que uno de dichos tentáculos, sacado momentáneamente, por su dueño, fuera del agua, hubiese producido a los navegantes la impresión de una enorme serpiente?"

Los frecuentes combates que en alta mar entablan los cetáceos, pueden también producir un error de visión: a 200 o 300 metros, distancia mínima a que siempre fué vista la serpiente de mar, es muy fácil que los movimientos de las aguas, compongan en la retina de los alejados observadores, la imagen de una monstruosa serpiente o cualquier otra por el estilo."

Después de todo, no hay que dudar que los marinos, más tarde o más temprano, encontrarán a su paso la serpiente de mar que a través de los siglos no ha sido posible descubrir.



Grabado representativo de cómo se explica la existencia de la serpiente de mar y su ilusión óptica.

Las almas sencillas siempre encontrarán poesía en la paz del campo.

Cuando llega el verano, sentimos con más vehemencia el deseo de cambiar de ambiente, de huir del enervante calor, de la agitación agotadora que envuelve la vida de las grandes ciudades.

Y suele elegirse el apartado rincón de la aldea, impulsados por el imán de los recuerdos o el de la casita propia, de cuya sugestión no pudimos librarnos, o el panorama delicioso y siempre seductor del mar; y la permanencia en estos sitios elegidos, es como un remanso necesario de tiempo en tiempo para continuar el trabajo con el empeño del luchador.

¡Oh amado hotelito! ¡Oh casita rústica rodeada de huerta o jardín, frente al pinar, a las rocas, al río o al manantial soñado! ¡Oh murmullo de las aguas, piar de los pájaros, o cantar del gallo que tan alejados estáis del ruido de la ciudad.

Poco a poco el medio ambiente de estos lugares que visitamos con rapidez, aun sin querer prestar a nada una verdadera atención, adueñanse de nosotros. A los primeros días de indiferencia, suceden otros en los cuales vamos entre-gándonos a cuanto nos rodea.

Hallábame yo en uno de esos días de cambio de panoramas, de bienestar, en un apartadísimo rincón de Aragón, cuando una tarde, en el regreso del paseo, tuve el honor de ser presentada por una sobrina suya y amiga mía, al pintor Arturo Almar, y que desde Valencia, donde reside, había ido a pasar allí el verano. Como buen artista, no desdeñó aquellas bellezas naturales del abrupto paisaje para sus pinceles.

Pronto departimos sobre arte y literatura. El conocía mi novela "El Triunfo de Amalia". Yo tenía noticia de alguno de sus cuadros.

—Y ¿qué se hicieron, señora—me decía una tarde—, de los trajes de esta región? No los he visto y creí encontrarlos aquí.

—¿Qué se hicieron de las barretinas de Cataluña, la boina y ancha ropa de pana de los guipuzcoanos, la montera de terciopelo de los murcianos, los zaragüelles

del valenciano, la vestimenta correcta del asturiano y el maragato con su traje del siglo XV? ¿Dónde aquéllos indumentos góticos, romanos, árabes, célticos de los cuales apenas se ven reminiscencias?

—¡Ya! Pregunta usted por la faja baturra, las medias labradas de lana azulada o blanquecina, los calzones cortos de pana, el chaleco, la chaquetita corta, el pañuelo atado a la cabeza...

—Sí. Y por aquellos sombreros anchos y aquellas capas largas de paño pardo.

—Eso, eso precisamente. Todo ello existe aquí. Yo lo he visto. He visto hasta hacer a las mujeres esas medias que usted dice de lana de sus propios corderos, esa calceta con rayas y dibujos complicados y caprichosos, esos escarpines que no tenían pie, sino una trabilla debajo, porque el pie lo cubrían los calcetines que llamaban *piales*. Y hasta vi hilar en la rueca estas lanas y cardarlas y trabajarlas a los propios *pelaires*, oficio ya extinguido por las máquinas, pues todo esto lo ví siendo niña.

Aún veo en la Iglesia arrodillados en la grada del altar mayor toda la línea de hombres en día de fiesta con las *hachas* encendidas

luciendo sus piernas con estas medias y las alpargatas *miñoneras* de cáñamo con anchas cintas negras pasadas al estilo clásico acompañando al traje baturro. Veremos en el día de la Virgen o en las fiestas si aparecen algunos con esos trajes, pues los hay, los llevan todavía aunque el pantalón de pana y la blusa los han sustituido.

—Estarán en las arcas—me replicó con cierta desconfianza el pintor—. Yo no los he visto todavía, y tanto como lo deseo.

—Las capas largas y sombreros negros que usted dice, ya no suelen verse más que en algún entierro a los del duelo y en procesiones. Antiguamente la llevaban hasta para un baile llamado el *reinao* que sólo se baila una vez al año por los mayores el día de la fiesta de San Bartolomé.

—Este paisaje ¿le gusta? Yo le encuentro una extraña poesía.

—Sí, muchísima poesía. Por lo grandioso y abismático. Por doquiera que se sale de excursión hay precipios que atraen, montañas que anonadan y un color tan lindo de ambiente, unas luces tan singulares que la retina se educa de un modo especial en él y se recrea.

MELCHORA HERRERO



Distinguidas y bellas señoritas que tomaron parte en una fiesta artísticomusical en Santa Cruz de Tenerife, recientemente

Una de las figuras de mayor relieve periodístico en España es, actualmente, el director del diario madrileño "La Voz", D. Enrique Fajardo, conocido de todo el público español por el seudónimo, que ha hecho popular, de "Fabián Vidal".

Todas las vidas de periodistas tienen un aspecto común: la lucha. Pocas sin embargo, alcanzan lo que puede considerarse como meta, como objetivo de esa lucha: el éxito. "Fabián Vidal" es uno de los pocos que lo han logrado y solamente con unos años, pocos, de lucha y que si bien fueron años de ardua labor y de vencer dificultades enormes, puede muy bien considerarlos fecundos, perseverantes. de recia labor acusadora de un temperamento de escritor que, supo plasmar el momento, la actualidad en maravillosas crónicas y en calificada labor literaria que le llevaron a ocupar puesto preeminente en el periodismo, galardón codiciado a su esfuerzo de luchador.

La tierra granadina, solar de ensueño y de leyenda, forjó el alma y cultivó el espíritu del escritor. De humilde condición, sin medios materiales para adentrarse en el medio ambiente que requería su espíritu, dedicó las horas libres que el esfuerzo del diario vivir le consentían, para elevarse sobre su condición social y cultural, labrándose a fuerza de fuerzas, una cultura que poco a poco se abrió un horizonte.

Decidido a luchar en el campo de la literatura, comenzó con trabajos en periódicos modestos, se acercó al teatro con intentos limpios y honrados, dió los primeros pasos con la misma inseguridad que todos y los mismos tropezones. Un día, decidido, abandonó la tierra granadina que le vió nacer y sin otros medios que sus deseos y su afición, ni otro bagaje que la cultura, vino a Madrid decidido a abrirse camino.

La guerra, que tantas fortunas creó, hizo la fortuna de "Fabián Vidal". Las crónicas sobre la guerra, que todos recordamos, le dieron la popularidad, base de su éxito, del éxito que hoy goza. Las crónicas de la guerra de la "Correspondencia de España" fueron comentadísimas. La competencia que demostraba su autor hizo pensar que se trataba de un militar de positivo valor, de un estratega considerable y, desconocido como era

No deje usted de
comprar la obra
cumbre del hu-
morismo espa-
ñol, titulada

PIRULIS

DE LA

HABANA

(Lectura para
analfabetos)

por

**ENRIQUE JAR-
DIEL PONCELA**

Libro excepcio-
nal en cuyas pá-
ginas hay un de-
rroche de gracia
y buen humor

2 ptas. ejemplar

A nuestros sus-
criptores se le re-
mite certificado
franco de porte

aquel seudónimo de "Fabián Vidal", dió lugar a toda clase de suposiciones a cual más fantásticas. Por fin se supo un día que "Fabián Vidal" era sólo periodista.

Pero un periodista con recio temperamento de escritor, con sólida cultura que había sabido adentrarse en la actualidad, en la sensibilidad del público con exquisitas y cultas creaciones literarias que reflejaba el ambiente, la ansiedad y los sucesos de la cruenta contienda europea.

Y "Fabián Vidal" ya descubierto por el público en su secreto del seudónimo, fué Enrique Fajardo.

Un éxito no es nada cuando el éxito es hijo de la casualidad. Pasa el momento y pasa el éxito y hasta el recuerdo. Pero cuando detrás hay la base que sirvió para el acierto, el éxito se repite cuantas veces sea preciso y sólo haga falta poner a contribución lo que se lleva dentro.

De "La Correspondencia de España" "Fabián Vidal" pasó a ser redactor jefe de "El Sol", al fundarse este diario, y luego, al nacer la idea de darle una edición nocturna, que condensó en el nuevo periódico "La Voz", Fajardo se encargó de la dirección, con todo derecho por sus méritos de periodista.

No vamos a descubrir su labor. Diarios de todas las provincias, revistas de todas las clases, reproducen constantemente en sus primeras páginas los trabajos de "Fabián Vidal". El asunto de actualidad, ya sea nacional o extranjero, encuentra el comentario adecuado en la pluma ágil y valiente de este periodista.

En nuestro retablo literario, "Fabián Vidal" resaltaba con personalidad propia, entre las figuras de forjadores del pensamiento.

Triunfó plenamente, en plena juventud, con optimismo de su valía, de su temperamento de escritor, que le impulsó a la lucha que demandaban sus ideales periodísticos, en cuyo campo consiguió el título de maestro.

Venció terminantemente, como pocos. Razón de más para que hoy se le reconozcan los méritos que tiene y para que, con un comentario de admiración al periodista que supo vencer, se le demuestre que entre los compañeros de oficio tiene la estimación y el aprecio que se merece.

ANTONIO VALERO DE BERNABE

**La Gran Guerra,
:-: en el cine :-:**

La batalla de Loos

Es esta la última filmación guerrera llevada a cabo por los ingleses. Los panoramas de la zona en donde tuvo lugar la batalla de Loos han sido fielmente reproducidos en ambiente y técnica, ajustándose con toda exactitud a los datos históricos. El Estado inglés para llevar a cabo



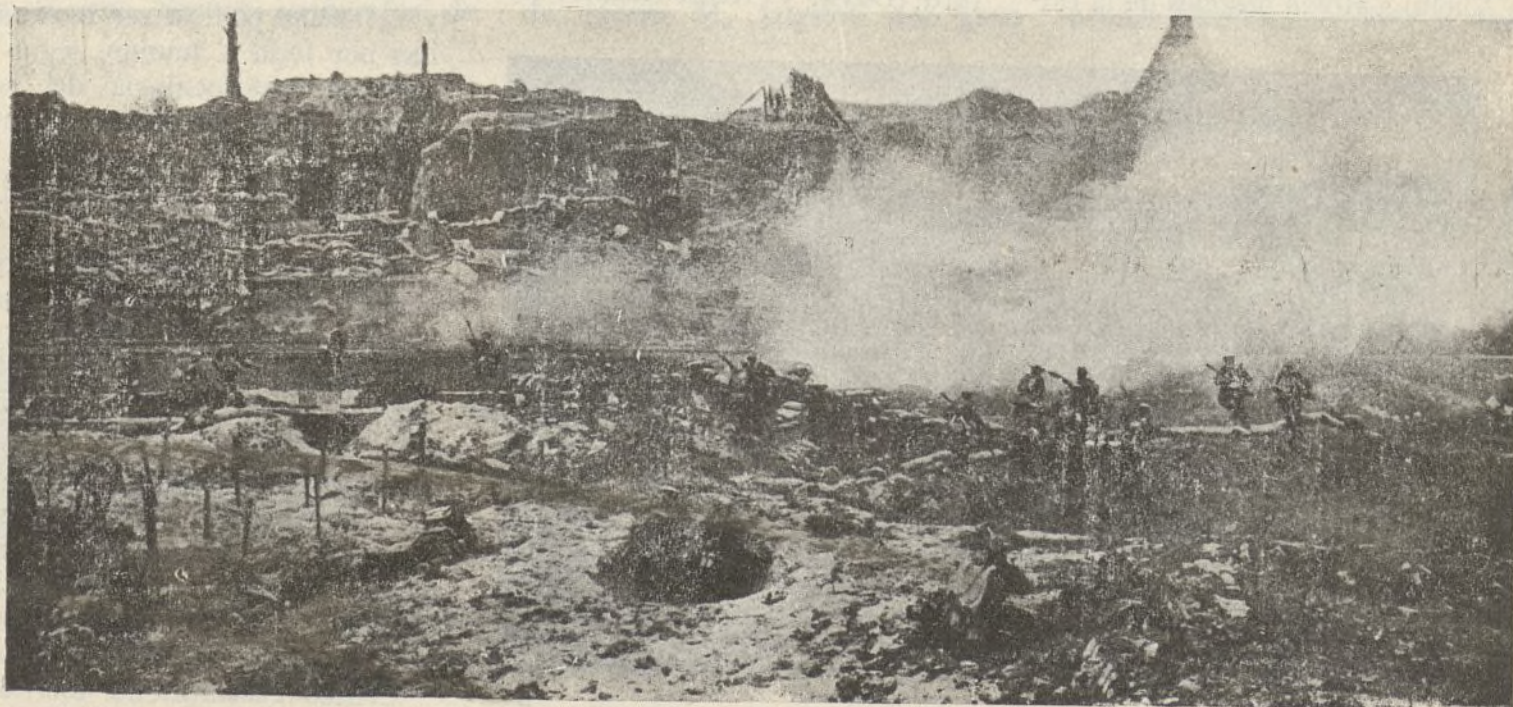
La película impresionada en Essex (Inglaterra), y en la que se utilizaron auténticos cañones cedidos por el Ministerio de la Guerra, entre los que se encuentran algunos usados en la batalla de Loos.



Un momento de la batalla en que se reproduce la acción de poner en salvo la artillería ligera bajo la protección de los cañones pesados.

la realización de esta cinta prestó su concurso, con material de guerra y tropas que fueron dirigidas por autoridades militares.

La epopeya de la gran guerra ha sido fielmente reflejada en este *film* que tiene el valor real y documental de la célebre batalla. La escena de una época trágica se reproduce magistralmente en su ambiente y belleza, dando motivo para que los críticos la juzguen como un documento militar de aquel episodio guerrero. Tan bien han sabido ajustarse en los más nimios detalles, que según autorizadas opiniones, más que una película de ficción parece una cinta tomada en la realidad de los episodios guerreros de aquella acción militar en la gran guerra.



Momento en que se simula el asalto de las tropas británicas a la colina de Loos.

Del capítulo :—: :—:
:—: de curiosidades

Un museo napoleónico en Roma

Hoy, que por efecto de las costumbres esencialmente prácticas, por lo menos a primera vista, los antiguos salones, base de tertulias indudablemente gratas, van desapareciendo, los que restan son más apreciados.

Por esta razón, la muerte del conde J. Primoli, acaecida en Italia el verano último, produjo mayor sentimiento del natural.

Trátase de un descendiente de Napoleón, en cuya casa lo más escogido de la intelectualidad romana se reunía con frecuencia en demanda de solaz espiritual del que producen cuando de acuerdo marchan, el culto a la tradición de lo que fué y los anhelos del progresar.

De familia romana oriundo, el aludido conde tuvo por madre a una princesa de la casa Bonaparte, que le condujo cuando aun era muy joven a París, en cuya población vivió largo tiempo, en la intimidad de la princesa Matilde y de la Emperatriz Eugenia.

Dichas señoras, que le tuvieron gran afecto, advertidas de las aficiones y disposiciones que para la literatura mostraba su joven huésped, le fueron poniendo en contacto con Taisse, Merimée, Flaubert, los Goucourt y Teófilo Gautier, que llegó a ser para él un entrañable compañero y consejero.

Vuelto a Roma después de la caí-

da del Segundo imperio, encontró la mejor acogida entre la aristocracia de la ciudad eterna, y la reina Margarita de Saboya le admitió afectuosa en sus salones.

Primoli, no por eso dejó las relaciones con París, en cuya ciudad pasó siempre los veranos, colaborando frecuentemente en la Revista de ambos mundos y la de París; los salones de su palacio en Roma llegaron a ser un verdadero centro literario que los escritores, los poetas y los artistas todos de Francia e Italia se complacían en frecuentar.

Edificado en el centro de Roma, cerca del Tíber, junto a la famosa hospedería del Oso, en la que estuvieron Rabelais y Montaigne y, según algunos, también el Dante, la morada del conde Primoli, en sí, nada tenía de notable, a no ser por los tesoros de gran valor en ella reunidos.

Utilizando sus numerosas y escogidas relaciones, a impulsos de su cultura intensa y con las facilidades que da una gran fortuna, había llegado Primoli a reunir una colección considerable de recuerdos de la familia Bonaparte, consistentes en documentos y objetos que son testigos elocuentes de sus glorias y sus desdichas.

Hay allí retratos de toda la familia imperial, firmados por Gerard, David y Wintershalter, her-

mosos cuadros de Ingres, Gérôme y Giraud; bustos de Canova y Hondon, y miniaturas de Isabey.

Figura también en el museo el acta de matrimonio entre Napoleón y María Luisa, firmada por todos los miembros de la familia, entre los libros que en Santa Elena dulcificaron los pesares del caudillo de imperecedora memoria.

Hay muebles del primero y segundo Imperio, que justamente pueden llamarse históricos, procedentes de las habitaciones del palacio de las Tullerías, entre los que la Emperatriz Eugenia regaló a su sobrino.

Cuidadosamente colocado, puede admirarse el famoso tapiz con las armas imperiales, destinado a figurar en la sala del trono del Quirinal el día en que Napoleón hubiese entrado en Roma como "rey bien amado".

Abundan también los papeles de valor histórico; cartas de Napoleón y de sus hermanos; la correspondencia de M. Mére; manuscritos de escritores célebres; álbums que fueron de jóvenes princesas y grabados en gran cantidad.

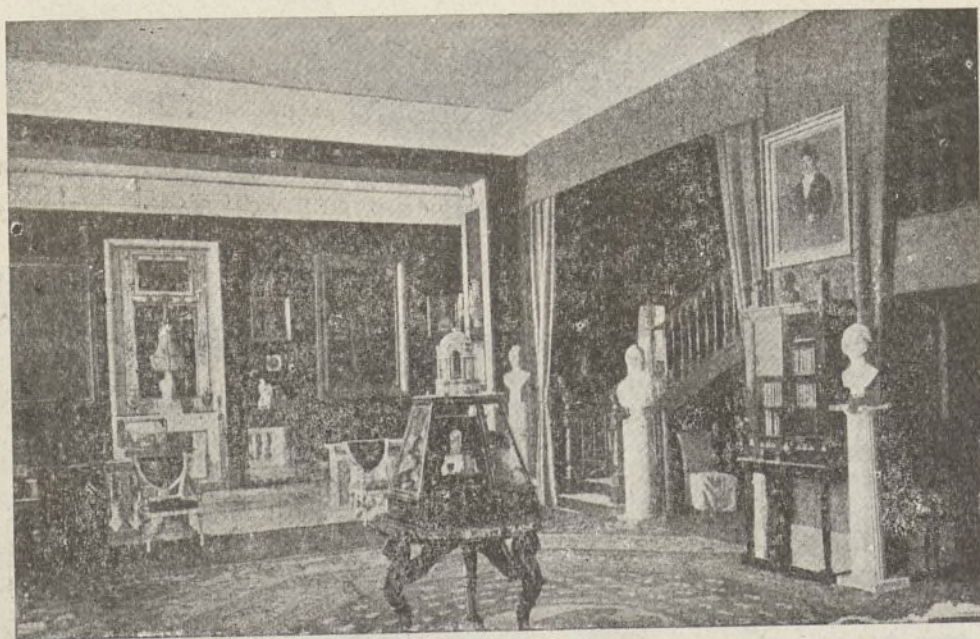
Los menudos objetos abundan considerablemente: allí se encuentran la tabaquera que Luis XVIII abandonó cuando Napoleón volvió de la isla de Elba; la bombonera de Paulina y el neceser de Zenaida.

Todas estas riquezas históricas y artísticas podrán ser contempladas por todo el mundo, según disposición testamentaria del conde Primoli, en la que ordena que cuanto acumuló sea la base de un Museo Napoleónico que regirá el gobernador de Roma.

El difunto generoso, a quien siempre ocupó mucho la tarea de recibir cartas y contestarlas, no pudo dedicar el tiempo a clasificar, ordenar y colocar debidamente todos los objetos.

Esta tarea ha sido impuesta por el príncipe Spada Potenziani, gobernador de Roma, a M. Angeli, unido al testador por una amistad de más de treinta años; la designación no pudo ser más acertada.

Crítico ilustradísimo, escritor de gran talento y muy conocido en la



Aspecto del salón principal del Museo Napoleónico, en Roma

sociedad aristocrática romana, Diego Angeli, frecuentaba casi a diario los salones del conde y nadie como él conocía sus proyectos y deseos.

El conocido crítico de arte se puso al trabajo con tal fe y entusiasmo, que el día del aniversario de la marcha fascista sobre Roma, uno de los actos de celebración del hecho histórico consistió en inaugurar el Museo Napoleónico de Roma.

—Yo me he propuesto—decía aquel día a sus visitantes—convertir esta casa en un lugar de reunión y estudio, en el que italianos y franceses se encuentren como en su casa y sientan placer en encontrarse para aprender a conocerse bien.

“Este fué un fin perseguido constantemente por el conde; buena prueba de ello fué su fundación para que tres estudiantes franceses viniesen a estudiar a Roma y tres italianos lo hicieran en París.

“No puede olvidarse tampoco que en esta casa tiene su alojamiento la embajada de Francia junto a la Santa Sede.”

Las salas, mejor dicho, salones, ricamente amueblados y tapizados, tienen tal magnificencia que sería pobre aplicarles un calificativo distinto al de museo.

La primera pieza está dedicada exclusivamente al primer Imperio y a los hermanos de Napoleón; otra inmediata ofrece a la vista objetos del segundo Imperio y de la rama romana de la familia Bonaparte.

Sigue después la sala de estudio, en la que figuran autógrafos de



Palacio del Conde Primoli, descendiente de Napoleón, donde está instalado el Museo

los escritores franceses e italianos que conocieron a Bonaparte; se pasa luego a las salas de trajes y grabados y termina la excursión artístico-histórica en la biblioteca.

—Razones históricas y sentimentales—dice con frecuencia el ilustrado conservador—me impulsan a dar la mayor importancia posible a cuanto se refiere al Segundo imperio, al período de 183 a 1860. Napoleón III merece ser glorificado en Italia, porque es mucho lo que esta nación le debe y resulta justo recordarlo.

Cuando el museo pueda ocupar las habitaciones que hoy ocupa la Embajada francesa de la Santa Sede, piensa M. Angeloti dar gran

desarrollo a cuanto se refiera a los que fueron colaboradores de Napoleón, ministros y mariscales.

Toda una sala se consagrará a los recuerdos de la Roma de Napoleón. El famoso álbum de dibujos al lápiz de Wicar, figurará en lugar preferente junto a las colecciones de grabados y estampas de la época.

Respetando escrupulosamente el orden cronológico y disponiendo documentos y objetos con un depurado gusto artístico, M. Angeli hará del Museo Napoleónico uno de los lugares más instructivos y atractivos que Roma ofrezca a sus visitantes, y que los franceses, en primer término, acudirán a visitar.



La historia del alfiler

¿Quién inventó el alfiler? ¿Cuándo? ¿Cómo?

Aunque la historia no lo diga y la afirmación pudiera parecer exagerada, podemos decir que la invención se debe a la primera mujer.

La primera mujer, que por pudor (virtud esencial en ellas, que con ellas nació), puso sobre su cuerpo el tejido de hojas de árbol que cubriera su desnudez, fué la inventora de ese insignificante, pero importantísimo objeto, imprescindible en toda "toilette".

No era, ciertamente, el alfiler que hoy conocemos, blanco, negro o dorado, pulido y perfecto, que sirve la mecánica moderna; pero sí hacía las mismas funciones.

El alfiler primero, como el primer vestido de la primera mujer, procedía de los árboles. Fué una espina. Una espina de esas que hoy, en el campo, rasgan las carnes de los muchachos traviesos y los vestidos de las mujeres poco prevenidas.

Algo grueso, excesivamente quebradizo, pero elegante con su tonalidad verdosa y, sobre todo, eficaz y único, fué el alfiler primitivo. Con él sujetaron sus adornos las primeras mujeres. Pero al evolucionar la moda por necesidades y ventajas de los tiempos, de la misma manera que se substituyó el traje de hojas por el de las pieles, sin curtir, de los animales muertos por los hombres, se substituyeron los alfileres vegetales por otros más finos, más resistentes y hasta más elegantes. Las espinas de los pescados. Era una lógica evolución y, como todo progreso, una mejora.

Pero el espíritu del hombre y, ante todo, el de la mujer, cuando se trata de modas—insaciable siempre—, inventó pronto el alfiler de hueso, alfiler hecho con astillas de huesos que, sin pulir primero, y pulidos después, desterraron a las espinas de pescado. Y estos alfileres, cada vez más perfectos, han llegado hasta nosotros a través de los tiempos y a pesar de todos los progresos de la mecánica, que no ha podido desterrarlos totalmente, aunque no como tales alfileres, sino como una derivación de ellos. Porque una derivación de los alfileres de hueso primitivos son esos gan-

chillos de bordar, esas agujas de hacer toquillas que vemos en manos de nuestras abuelas, y hasta esos alfilerones que adornan el cabello de las mujeres chinas y japonesas.

Pero aunque han llegado hasta el día, los alfileres de hueso fueron desterrados en el uso corriente, por los de metal.

Al triunfar el metal, la moda se aprovechó de sus ventajas. Se puede decir que Túbal, el primer fundidor de metales, fué el primer fabricante de alfileres.

Hasta en aquellos pueblos prehistóricos que no han dejado ninguna huella de progreso en otros aspectos de la vida, se han desenterrado alfileres.

Como en las tumbas de los Incas y en las vestiduras de las momias egipcias, se han encontrado alfileres en las excavaciones hechas en las calas de tierra del período prediluviano...

En el inventario del Templo de Salomón, se habla del dinero invertido en alfileres. Y parece que lo mismo entonces que ahora, se consumían cantidades fantásticas de estos sucesores de la espina vegetal.

Es un hecho inexplicable, porque los alfileres ni se comen ni se evaporan, pero ciertísimo, que se fabrican por millones y desaparecen en la misma proporción.

¿Dónde van? ¿Qué es de ellos? Nadie lo sabe. Todas las semanas, desde hace muchos años, muchísimos, se fabrican millones y millones y se consumen todos, todos son precisos.

Afortunadamente, el papel de alfileres que hace un siglo costaba cinco pesetas, hoy no vale arriba de cinco céntimos. Por eso la pérdida individual no es muy sensible, excepto para esos seres "generosos" de los que todos hemos oído hablar, que señalan a su esposa una cantidad mensual verdaderamente fantástica "para alfileres", y para esos otros futuros maridos que tienen la genialidad de entregar a su novia, como ofrenda de boda y para "alfileres", unos miles de duros. Pero como todos no podemos hacer esos regalos la pérdida individual, repetimos, no es muy grande. En cambio la de la colectividad es de miles y millones de pesetas.

Claro que ya no se emplean casi con exclusividad en la "toilette" femenina. Ahora consumen alfileres las industrias de los tejidos, cintas, bordados, encajes, y las modistas, los sastres, las camiseras, etc., en sus oficios.

Hace algunos años se hizo una estadística de la producción de alfileres, y resultó que a cada habitante del planeta, hombre, mujer o niña, le correspondían 108 alfileres anualmente.

Con arreglo a esta estadística Asia gastaba, por año, noventa y tres mil cuatrocientos millones; Africa, quince mil seiscientos millones; América, diez y seis mil doscientos millones; Europa, cuarenta y tres mil doscientos millones, y Oceanía, ochocientos millones.

Como se comprenderá fácilmente, la proporción real no es exacta, pues América y Europa consumen la mayor parte de la cantidad que corresponde al resto del mundo.

Sólo los empleados del Gobierno de los Estados Unidos gastan anualmente ciento setenta millones de alfileres.

Y no contamos los que se pueden emplear en Bancos, oficinas y dependencias particulares.

¿Para qué, si bastan las mujeres para consumir todos los millones que se producen?...

MELCHORA HERRERO EL TRIUNFO DE AMALIA

NOVELA

de gran interés para la
— mujer —

En toda biblioteca femenina no deben faltar las obras de Melchora Herrero

Son los mejores libros
HERNANDO
y principales librerías

Bastían es hombre de suerte

Sebastián, mientras estuvo por allá, por los campamentos de la tierra en que, según dicen, tenemos que sembrar muchas cosas, regándolas con algo que más que el agua vale, pensó muchas veces en la Toribia y en su hermana Tanasia.

No es que fuese él como aquel señor Tenorio que por docenas las contaba, no; ¡qué había de ser! Siempre le pareció que, para festejar, tres o cuatro, aún, pero pa el casorio, una era demasiao; pero como no se podía coger un pedazo, no había otro remedio qu'arramplar con todo y d'una asentá.

Si pensaba en las dos a una misma vez, era porque las cosas que a él le pasaban no le pasaban a naide, ¡reconcho!

Desde mocete, encantao de lo buenecica que era la Toribia, la más pequeña de las hermanas, le encandilaban, sin embargo, los encantos de la Tanasia, que, como era natural, fué mujer hecha y derecha antes que su hermana.

Entre las dudas y vacilaciones que la doble admiración le produjo fué pasando los años, sin hacer otra cosa que ofrecer a las dos hermanas las primeras frutas de su huerto y las flores más bonitas de las que su madre criaba en unos tiestos.

La obsesión llegó a tal extremo, que cuando se presentaba algún pretendiente a cualquiera de las dos, Sebastián se creía con derecho a refunfuñar por lo menos, claro que en su interior, pues de conocerse lo que le pasaba, hubiera sido el hazmerreír del pueblo entero.

La casualidad hizo que a las chicas no les petara ninguno de los moscones, y Sebastián seguía tan contento, si bien algunas noches tardó en dormirse pensando en que aquello no podía durar siempre y era preciso tirar por un camino, por el que fuere, pero por uno solo.

Cuando tal idea acudía a su cerebro pasaba el pobre hasta sofocones, guapa, muy reguapa era la Tanasia que no tenía nada de mala; pero la Toribia, también guapísima, era tan melosica...

Ante la indecisión que sentía pensaba con frecuencia que fuesen ellas quienes resolvieran; claro que sin decirles él que las quería a las dos; eso

habría sido una barbaridad que no hacía falta hacer.

Creyó fácil, con un poco de malicia, ver cuál acogía sus obsequios con más agrado; prodigando aquéllos caminaría sobre seguro.

Tomada la decisión en sí, comenzó Bastián a envolverlas materialmente en afectuosidades y cosas de esas que las mujeres, por tontas que sean, entienden muy bien.

A pesar de ello, nada conseguía que resolviera; causa de ello le pareció el que siempre que se encontraba con una estaba delante la otra, y, como



era natural, la que fuera tenía reparo en demostrarlo.

Creyó salvar el inconveniente arreglándose para verlas de una en una; no le fué difícil, pues a la fuente, a lavar y a otros menesteres no siempre iban juntas las dos hermanas.

Como si no: siempre, después de camelar a una, le quedaban dudas sobre lo que se le ocurriría al ver a la otra; efecto de ello, sus manifestaciones eran tímidas, vacilantes, como por compromiso, y hacían imposible que ninguna de las mañitas le hiciera el más insignificante envite.

En tal indecisión le sorprendió su ineludible ingreso en el ejército y la subsiguiente marcha al país en que son más los desiertos que los poblados.

Próxima la época en que había de volver al solar de sus mayores, acometióle de nuevo la pesadilla amorosa, con las mismas dudas e indecisiones que antes; ni siquiera una vez consiguió recordar sólo a una de las hermanas.

Lo que en las filas se avisgó le hizo pensar en un sucedido de cuando era chico que le hubo de producir el calificativo de tonto, unánimemente otorgado por sus nueve hermanos.

Había en la casa un cerezo muy viejo, que por ello era poco el fruto que daba. El padre, desde que la cosecha comenzó a menguar, señaló a cada hijo una rama, asignando al dueño de cada una todas las cerezas que diese.

Con el donativo despertó en los chicos un sentimiento de emulación, que se traducía en cuidados al anciano árbol y en que, pensando en él, respetaban, relativamente, las demás cerezas de la huerta.

Bastián jamás consiguió probar una de aquéllas. Dándoselas de sibarita, apuraba el dejarlas madurar, y cuando sus hermanos le hablaban de que se las comerían los pájaros, contestaba que entonces es cuando estarían dulcecicas.

A pesar de que todos los años, en un día determinado, al bajar al huerto, encontraba su rama limpia de fruta, no escarmentó, limitándose a comentar el que el demonio de los pájaros se comiesen hasta los huesos. "¡Serán ansiosos!", decía, y se quedaba tan tranquilo.

Cuando fué un hecho lo de la licencia, empezó a pensar frecuentemente en la aventura de las cerezas. "Tendría gracia—pensó un día—que lo mismo que los pájaros me quitaban las cerezas, hubiéramos ahora pajarracos que me quitaran aquellos cachos de gloria...; no, no es tan fácil comese una mujer, y menos aun dos"; y con tal razonamiento quedóse tranquilo.

Llegó el día de la marcha; contento y satisfecho, dijo adiós a sus camaradas, y ante la perspectiva duizosa de su llegada al pueblo, tuvo aguante hasta para despedirse del sargento Rempérez, que le había dao disgustos a razón de tres o cuatro al día.

Durante el viaje se fué recreando en lo melosicas que se pondrían la Toribia y la Tanasia al verle licenciado, más hombre que se fué y dispuesto a dejar que el mosén les dijese sólo lo que quisiera.

Al llegar a este punto, "¡Hay que parar el macho!—se decía—; con lo mirao que es el señor cura, va a querer icirme esas cosas sólo con una de



las hermanas y le tendré que icir con cuál."

La dificultad se le amojaba enorme; seguía sin que se le ocurriese un medio de fijar cuál le gustaba o a cuál quería, pues, en realidad, no siendo con las dos, se conformaba con cualquiera de ellas.

A fuerza de cavilar, acordó consigo mismo que fuese la Providencia, la casualidad u otro agente por el estilo quien resolviera el conflicto.

Tranquilizado por tan cómoda decisión, siguió el viaje, y después de parar unas horas en Zaragoza, donde compró algunas chucherías, todas repetidas, para que no hubiese dimes ni diretes, encaminóse al pueblo un pie tras otro.

Llegó al soto que separaba el pueblo del río a la hora en que las muchachas solían ir en busca de agua a la fuente que en el interior de aquél había.

Seguro de que acudiría a tal quehacer alguna de sus amigas, o quizá las dos, como lo mismo le daba llegar

al pueblo una hora antes o después, enderezó sus pasos hacia la fuente, con la esperanza de que junto a ella se resolvieran de una vez sus dudas y vacilaciones.

No le engañó el presentimiento: en el mismo instante en que comenzara a oír el caer del agua del caño sobre la del brocal, a pocos pasos de éste, distinguió la silueta de una maña marchosa que con un cántaro a la cadera parecía ir repartiendo donaire y sal.

No dudó que fuera ella, pero en seguida vióse envuelto en las indecisiones de siempre: ¿cuál de las dos hermanas era ella? Por más que pensó no pudo resolver a quién deseaba encontrar.

Ya muy cerca de la mañita, su asombro fué grande al darse cuenta de lo hermosota que estaba; aún fué mayor la sorpresa al advertir que no podía precisar cuál de las dos hermanas era la que tenía delante.

¿Sería posible que de tal modo le hubiese trastornado la vista el sol africano, que tanto curtió su piel?

Acercóse vacilante, pero alegre, ante la idea de que llegaría un momento en el que se acabaran las vacilaciones.

—¿Ya estás de güelta, Bastián? ¡Bien venido que seas!—dijo la muchacha con sentida afectuosidad.

Aquella voz que al licenciado pareció una música muy maja, muchas veces oída, hasta en sueños, tampoco supo decir cuál de las dos hermanitas era: indudablemente su cabeza se había vuído del revés en las tierras de moros.

Sin embargo, tuvo alientos para contestar, subiéndose la faja, como hacen siempre los baturros cuando tienen que decir algo de enjundia.

—¡Bien hallada tú!... es decir; bien, no; más mejor, mucho más.

—¿Tan bien te parezco?—preguntó la maña algo arrebolada por aquella ingenua admiración.

Embobado Bastián no sabía qué decirle; por fin venció la obsesión y preguntó, casi con timidez:

—¿Y tú hermana?

—¿La Toribia? Parejo que yo, de bien.

Fué tan trepidante el suspiro de satisfacción del maño, al enterarse, por fin, de que aquella era la Tana-sia, que éste no pudo menos de sonreír, al tiempo que decía:

—¡Míala! por allí abajico viene.

—Miró Bastián hacia el sitio indicado; al estar muy cerca la que llegaba, volvióse rápido hacia la fuente, como si buscara a su primera interlocutora.

—¿Creíste que mi había marchao?—dijo ésta.

—No; pensé que diste la güelta y venías por ahí, por donde tu hermana ¡rediez! si sois iguales; ¿será que mi he vuelto bizco yo?

Efectivamente; las dos hermanas, que siempre se parecían mucho, siendo esa la causa indudable de que a Sebastián le gustaran ambas, al desarrollarse y convertirse en mujeres, acentuóse el parecido que ellas hacían aún mayor vistiendo zagaiejos y pañuelicos de los mismos colores.

Llevando en medio a Bastián, encamináronse las mañas hacia el pueblo: aquél, de vez en vez se paraba y mirando a una y otra, pensaba con amargura en que era su sino que no supiese nunca cuál de las dos era la que le gustaba.

Aíguna vez acudió a su cerebro la idea de que con que dejase de gustarle una también se arreglaría el asunto.

Como todo llega en este mundo y puede que en otro también, sobrevino el instante de que Bastián saliera para siempre de dudas. Una de las chicas, no supo pensar cuál, dijo sonriente y gozosa.

—Has venío muy a tiempo, maño.

—¿A tiempo de qué?

—De ver nuestro casorio.

—¿Sus casáis?—preguntó ansioso el recién llegado esperando una solución.

—Esta—dijo la que hablara—con

Toñico, el hijo de la señá Doloricas; yo, con su hermano Colás.. y como el jolgorio es el domingo, pues ir pensando en el regalo, porque te convidamos; pa eso fuimos amiguicos den de chiquitucas ¿te parece mal?

—No, mujer, no—dijo Bastián a... la que fuera y mirando a la otra.

Y como en aquel momento llegasen a las eras, iniciando las dos hermanas el dirigirse a su casa, se despidieron, quedando el atortolado maño junto a un poyo mientras ellas desaparecían de su vista.

Cuando tal sucedió, volviendo a levantarse la faja, dijo, como si hablase con alguien, y en el tono de quien resolvió un conflicto:

—¿Qué suerte tienes Bastián!; mia que casase con una y no saber si estás con ella u con la otra... tendré que convidar a Colás y a Toñico... ¡de menudo lío mi han sacao!

Y así salió de dudas el ingenuo baturro, casi desde chiquitín enamorado de las dos hermanas.

FERNANDO DE ALTOLAGUIRRE

LOS RESTOS DE VOLTAIRE

En el vecino país francés, el descubrimiento en el castillo de Scellières, levantado en el sitio en que estuvo la abadía del mismo nombre, de un esqueleto misterioso, envuelto en cal. ha hecho pensar a muchos que podría ser el del famoso y cínico escritor, preguntándose los cronistas, con motivo del hallazgo, si los restos aludidos son los que se guardan en el Panthéon.

La duda ha puesto de actualidad el decreto del Gobierno francés de 1897 ordenando que fuesen abiertos los sarcófagos de Voltaire y Rousseau, y verificada la identidad de los restos por una Comisión que presidió el senador M. Hamel, y de la que formaba parte el gran químico Berthelot.

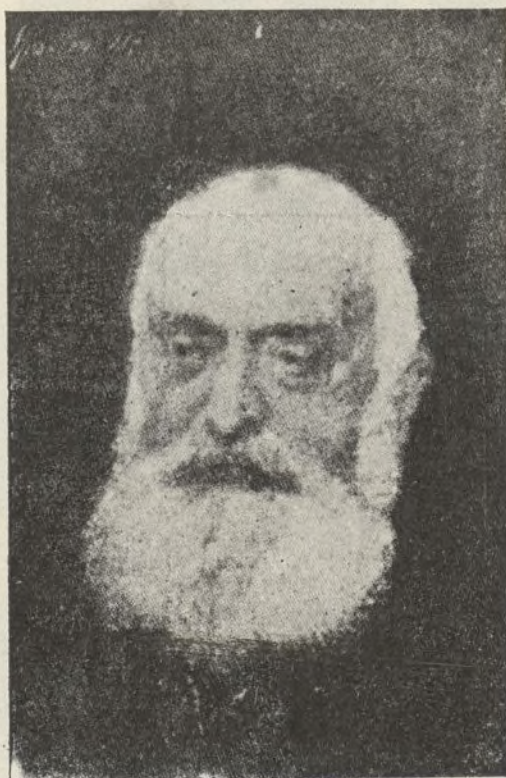
Con los naturales cuidados fueron puestos al descubierto los restos de Voltaire, por completo disgregados. M. Berger, diputado por el departamento del Sena, tomó de manos de Berthelot el cráneo del gran escritor, pudiendo todos admirar gran semejanza entre aquél y el busto en mármol de Hondou que existe en el foyer de la Comedia francesa.

El hecho produjo gran emoción en todos; asistían a una verdadera resurrección; Hamel dijo: "Señores, estamos en presencia de los restos de Voltaire; la duda no es posible."

De igual manera fué abierto el sarcófago de Rousseau, cuyo esqueleto apareció perfectamente conservado, con los brazos sobre el pecho y la cabeza inclinada a la izquierda; una tela, no destruída aún, cubría los despojos mortales del filósofo.

Berthelot tomó en sus manos el

cráneo, dividido por la autopsia en dos partes, al igual que el de Voltaire; después de examinarlo hizo notar que no se notaba en él ninguna perforación, huella de bala, ni fractura alguna, lo que des-



truyó la leyenda según la que Rousseau murió suicidado por un tiro.

Al igual que se comprobó la autenticidad del cráneo de Voltaire con el busto de Hondou, pudo hacerse con el de Rousseau y la mascarilla tomada por el mismo escultor, pocas horas después de la muerte de aquél.

El cadáver, completamente descarnado y momificado, que apareció a las miradas de todos, era un Voltaire perfectamente reconocible por su parecido a los innumerables retratos que por entonces había del escritor filósofo.

Los restos permanecieron más de una hora descubierto, y fueron contemplados por el pueblo todo, sin que nadie dudara de la autenticidad.

La verificación se hizo también entonces acerca del cerebro de Voltaire, que después de distintas posesiones, fué donado por M. Monard al Teatro de la Comedia francesa, que lo guarda en la actualidad.

A causa del mal empleo de una palabra hubo sus dudas: en uno de los certificados justificativos se empleaba la palabra *cervelet*, que significa cerebelo, parte posterior del cerebro, siendo su empleo equivocado, según demostró el Dr. Variot, alegando que se dió tal nombre a lo conservado por su pequeño tamaño.

Tal circunstancia, según el técnico nombrado, se debió a la mala conservación en alcohol en el frasco primitivo, y a que, por indicios de gran valor, en 1830 se debió pasar a otro recipiente.

Como una razón más, hay el hecho de que en el Museum, en el pedestal de una estatua de Buffou, hay una plancha de bronce con la inscripción: "Le *cervelet* de Buffou, ofrecido por M^{me}. Buffou, ha sido depositado por ella en este pedestal el 17 de agosto de 1870."

Como se sabe de modo indiscutible que después de la muerte del gran naturalista, fué el *cerveau* y no el *cervelet* lo extraído para conservarlo, no es temerario suponer que en el caso Voltaire ocurrió la misma confusión de palabras.

Sin embargo, a pesar de todo lo expuesto, pregunta un cronista francés: "¿Voltaire está en el Panthéon?"



DE TEATROS

Opera en la Zarzuela

La temporada de ópera se ha ido desenvolviendo con gran lucimiento y acertada interpretación por parte de los cantantes y excelente presentación de las obras. Mucho mejor de lo que se esperaba ha sido el éxito obtenido, en general. La crítica y la afición rutinarias, habían presagiado fieros males y horriblos desastres. La razón suprema que alegaban era que en la lista de cantantes no figuraban "divos". Y la realidad ha demostrado que la ópera se puede pasar muy bien sin ellos y que es posible y hasta nos atrevemos a decir que beneficioso para el arte el prescindir de esos fenómenos y hacer, sin embargo, una noble y elevada labor artística.

Así vimos que obras tan interesantes siempre como "Manon", "Tosca", "Aida", "Lohengrin", "El Barbero de Sevilla" y otras, fueron



Tina Costa, notable contralto que ha actuado en la temporada de ópera en la Zarzuela, brillantemente.



Conchita Supervía, excelente mezzosoprano, que ha confirmado sus anteriores éxitos durante la presente temporada en el teatro de la Zarzuela.

puestas en escena con una admirable y escrupulosa acción de conjunto, que en nada desmereció de temporadas anteriores en que el bombo y platillos con que fueron recibidos algunos artistas, restó interés a los demás y a la total atención de las bellas partituras. Los tenores Juan García Valls, Lampere y D'Alessio; barítonos, Del Chiaro, Fregosi y del Pozo; sopranos, Conchita Supervía, Saú y Spani; contraltos, Tina Costa, desempeñaron a conciencia y con aplauso unánime sus *particellas* y nos dieron versiones muy agradables de las obras. Claro es que ello fué debido muy principalmente a la experta orientación adoptada por el delegado regio D. Antonio Boceta, tan eficazmente auxiliado por la com-

petencia y capacidad probadas en la dirección escénica de Luis París, en la orquestal de los reputados maestros Saco del Valle y Villa.

La resurrección de obras de repertorio que no dejan de ponerse en los demás coliseos del mundo, tan afortunadamente iniciada con la representación de *Mignon* y a la que seguirán *La Italiana en Argel* y *La Cenicienta*, es un motivo más para felicitar a los elementos directivos.

Novedades teatrales

Muchos fueron los estrenos que hubo en los diversos teatros, tanto líricos como de verso; pero, como en el Libro Bíblico se dice, fueron pocos los elegidos. La comedia titulada "Los Mosquitos", en el teatro Lara, de los hermanos Quintero, y la comedia poética "Flores y Blanca Flor", del señor Fernández Ardavín, y pare usted de contar entre las obras que tuvieron algún éxito.

En el Cómico siguen triunfando "Los Lagarteranos" y "Charleston". Por ello, sin duda, no parece tener prisa en renovar el cartel.

En los demás teatros de comedias y de música, salvando el éxito de "La del Soto del Parral", obra que revela en un todo el buen gusto de sus autores y del excelente director de la compañía, Eugenio Casals, después de los ruidosos fracasos del maestro Guerrero, que apenas si se cultiva otra cosa que la chabacanería, la ordinariez y la precocidad con gran descrédito para los autores, para el arte y para el público.

EL DUENDE DE BASTIDORES

Terminadas las medidas, cuatro amigos, marchando, polvorín viejo.

En la noche, asistían al espectáculo en aplicación de la poca edad—y el mayor ejemplo de muchachos.

En el citado espectáculo, compañeros, alegres del espectáculo, hasta y regresaban partidos de pimpasé.

¡Cómo los muchachos! Pimpas del juego, inevitables cosas y siempre peculiar de a éstos acontecimientos de satisfacción de

Y si que rapaces, ya bre de tales respirando a llando sus m niciosas inf bustos en c

¡Con qué qué afán se después de violento! Y ta, la inter en ellos, a para el trab

Entre los duamente das había avanzada, p servado, a habían con lable cuan consecuen

—¡Que la frase co cuestión de Cosme falla la confianza tenían. La me se les ble.

¿A qué y cordial a viejo espec

Don Cos rado de C

Terminadas sus clases y recogidas las meriendas y el balón, los cuatro amigos, como todas las tardes, marcharon a la explanada del polvorín viejo.

Eran los cuatro inseparables; asistían al mismo colegio, rivalizaban en aplicación y, a pesar de su poca edad—el menor de diez años y el mayor de doce—daban ejemplo de muchachos juiciosos.

En el citado lugar, unidos a otros compañeros, pasaban las horas más alegres del día repartiendo el tiempo, hasta ya anochecido, en que regresaban a sus casas, entre los partidos de fútbol, el marro y el pimpasé.

¡Cómo la gozaban aquellos muchachos! Primero con las peripecias del juego, después con los inevitables comentarios de las jugadas y siempre con esa alegría tan peculiar de los pocos años cuando a éstos acompaña la salud y la satisfacción del deber cumplido.

Y sí que tenían salud aquellos rapaces, ya que la diaria costumbre de tales prácticas al aire libre, respirando a pleno pulmón, desarrollando sus músculos y libres de perniciosas influencias, les hacía robustos en cuerpo y en ideas.

¡Con qué apetito comían y con qué afán se entregaban al estudio después de esas horas de ejercicio violento! Y es que, sin darse cuenta, la intensidad del juego creaba en ellos, a su vez, la intensidad para el trabajo.

Entre los "parroquianos" que asiduamente presenciaban sus partidas había un hombre de edad ya avanzada, pero fuerte y bien conservado, a quien los muchachos habían convertido en juez inapelable cuando la disputa surgía a consecuencia de algún caso dudoso.

—¡Que lo diga don Cosme!—era la frase con que terminaba toda cuestión de amor propio... Y don Cosme fallaba sin réplica. Tal era la confianza que en su recto juicio tenían. La presencia de don Cosme se les había hecho indispensable.

¿A qué se debía este respetuoso y cordial afecto de los pequeños al viejo espectador? ¿Quién era éste?

Don Cosme era un coronel retirado de Caballería, muy amante

de la Patria, y por eso mismo entusiasta de la juventud, en la que veía un mañana resplandeciente y espléndido. Y es claro, gozaba hablando a los muchachos; sobre todo para nuestros amiguitos, el momento más grato de la tarde era aquel último cuarto de hora que el coronel les entretenía con sus charlas. Qué bonitos cuentos, qué historias tan interesantes las de aquel viejecito pulcro y varonil, y de qué manera tan brillante, tan intensa, tan dulce les miraba cuando les hablaba de cosas a ellos referentes...

—Vosotros—repetía con frecuencia—, vosotros, niños queridos, que lleváis dentro más cultura y más energías organizadas que nosotros los actuales hombres, seréis los ini-

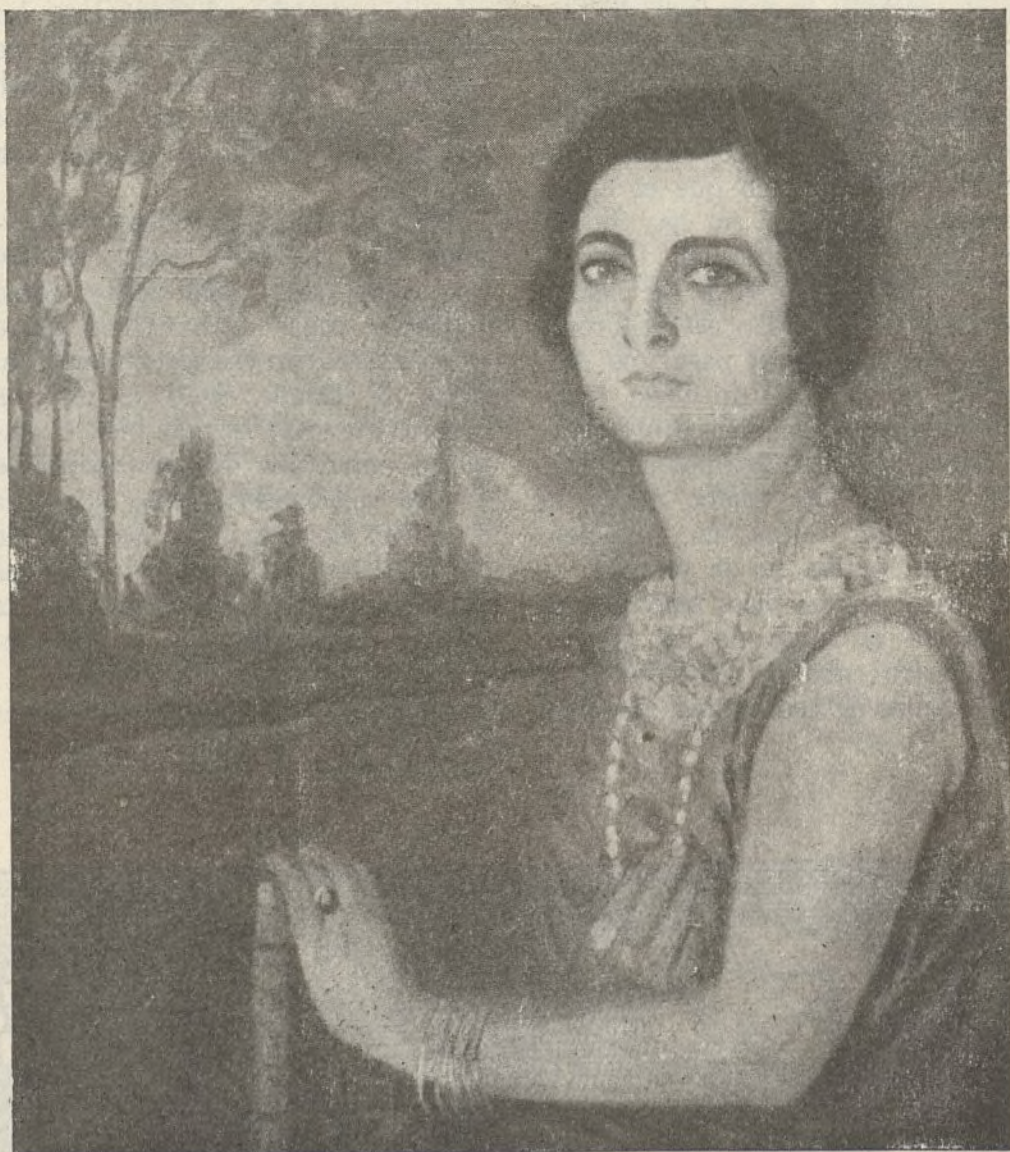
ciadores de un resurgir hispano que borre hasta la sombra de estos días de amarga y cruel decadencia...

Yo no sé si los chicos entendían estas palabras, pero puedo asegurar que impresionados por su aspecto patriarcal, a veces la emoción sentida se manifestaba en forma de furtivas lágrimas.

* * *

Siguiendo la costumbre, aquel día los muchachos, terminado el partido, se acercaron al coronel.

—¡No, no!—exclamó éste—. Estáis sudados y no os permito sentaros. Hay que dejar que los nervios se tranquilicen y la sangre disminuya su ritmo. Diez minutos de marcha a paso lento y os prometo para después enseñaros cómo se



Retrato de la escritora Mlle. Germaine Gentili, original de Francisco Pompey, que figura en la exposición que de sus obras está celebrando en París.

cazan las perdices sin escopeta y sin perro.

No podía haberles propuesto mejor cosa para excitar su curiosidad. ¿Cazar perdices sin perro y sin escopeta? Había que creerlo, ya que lo decía don Cosme, y había que ser obedientes si querían saber la solución del problema.

Sosegados los chicos con la pausada marcha y sentados alrededor del veterano militar, éste les dijo:

—Ya veo en vuestras caras que teméis haya sido una broma mía esa caza singular que os he prometido. Y, sin embargo, nada más cierto ni más vulgar. Las perdices se cazan sencillamente corriendolas a caballo. ¿Que cómo? Pues como os digo: siguiéndolas a caballo hasta cogerlas con la mano. Yo he cogido muchas, sobre todo en mis tiempos de teniente y capitán, cuando mis pocos años me permitían esos alardes de energía y vigor que precisaban ejercicios tan violentos como éste que nos ocupa. Claro que hay que contar con un buen caballo, y claro, también, que encima de este buen caballo debe ir montado un excelente jinete. Quedemos, pues, en eso: en que hemos salido al campo montados en un bravo corcel. Convenido, asimismo, en que es época propicia, porque si no hay perdices mal se pueden cazar. Los trigos se han segado y en los rastros vuelven a anidar esas sabrosas aves. Marchamos al paso, ojo avizor. El sol calienta de firme, pero. ¡qué demonios!, nada nos importa; nosotros lo que buscamos son perdices. Nada, no vemos nada; es preciso tener calma, no impacientarse. La perdiz no se perderá en este caso por el pico, sino por su presencia al ruido de las pisadas de nuestro caballo, remontando el vuelo antes de acercarnos. ¡La véis,

la véis! ¡A la izquierda! No hay tiempo que perder. ¡Al galope y en línea recta hacia donde ella va! Hay que agarrarse al caballo, que en veloz carrera y a nuestro mando, obediente y seguro, salta zanjas y setos, no repara en obstáculos, lo arrolla todo. El caso es ganar terreno al enemigo, ¡pobrecillo enemigo!, que huye, no perderlo de vista y fijarse dónde se posa. Allá lejos, junto a unas amapolas, ¡buena vista!, ha parado. Es preciso seguir galopando sin perder minuto, porque si tardamos daremos tiempo a que la perdiz descanse. Ya estamos cerca; pero ésta, que presiente el peligro, ahueca el ala y nos deja con un palmo de narices. No hay que desesperar. El potro es vigoroso y responde a nuestros deseos acelerando el galope. Esto no es correr, es volar a caballo; pero la perdiz nos ha ganado unos 500 metros. No importa; la hemos visto otra vez posarse y eso es lo esencial...

Y así se continúa esta persecución una y otra vez, hasta que los esfuerzos de la perdiz, rendida, no responden a sus anhelos de libertad. Entonces no queda otra cosa que bajarse del caballo y cogerla con la mano.

¿Verdad que tiene algo de perversa esta caza? Es cierto; es algo inhumano, algo poco noble, como todas las cazas de aves con perro y sin perro, con escopeta y sin ella. Pero, al menos, ésta no es una muerte alevosa; es más bien el pugilato entre dos deseos traducidos en dos velocidades: la de la perdiz y la del hombre, que se vale de su montura, y la victoria sólo es del hombre cuando éste dispone de ciertas cualidades que le dan superioridad sobre su adversario.

Veamos cuáles son estas cualida-

des. Ante todo, necesita ser un excelente jinete que sepa guiar y dominar su caballo, tener buena vista para no perder el rastro y, sobre todo, perseverancia. Sin ésta nada conseguiríamos, aunque la velocidad fuese extremada y la vista la de un lince. No creáis que la perdiz es tonta; sabe que le va la vida y procura salvarla, no se da por vencida hasta el último momento, y vuela, vuela siempre mientras le queda un átomo de energía, ante la esperanza de despistar o aburrir a su perseguidor. Es la lucha entre dos voluntades, y la victoria será del más perseverante. Así es la vida: lucha constante, en que vence el más fuerte.

No lo olvidéis y retened este consejo en vuestra memoria. Si queréis vencer en la vida, igual ahora en vuestros estudios que mañana en los combates sociales; si queréis obtener vuestro ideal, lo que debe ser ideal de vuestra existencia, tened firmeza de voluntad a tal extremo, que ésta ni se tuerza ni se rinda más que con la muerte. Si el jinete, a la tercera o cuarta persecución sin resultado, hubiera dicho: "Dejémoslo para mañana", jamás hubiera cogido la pieza.

Para obtener una cosa, por difícil que parezca, hay que tener espíritu de continuidad, hay que perseguir a la perdiz; es decir, a la idea que pretendemos. Hay que ser constantes. La constancia es una fuerza tan grande, que no hay poder que se la resista. No desmayéis ni menos pretendáis triunfos fáciles, y pensad que el mérito de una obra es tanto mayor cuanto mayores han sido las dificultades para lograrlo.

TEODORO DE IRADIER



Recuerdos de la campaña

XERUTA

Arriba, la noche aguanosa, turbia, apagada.

Abajo, el fango viscoso, sofocando el rumor de los hombres hacinados, hambrientos, inquietos en la hora invernal.

Luce una luciérnaga, luego otra, otra, otra, dorándose la obscuridad de débil resplandor, que revela la amplia vastedad del vivac entre la lluvia...

Desde las moles ingentes, borrosas por la niebla que agrava el paisaje, el enemigo avizorante vigila. Se adivinan sus ojos sombríos, redondos, de buho, ocultos en el nidal de la capucha.

Silba la muerte en el aire extático, haciendo sonar todos sus diapasones.

De pronto, un grito que hiela. Caballos que se encabitan manoteando.

—¿Qué es eso?—interroga cierta voz en la sombra, bajo el chasquido de las "arbaaias".

—¿Muerto? ¿Herido?

Nadie contesta.

Sólo en la distancia repercute, bronco y claro, el eco inacabable que dice:

Pa-cum...

Pa-cum...

HAMARA

Mañana, que es recuelo de la negrura pasada.

Un puente, por cuyos flancos cae el aguacero cantando. Sólo el agua está alegre en este éxodo sin precedentes. Los hombres hace tiempo tienen oxidados los muelles de la risa. La enorme columna camina soñolienta, monótona, terrosa en la tonalidad de sus capotes mantas.

Frente a ella relampaguean lasmente gordo en su hinchazón, yace

baterías. Suenan las explosiones dominando por un instante el clamor del rebaño torpe y cansino.

En la contraluz cenicienta de la madrugada viscosa son más largos y desencajados los rostros.

Alguien comenta:

—Parecemos personapes del Greco. Sólo nos falta perilla y gorguera...

—Y otra cosa—interrumpe un legionario de cejas hirsutas y revuelta pelambre.

—¿Qué?—preguntan varios compañeros, metiendo las cabezas en el grupo momentáneo, donde brillan las borlas de sus gorros, igual que gotas de sangre.

—¡¡Ideal!!

—¡Anda la órdiga!—exclaman todos a coro.

Y uno de ellos, el más leído acaso, agrega en tono zumbón:

—¡Caramba, no sabía yo que también Azorín se replegaba con nosotros!...

ZOCO EL ARBAA

Vasta llanura que se agranda y aplana, para poder ser aún escenario de Sanchos y Quijotes.

Una giba gris, donde flamea un gallardete español, rompe la monotonía. Luego se ve es un tanque de guerra en la plena función de su motor y de sus armas.

Aquí la columna anhelante de horizontes se disloca, se dispersa, como las cuentas de un monstruoso collar, que rodara hacia lo desconocido.

Arrecia el agua, estriando de plata la planicie amarillenta, constelada a trechos por animales derengados y restos de atalajes plomizos.

Cierto mulo negro, fantástica-

muerto, echado sobre el vientre con la boca apoyada en las rodillas. Parece que piensa, mientras se pudre en el hedor insoportable que le circunda.

También va aumentando por momentos la lluvia de balas, cuyas trayectorias semejan ahora, al rasgar el viento, zumbas de abejorros; breves graznidos y siseos siniestros que invitaran a descansar para siempre.

Pero nadie hace caso a la inoportuna oferta, a pesar del terrible cansancio que a todos consume, poniéndoles jadeo en las gargantas y calentura en los ojos, después de cinco meses de encarnizada campaña.

Sólo los muertos, entre el hormigueo humano, marchan indiferentes y tranquilos al fin. Unos en artolas, casi desnudos, sentados violentamente, con la mirada vidriosa perdida en la eternidad. Otros en camillas, rígidos, empalidecidos, luciendo el pobre calzado de cáñamo, roto y maltrecho, por los bordes de las lonas que les sirven de mortajas.

Los más, con los cuerpos de bruces, atados a los bastes, como trágicos peles, llevan las piernas y los brazos colgando.

Al andar las acémilas que los conducen, imprimen a sus cabezas macizas y ensangrentadas un movimiento escalofriante que dice:

No...

No...

No...

...

Y ciertos ilusos, que también viajan con la columna, creen que la Patria lejana les contesta:

—¡Sí, hijos míos! ¡Gloriosa y heroica juventud! ¡Tenéis razón!

"¡¡Basta ya!!"

J. P. A.



EL CAPITAN NESCO, por Edmundo Thery

I

El coronel del 150 de húsares al coronel del 350 de dragones.—Marsella.

“Mi querido camarada: Tengo el honor de anunciarle, que el capitán Nesco, del 150 de húsares va a pasar quince días en Marsella. Se lo recomiendo, suplicándole que lo trate con benevolencia, aunque ese joven se recomienda por sí solo, por su talento y por sus simpatías. Es un oficial escogido: soldado en el campo de maniobras y en campaña y dechado de galantería en los salones. Nuestras damas sienten su ausencia, porque no es sólo un perfecto caballero, sino que también es un habilísimo prestidigitador, que maravilla con sus extraordinarios juegos. Sin duda, conoce usted su reputación, que es universal. Puede usted ponerla a prueba.

Un consejo para terminar: no apueste nunca contra él; gana siempre.

Vuestro amigo y compañero, X”.

Del coronel del 350 de dragones al coronel del 150 de húsares.—París.

“Aguardamos con impaciencia al capitán Nesco. Gracias por la advertencia. Si apostamos contra él será sobre seguro. Su afectísimo compañero, Z”.

II

Pocos días después, hacía el capitán Nesco su visita oficial al coronel Z. Este le recibió con los brazos abiertos y le hizo observar que su familia recibía el jueves y que, desde luego, contaba con él.

El capitán quiso excusarse, pero el coronel no se lo permitió.

—Le esperamos a usted a las nueve—terminó diciéndole.

—Convenido, mi coronel, estaré a las nueve.

—¿Hora militar?

—Hora militar.

Habían dado las diez en todos los relojes de la casa sin que el capitán Nesco apareciese en los salones, donde le esperaba la flor de la aristocracia marsellesa.

Se consultaban los relojes por centésima vez, cuando un criado anunció:

—El señor capitán Nesco.

Todas las miradas se volvieron a la puerta y el capitán, a pesar de su retraso, fué acogido con las sonrisas más graciosas. El coronel lo presentó a la concurrencia, suplicando a las damas que le perdonasen su tardanza.

—¡Cómo tardanza!—exclamó el capitán—. Si apenas son las nueve, mi coronel.

Inmediatamente todas las manos buscaron los relojes de bolsillo. Y cosa extraña, señalaban las nueve en punto y, hasta el reloj del vestíbulo, dió en aquel instante nueve campanadas.

La velada que comenzó con este juego, siguió divertidísima hasta las primeras horas de la aurora. Y el capitán, que pretendía retirarse, fué asaltado por las señoras que pedían curiosas:

—Otro juego, uno nada más

—Nunca negué nada al bello sexo—dijo galantemente el oficial—, pero el juego será el último.

Hizo sentarse a los caballeros alrededor de una mesa, armados con diminutos cuchillos de postre, y situó a las señoras en los extremos del salón. Luego puso a las luces pantallas muy opacas y encendió dos bujías que proyectaron un resplandor vago y amarillento.

—Señores—dijo—; vamos a descubrir el “talento más sutil” de la reunión, lo indispensable que mis órdenes sean puntualmente obedecidas. Cada caballero verá ante sí una manzana que tomará por la parte inferior aplicándole el cuchillo por la otra parte; pero suplico que no la corten, porque podría ocurrir un accidente. ¡Atención! Voy a empezar.

Y en efecto, cada caballero vió ante sus narices una manzana y siguió las instrucciones del capitán.

Pero un gordo consejero de la Prefectura, que se las echaba de

ingenio, sospechó que el “talento sutil” había de ser el que quebrantase la consigna y sin encomendarse a Dios ni al diablo, hendió el cuchillo... y dió un grito espantoso.

El capitán levantó rápidamente las pantallas de las luces, y entonces, se pudo ver un cómico espectáculo: todos los caballeros se habían cogido la punta de la nariz, aplicándose sobre ella el cuchillo. Y el desgraciado “talento sutil” se había causado una pequeña herida en su apéndice nasal.

El capitán dijo que el accidente se repetía siempre que se ejecutaba este juego, y el herido, bien a pesar suyo, seguramente tuvo que reírse como se reían los demás.

III

En el momento de marcharse se le acercó el coronel Z...

—Nos debería usted decir qué medios emplea para hacer tan maravillosos experimentos

—Es largo de explicar, mi coronel—se excusó Nesco—. Mis principales colaboradores son: la electricidad, la química, “las propiedades de los cuerpos y la acción que ejercen unos sobre otros sin cambiar de naturaleza” y, por último, la observación.

—¿Qué entiende usted por observación?

El estudio de las personas que tengo alrededor.

—Es decir, ¿que nos ha estudiado a todos?

—Sí, mi coronel; y gracias a eso mis juegos han salido bien.

—¡Ah, ah!, ¿puede usted descubrir las cosas ocultas?

—Si no las descubro, por lo menos las deduzco, hasta tal extremo, que por la manera con que usía adelanta la pierna derecha, puedo asegurar que tiene un furúnculo, o cuando menos un grano enorme en todo lo alto de la otra pierna.

—¿En la izquierda?—observó el coronel en medio de la hilaridad general.

—Sí, mi coronel—respondió imperturbable Nesco.

—Pues en esta ocasión—dijo el

coronel satisfecho—, ha observado usted mal.

—Apuesto mil francos, coronel...

—Acepto la apuesta y no me costará mucho probarle que se engaña.

—Pruébelo, mi coronel.

—Al momento...

El coronel, entusiasmado por la apuesta, iba a quitarse los pantalones, cuando los gritos de las señoras le advirtieron que el sitio no era muy apropiado. Pasó a un cuarto inmediato, seguidos de todos los hombres que había en la reunión y, quitándose la prenda susodicha, probó victoriosamente que no tenía ni grano ni furúnculo en la pierna izquierda.

—He perdido—exclamó sonrien-

te el capitán—. Aquí están los mil francos.

—Vamos—dijo el coronel—; le he ganado a usted muy fácilmente; no acepto el dinero.

—Me interesaría una ofensa, mi coronel. Una apuesta es sagrada. Tome los mil francos, se lo ruego.

El coronel tuvo que aceptar el dinero; pero aquello era para él secundario. Su triunfo era de amor propio. Estaba orgulloso, había ganado al capitán Nesco, al que nadie pudo ganar.

En su gozo, aquella misma mañana, al quedarse solo, corrió al telégrafo y puso el siguiente despacho:

“CORONEL Z AL CORONEL X.

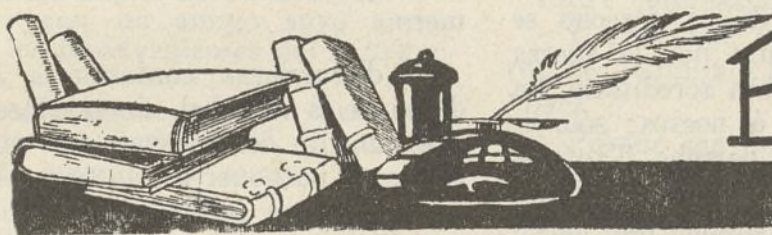
Capitán Nesco aquí. Encantador oficial, prestidigitador extraordinario; pero ha perdido una apuesta. Apostamos mil francos a que yo no tenía grano ni furúnculo en lo alto de la pierna izquierda. Enseñe pierna intacta... Z.”

Al cabo de dos horas llegó esta respuesta:

“CORONEL X AL CORONEL Z.

¡Qué ha hecho usted! Capitán Nesco había apostado contra mí cinco mil francos a que le hacía quitarse los pantalones en una reunión... X.”

Aseguran que este último juego del capitán Nesco no ha agradado mucho al coronel Z...



Bibliografía

La Editorial Renacimiento, a quien tanto debe la cultura española, acaba de publicar dos libros: “Las Raíces”, por Eduardo Zamacois, y “La Huída”, de José Más, libros ambos que representan un galardón de las letras contemporáneas.

Las novelas de Zamacois son siempre leídas y discutidas con apasionamiento. “Las Raíces” ha producido sensación, porque en ella aparece Zamacois renovado en fondo y forma y en toda la plenitud del novelador.

Es el libro de la tierra castellana, pletórico de atisbos filosófi-

cos y ajustado a una recia arquitectura, en la cual, los tipos y costumbres aparecen, con indefinible misterio y recio atractivo, con vida vibrante y sorprendente relieve.

Como manufactura literaria, “Las Raíces” es una de las más admirables producciones y en sus episodios más elevados campea un estilo de rica emoción que difícilmente puede ser igualado por nadie.

José Más, el joven novelista que en pocos años ha sabido colocarse

entre los maestros de la novela, se muestra en este su último libro “La Huída”, como psicólogo sutil y atrevido que sabe ajustarse al ambiente y vida de sus personajes, que se desenvuelven en agradable fábula y con el supremo encanto de la originalidad.

“La Huída” es una deliciosa novela, llena de intensidad, de pasión y de radiante claridad de estilo y pensamiento, haciendo que no se interrumpa su lectura una vez iniciada, siendo imposible sustraerse a la curiosidad que despierta su argumento y sus personajes.



Los peligros =
= del mundo

ANTE UNA GUERRA POSIBLE

= por Edmundo
González Blanco =

Los últimos acontecimientos internacionales vuelven a ensombrecer el mundo con amenazas guerreras. No se ve manera de solucionar por vía pacífica los conflictos bélicos entre razas ambiciosas. Cuando los hechos hablan, las cuestiones pueden juzgarse inapelablemente. Cifras aterradoras y elocuentes demuestran que jamás la Europa civilizada ha vivido bajo el régimen militar como ahora. Y todo hace presumir que las próximas luchas de las naciones serán verdaderas luchas por la existencia, que no podrán terminar sino por el anodamiento completo de uno de los contendientes.

Lo que ha de ser, que sea: el mal camino andarlo pronto. Nadie desconoce los bienes de la paz; pero, ¿es paz lo que disfruta el mundo? No; es un estado de *tantalismo* igualmente infecundo para el bolsillo y para la gloria. Si no se procede al desarme, ¿de qué servirán esos congresos llamados de la Paz, esas reuniones de hombres anhelosos de remediar una plaga tan terrible como la guerra? Es de agradecer la buena voluntad de todos los buenos espíritus que han hecho lo posible para evitar o prevenir los tremendos choques de los pueblos modernos, pero la verdad es que la fatalidad los persigue, pues apenas terminan de resolver o convenir algunas cláusulas, parece que los hados les dan el visto bueno con una nueva guerra, más inicua o más atroz que las precedentes. Y no es de ahora que guerras de gran momento vengán posando los talones a ostentosos proyectos de paz. Si la de que disfrutó Europa desde 1815 pudo engañarnos; si las Exposiciones universales aparecieron tendiendo el ramo de oliva a las cinco partes del mundo, bien pronto la guerra de Crimea, la separatista de los Estados Unidos, la franco-prusiana y la última europea, demostraron que continua-

ría redoblando el tambor y flotando el estandarte. Yo no creo que llevemos camino de suprimir la guerra, ni con el arbitraje, cuyos inconvenientes expuso ya elocuentemente Summer-Maine, ni por otros medios. Una liga de potencias neutrales, una federación de Estados para juzgar los conflictos internacionales, una triple o múltiple alianza, una Sociedad de Naciones como la existente puede en efecto, dilatar, suspender y hasta hacer abortar la guerra; pero, ¿son un bien tales aplazamientos, cuando prolongan un estado de cosas ruinoso e intolerable?

Ningún pueblo debe olvidar hoy que los límites de su derecho se miden exactamente por la fuerza de que dispone para acreditarlo. La fuerza no es en él nociva: sólo es un arma como el derecho. Tanto la una como el otro hieren y siegan víctimas en las batallas que hacen avanzar a la humanidad. Las alianzas entre los pueblos modernos no nacen de amor que los incline el uno hacia el otro, sino del temor a un enemigo común, contra quien no se sienten capaces de defenderse más que uniendo sus esfuerzos. Pero todo pueblo debe desconfiar de las alianzas y no confiar más que en sí mismo.

Recorriendo las páginas de la Historia, reconocemos como un hecho de observación constante que entre reyes, entre pueblos, el más fuerte se abroga derechos sobre el más débil; todo se ejecuta en el universo por medio de la violencia; y este orden, que con alguna apariencia de justicia censuramos, es la ley más general e inmutable de la Naturaleza. Las naciones, como las aguas no pueden estancarse sin infectar el lugar que habitan. La guerra es, en los designios de la Providencia, un poderoso agente de que se vale como medio de destrucción, y a veces como elemento reparador. Los pacifistas están equi-

vocados: una de las principales características del tiempo presente es la indiscutible victoria del altruismo sobre el egoísmo; y, ¿dónde está el altruismo en los que no quieren sacrificarse por la patria y cobardemente se resignan a no defender a sus conciudadanos frente a una invasión extranjera? Por otra parte, los que exaltan cuán inhumano es que lejos de su patria mueran los hombres a millares, sin saber por qué, no recuerdan el delirio de las revoluciones; no han sufrido la insolencia de esa implacable oligarquía, que a los que le oponen el saber, la virtud, la inteligencia les responden con la fuerza del número.

Si discurrieran conforme a los datos de la realidad, sin establecer previamente conclusiones, no vacilarían en posponer a este propósito la razón a las armas, considerando experimentalmente que hace cuarenta siglos que es estéril el trabajo de los sabios y de los filósofos, y que no hay en la actualidad verdad que no sea hollada, ni principio que no sea desconocido, ni equidad que no sufra ultraje. La conservación de la guerra es el único medio de afirmar lo que la tradición tiene de grande, lo que explica, según los hechos, el florecimiento o la decadencia espiritual de un pueblo. Con las armas es como la cultura ha ido extendiéndose por el mundo: en Oriente, se llamó Nabucodonosor; en Grecia, Alejandro; en Roma, César; en la Edad Media, Atila o Carlo Magno; en los tiempos modernos, Federico, Pedro o Bonaparte. ¡Una guerra más, una supremacía más del elemento militar, la institución más brillante de nuestra época plebeya y afeminada, y el mundo se habrá transformado y sobre las ruinas de una humanidad egoísta y caduca se habrá levantado todo un nuevo universo de progreso y civilización!



SECCION DE PASATIEMPOS

por Ramón Maraver

Soluciones a los pasatiempos publicados en el número anterior.

- 1.º Cubierto de gloria.
- 2.º Lope.

Número 1.—Número bonito

K
P A S C U A

Un sujeto muy conocido por su fealdad y por sus majaderías discute con un amigo suyo acerca de los inconvenientes del matrimonio.

—¿De modo que mi casamiento sería una barbaridad?

El amigo, con sorna:

—No tal; serían dos.

—¿Cómo?

—¡La tuya y la de la mujer que se casara contigo!

Histórico.

En un examen de Economía Política:

El profesor.—Bueno, ya que no recuerda usted la definición de billete de Banco, a ver si nos dice qué clase de billetes hay en circulación.

El alumno, vacilante.—Pues los conozco de veinticinco pesetas, de cincuenta pesetas y de cien pesetas... Y dicen que hay de quinientas y de mil, pero yo no los he visto...

En el manicomio:

El doctor.—Este desgraciado enloqueció durante el juicio de faltas.

El visitante.—¿Y por qué se volvió loco?

El doctor.—Porque perdió el juicio.

Entre empresarios:

—Y ¿por qué no contratáis toros de "Granja Libre" y de "Cañones"?

—Porque son muy caros y nuestra plaza no es de muchos recursos. Aún podríamos comprar "Cañones"; pero los de "Granja Libre" se quedan para las plazas fuertes.

Número 2.—De iglesia

P
Nota Nota Nota

Número 3.—Charada

Prima-segunda tres-tres
¿Con qué fuerza y de qué modo te pegó tu primo Andrés que te ha lastimado el *todo*?

En un restaurant:

—¡Camarero!

—¿Qué desea el señor?

—Sirvame un par de huevos.

—¿Cómo los quiere?

—En un plato.

Número 4.—Charada

Insistir en la porfía es todo, y perdona Marta, porque el velo de María, aunque no lo parecía, *prima dos-tercera-cuarta*

Todo tiene solución.

Juanito chilla a su hermano, que está en la habitación contigua:

—Tráeme el calzador, que estoy descalzo y no puedo ir a cogerlo.

Su hermano:

—Pues ponte los zapatos y vienes a por él.

Número 5.—Charada

Letra es la prima-segunda
nota la *tercia*, lector,
no hace falta ser muy *todo*
para ver la solución.

—Ya no te dedicas a peliculera, Rosita.

—Me lo ha prohibido papá, pues dice que soy muy joven para salir en cinta.



RADIOTELEFONIA

Con los excelentes APARATOS de fabricación nacional de

Dargallo y Compañía (S. en C.)

escucharéis los mejores conciertos de las grandes emisoras mundiales.

Oficinas, talleres y exposición, Ayala, 63. - MADRID

¿CALLOS?

UNGÜENTO MAGICO

es el callicida por excelencia. Pregunte a cuantos lo han usado, y oirá usted maravillas. En tres días saca de raíz callos, juanetes y durezas. Pídale en farmacias y droguerías. 1,50. Por correo, 2 pesetas. FARMACIA PUERTO, Plaza San Ildefonso, 4, MADRID

ESTABLECIMIENTO DE COMPRA Y VENTA

JOYERÍA - PLATERÍA - RELOJERÍA

Máquinas fotográficas. - Gemelos prismáticos Busch - Zeiss - Goerz.
Estuches de matemáticas y aparatos de precisión. - Pianos y pianolas.

JULIÁN VEGUILLAS DEPOSITO DE GRAMÓFONOS
Y DISCOS

Clavel, 13, e Infantas, 26. - Teléfono M 4.205. - MADRID

Escopetas. - Artículos para caza y viaje. - Objetos para regalos. - Máquinas de escribir, bicicletas y motocicletas. - Pañuelos de Manila, mantillas de encaje

ZACARÍAS HOMES

PROVEEDORES DE

EQUIPOS MILITARES



FUENCARRAL, 55. - MADRID

TELEFONO 583

APARTADO DE CORREOS NUMERO 588



PARA HOMBRES

Ayer ventrudo,
hoy enjuto,
es que uso

la **FAJA DE JUSTO.**

Carmen, 10.--MADRID

Ultimos modelos de Corsés para señoras y niños

J. MEDINA

Curtidos. Gran surtido de pieles para bolsos y adornos de vestidos y sombreros y hebillas fantasía

CALLE DE LA PAZ, 23 (Próximo a la Puerta del Sol)
MADRID

TELÉFONO 53493

SIMON REGULEZ

Almacén de curtidos y cortes

Precios especiales en suelas
y vaquetas para el ejército

Plaza de Sto. Domingo, 12. Madrid

NIETOS DE JUAN MEDINA

Casa fundada en 1850

Barcelona: Rambla del Centro, 37. Madrid: Preciados, 21

Teléfono, 2889 A.

Teléfono, 15 M.

Bordadores efectivos de la Real Casa. Primera en su clase en España. Manufacturas de Bordados, condecoraciones, roses, cascotes, gorras, correaes, galones, botones, espadas e insignias y distintivos de todas clases para el Ejército, Armada y Corporaciones civiles, Banderas y Estandartes para el Ejército, Marina, asociaciones, colegios, orfeones, edificios públicos y para consulados nacionales y extranjeros, así como escudos heráldicos para balcones y fachadas, bandas, fajines, medallas, bastones de mando, borlas, etcétera, etcétera.

Almacenes de San Ginés

TEODORO G. GONZALEZ

Tejidos, Géneros de Punto y Camisería

Proveedor oficial de la Cooperativa
del Ministerio de la Guerra

Arenal, 11

Madrid

Admón. de Loterías núm. 16.—P. de Santa Cruz, 2

Su administradora D.^a Felisa Ortega, remite a provincias, ultramar y extranjero los pedidos que le hagan, siempre que vengan acompañados de su importe

R. FERNÁNDEZ ROJO, GRABADOR

Fábrica de sellos de caucho. Precintos de varias clases

Teléfono, M. 415.—FUENTES, 7.—MADRID

AVISO: La casa que más paga oro, plata, platino, dentaduras, alhajas y papeterías del monte. Plaza de Santa Cruz, 7 (Platería)

CASA HERNANDO

Avenida Conde Peñalver, 3—Teléfono 23-53 H

Venta de toda clase de máquinas de escribir. Reparaciones muy económicas, accesorios de toda clase. Cintas, papel carbón, tampones y efectos de escritorio. Se hacen abonos para Madrid y provincias. Presupuestos gratis

ESTABLECIMIENTO DE JORDANA

Príncipe, 9 MADRID Teléfono 4038

Especialidad en artículos para regalos con motivo de ascensos y recompensas.



CONDECORACIONES, BANDAS Y ROSETAS DE TODAS CLASES.—BANDERAS PARA REGIMIENTOS.—FAJAS, FAJINES Y CENIDORES.—CHARRETERAS, DRAGONAS Y HOMBRERAS.—CASCOS, GORRAS Y ROSES, CORDONES Y DISTINTIVOS PARA AYUDANTES Y PARA BASTÓN.—SABLES, ESPADAS Y ESPADINES.—ENTORCHADOS, TEJIDOS Y BORDADOS.—BANDEROLAS, TIRANTES BORDADOS Y FORRAJERA.—ESTRELLAS, NÚMEROS, EMBLEMAS Y BOTONES.—CORDONES, GALONES Y ESPIGUILLAS.—ESPUELAS, ESPOLINES, PLUMEROS Y GOLAS, ETC. ETC.

JESUS MARTINEZ

— ESPECIALIDAD EN GORRAS DE PLATO —

— — Roses — — CHACOTS Y KALPATS — —

Mayor, 57, MADRID. (Frente al café de Platerías)

BORISOL ANTISÉPTICO Y DESINFECTANTE

Eficaz en las enfermedades de los párpados, nariz, boca, garganta, oídos y de los órganos genito-urinales.

FARMACIA TORRES MUÑOZ.—San Marcos, 11.—MADRID

¡Poseedores de duplicadores!

Encontraréis de cuarenta a sesenta por ciento de economía, comprando clichés, tintas, barniz corrector, tiralíneas, plumas de ruedecita, etc, etc, en la casa «The Rotograph», Infantas, 42. - MADRID.

Apartado de Correos, 12.346 - Teléfono - 52.593.

ANTONIO GALVACHE

FOTOGRAFO

ARTE - ELEGANCIA - PERFECCION



Carrera de San Jerónimo, 16

TELEFONO 15434

MADRID



PHILIPS ES CALIDAD

De venta en todas partes

y en

Lámparas PHILIPS, S. A. E.

Madrid

Barcelona

Calle del Prado, 30

Córcega, 224

“Lo que interesa a España de la Guerra mundial”

por

FRANCISCO ANAYA RUIZ

Prólogo del insigne general Madariaga

Obra premiada con la cruz blanca del Mérito Militar

PRECIO: 3 PTS.

Pedidos a Alejandro Pueyo, Librería, Avenida Conde Peñalver, núm. 16, Madrid, y a la Administración de “ARMAS Y LETRAS”.

PRUEBE USTED UN COCHE

R U G B Y

EL REY DE LAS LOMAS

Para detalles y presupuestos

Sebastián Solé Solé

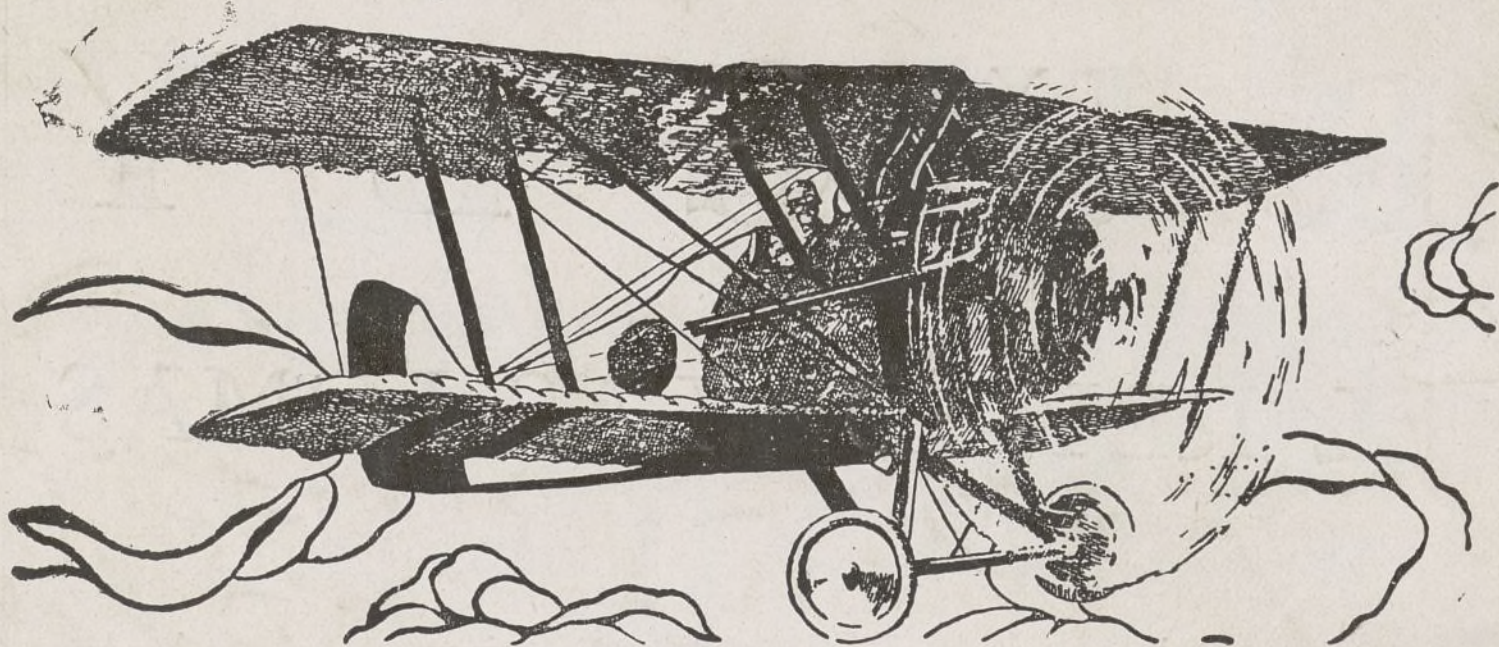
Agencia oficial, Región Centro

ALCALA, 89. - MADRID

TELEFONO 53739

Santiago Sánchez

Quíñones



ACCESORIOS

para Automóviles, Globos y Aeroplanos

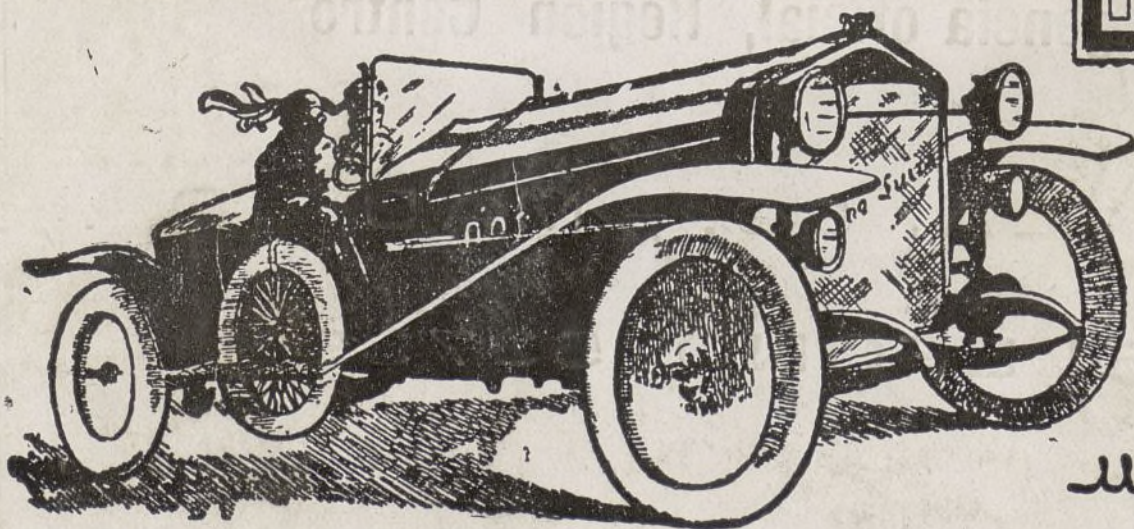
PROVEEDORES DE LA AERONÁUTICA MILITAR DE ESPAÑA

Motores NAPIER para aviación.—Cables de goma.—Tensores.—Tubos de acero.—Cuerdas de piano.—Cables de alta.—Cojinetes de bolas.—Hélices Neumáticos.—Ruedas metálicas.—Telas para globos.—Trajes eléctricos para aviadores.—Tornillería de acero —Accites y grasas OLEOSOL, etc.

TELÉFONO 31572

ALBERTO AGUILERA, 14

MADRID



M. Quíñones

PRENSA NUEVA. Calvo Asensio, 3.—MADRID